

ALBERTO DEL SOLAR

RASTAQUOUÈRE

ILUSIONES

Y DESENGAÑOS SUD-AMERICANOS EN PARIS



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

79 — PERÚ — 89

—
1890

RASTAGUÈRE

EJEMPLARES ESPECIALES

De esta obra se han impreso veinte y cinco ejemplares sobre papel del Japón numerados del 1 al 25, y cien sobre papel *teinté*.

ALBERTO DEL SOLAR

RASTAQUOUÈRE

ILUSIONES

Y DESENGAÑOS SUD-AMERICANOS EN PARIS



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

79 — PERÚ — 89

—
1890

INTRODUCCIÓN

EL POR QUÉ DE ESTE LIBRO Y SU PROPÓSITO

Entre las naciones que marchan á la vanguardia de la civilización europea ninguna hay que se distinga tanto por su cultura, por su poder y por su prestigio, como la Francia; pero ninguna, tampoco, que ignore más cuanto á los otros pueblos se refiere, y muy especialmente lo que atañe á nuestro apartado suelo americano, esta fracción inmensa del globo terrestre, donde se encierran tantas riquezas inexploradas, tanta variedad de costumbres, tanta exhuberancia de

vida, tanta fuerza germinadora latente, como en casi todo aquel Viejo Mundo que día por día van abandonando las masas populares, en busca del pan y de los medios de subsistencia que allí les son negados.

¿Qué somos los americanos del sud para una gran parte de los europeos que nos juzgan?

No ha mucho tiempo que, con motivo de cierto artículo publicado en la Nouvelle Revue, por un célebre escritor francés, tuvimos ocasión de transcribir varios párrafos arrancados á las columnas de diarios parisienses, párrafos en los cuales se trataba de juzgar nuestra historia y nuestros hábitos sociales.

No reproduciremos aquí esos modelos de cultura literaria; pero si recordaremos que ellos se referían, en particular, al tipo de nuestras gentes, caricaturado según la fantasía de los periodistas que habían emprendido la tarea de darlo á conocer de sus compatriotas; que ellos analiza-

ban nuestras costumbres, calificadas de bárbaras, crueles, canibalescas, etc.; que ellos daban cuenta de nuestras instituciones, declarándolas despojadas de toda ley tutelar, de toda garantía, de todo principio racional, de todo derecho legítimo; que ellos se referían, en fin, á nuestra vida social colectiva, disfrazada groseramente en sus peculiaridades características.

De esta manera, el americano del sud, ya fuese argentino, chileno, boliviano, venezolano ó colombiano, quedaba convertido, á la vista de los europeos, en “el verdadero, el único rastaquouère; el rastaquouère por excelencia”; personaje ridículo, absurdo, á quien se pintaba con rasgos por el estilo de los siguientes: tipo de color moreno subido, facha estrafalaria, vestir aparatoso y grotesco, talante finchado, andar de pavoneo, — especie de crisólito viviente, por lo chillón de su atavío y por el brillo de los diamantes de que se le suponía cubierto, desde la cabeza hasta los

pies — especie de bolsa llena de oro, desgarrada por una punta, según era la cantidad de escudos que se aseguraba iba derramando á su paso y por doquiera...

Por lo que respecta al origen de las fortunas sud-americanas, he aquí lo que se decía en París : “El sud-americano, ó sea “el rastaquouère por excelencia”, comercia, todavía, dentro de su tierra, en carne humana, negra ó blanca ; da cuchilladas y tiros de revolver, cuando no asesina á algún prójimo en la cordillera de los Andes para apoderarse de sus maletas de viaje, y venir-se en seguida al Viejo Mundo á gozar de los productos del despojo”.

De todo esto despréndese, para el observador frío é imparcial, un hecho evidente : ó hay en tales juicios un error grosero, fruto de la más supina ignorancia, ó hay un espíritu maligno, incomprensible de parte de escritores serios. cuya

misión principal debe ser ilustrar á su público. Porque, es evidente que, si bien existen en la América del Sud, como en cualquiera otra parte del mundo, rastaquouères, ó, más propiamente hablando, fantoches por el estilo de los que los periodistas franceses suelen pintar en sus artículos de prensa, es lo cierto, también, que la inmensa mayoría de los viajeros sud-americanos que á Europa van, difieren totalmente de dichas pinturas, por lo general chocarreras, y despojadas de la gracia que algunos lectores indulgentes se empeñan en suponerles.

¿A qué causa debemos atribuir, entonces, las frecuentes boutades con que se satiriza y caricatura á los viajeros del Nuevo Mundo que llegan por allá? Vamos á tratar de explicárnoslo.

Unidas por vínculos de raza y por sentimientos naturales de confraternidad, forman nuestras colonias sud-americanas en Europa una familia

numerosa y compuesta en su mayor parte de gente conspicua y respetable, que se esfuerza, con patriótico empeño, en exhibir allí las prendas y cualidades que más tiendan á hacer estimables en el extranjero nuestros hábitos, nuestra manera de ser y nuestras condiciones de sociabilidad y cultura. Pero sucede á veces que dichas personas tropiezan con el inconveniente de tener que luchar en el sentido de destruir ó borrar el mal efecto producido por las debilidades, los candores, las inconveniencias de otros determinados compatriotas, salidos de algún rincón cualquiera de esta América lejana, y convertidos, allá en el Viejo Mundo, por virtud de la expatriación y por las ventajas que les proporcionan la independenciam y la libertad con que viven, en personajes de valía, en pseudo-notabilidades de su tierra.

¿ Quiénes son esos personajes y cuáles sus candores, sus desaciertos y sus debilidades ?

¿Valdrá la pena señalarlos francamente, y una vez por todas, al criterio de los extranjeros que nos juzgan y nos retratan, generalmente según el grotesco modelo que ellos les proporcionan?

¿Se prestará, por ventura, el exámen de las costumbres y modos de ser de esas gentes á conclusiones tan claras y precisas que alcancen á darnos tema para un estudio de crítica social tan completo como el que deseáramos ofrecer á nuestros lectores?...

He aquí las preguntas que nos hicimos cuando se nos ocurrió, por vez primera, la idea de emprender la composición de este volumen.

La tarea, sobre ser de suyo árdua, se nos presentaba, por entonces, como escabrosa y comprometente. Todo lo que se parezca á alusión personal directa, nos decíamos, debe ser rechazado en absoluto por el escritor de costumbres, llama-

do únicamente á censurar lo que crea censurable, á la manera del pintor de cuadros de circunstancias, que, al hacer el dibujo de las siluetas que juzga conveniente explotar, se cuida, ante todo, de no reproducir satíricamente en su tela la fisonomía de algún prójimo viviente determinado.

Temerosos, así, nosotros de que el natural y legítimo deseo de ser fieles en la pintura de los tipos que nos proponíamos hacer entrar en nuestro cuadro nos condujera inconscientemente á la alusión de personas, á los retratos de cuerpo entero; y queriendo, además, evitar que el espíritu de malevolencia (tan común, por desgracia), se empeñara en atribuirnos esas alusiones: enamorados, por otra parte, del tema que deseábamos tratar, nos decidimos, por fin, un buen día, á echar mano, como lo hacemos ahora, del único recurso que nos quedaba, á saber: acudir á las generalidades, á los bocetos de toques comunes al conjunto de las fisonomías bosquejadas, á producir un cuadro de género, tomando como

materia entidades cualesquiera, imaginarias, aplicables á la idea abstracta y al pensamiento capital de la obra.

Crean, pues, quienes, predispuestos por naturaleza á encontrar alusiones y personalidades en todo escrito de la clase del que iniciamos, busquen nombres y casos conocidos en los tipos y escenas que vamos á trazar, con tan distinto fin, que sólo nos impulsa el deseo de dar á conocer flaquezas sociales encerradas en el círculo fatal de aquellas que, por su condición y antecedentes, se consideran de existencia casi inevitable en la historia de sociabilidades tan jóvenes como la nuestra.



Habiendo perdido del todo sus presunciones de humanitarismo cosmopolita, ciertos parisienses del día parece que tuvieran antipatía profunda

por el extranjero en general, y por el sudamericano en particular, relegado, este último, al ínfimo rango de rastaquouère, palabra convencional que no tiene traducción en nuestra lengua, pero cuyo venal significado bastan á explicar los párrafos anteriormente transcritos...

De mala gana vense obligados á tolerar que sus teatros, sus cafés, sus paseos, sus bosques, se vean invadidos por esa legión de gente verdaderamente lucida que no es de casa, y que se permite, sin embargo, exhibir ante su vista el cómo puede aprovecharse discretamente de aquellos goces, cuando hay dinero y libertad en abundancia para procurárselos.

¿Qué hacen, entonces, para burlarse? Observan á un tipo cualquiera, á alguno de esos personajes grotescos, que, como muestras averiadas de nuestra raza, suelen llegar por allá; se apoderan de él, lo explotan, lo caricaturan, y en seguida lo exhiben en público como el espécimen más perfecto de dicha raza.

Señalar à esos tipos con sus defectos, hacerlos resaltar de manera que todos los que nos juzgan por ellos puedan distinguirlos y hacer las salvedades que de tal distinción emanen — siendo la primera el considerar que los rastaquouères de por allá lo son también de por acá — he ahí nuestro propósito.

Al intentar llevar à cabo el estudio de las costumbres de una mínima fracción de ese inmenso todo que se llama la sociedad — conjunto que tan magistralmente trató, observándolo en detalle, analizándolo y definiéndolo con criterio sin igual el ilustre Balzac — hemos pensado que debíamos seguir, por nuestra parte, las doctrinas del maestro, y buscar, à nuestra vez, el tema, el medio ambiente y los personajes de nuestra fábula dentro del gran escenario del mundo, dentro de la misma vida real, aunque manteniéndonos forzosamente en una esfera estrecha, que nos obligaba à no salir de los casos concretos y

de las colectividades sueltas ; ya que en el orden social particularísimo á que estos apuntes se refieren, la verdadera especie, tal como Balzac la comprendió en su inmortal Comedia Humana, no existe todavía entre nosotros.

Nuestras aspiraciones quedarán, en todo caso, satisfechas si logramos hacer que aquellos de nuestros hermanos de América que aun no hayan viajado por el Viejo Mundo, comprendan el verdadero fin y móviles que nos impulsan y deciden á dar á luz este trabajo.

RASTAQUOUÈRE

ILUSIONES, ESPERANZAS Y PROYECTOS

EN medio de las olas, balanceado de proa á popa y de babor á estribor; ya dando cabezadas que le hacen hundirse como para sepultarse en los senos infinitos del mar, ya tendiendo de costado su arboladura hasta rozar con ella la cresta de las aguas, el *Illimani*, de la P. S. N. C. soporta apenas, jadeante, medio vencido ya, la lucha desesperada que sostiene contra los elementos.

El capitán del buque, firme en su sitio, con la vista fija en el horizonte, y consultando atentamente la brújula de marcar, da sus ór-

denes al timonel y se comunica de cuando en cuando con el departamento de las máquinas.

Entretanto, los marineros, dispersos sobre cubierta, unos en la popa, otros en la jarcia ; éste encaramado sobre las vergas del trinquete, aquél desenrollando un trozo de cable ó anudando una amarra, ejecutan las diversas maniobras que el rudo contramaestre les indica.

Los pasajeros, temerosos todos ; taciturnos algunos ; inquietos y poseidos de indisimulable angustia los más, se ocultan en sus camarotes ó se reúnen en la cámara, haciendo conjeturas, comunicándose sus impresiones é interrogando de paso á los flemáticos oficiales del navío, que, á pesar del ruido infernal de la borrasca, permanecen impassibles, esclavos de su deber en los puestos que respectivamente les corresponde.

Esta situación dura aun dos horas á bordo del *Illimani*, dos horas al cabo de las cuales la tempestad comienza á calmarse, agotando poco á poco sus fuerzas.

El viento, que ha silvado durante algunos

momentos con verdadero frenesí, disminuye más y más; las olas espumosas se van sosegando, y el barco, menos balanceado, puede hacer más vapor y heridir, por tanto, con mayor empuje las aguas contrarias. Una lluvia casi torrencial mezclada de violentas granizadas ha contribuido, sin duda, á aquietar el océano. El horizonte se extiende, se ensancha, y parece entonces como si la inmensa cortina de vapores atmosféricos que flotan en el espacio fuese poco á poco describiéndose. Los rayos rojos del sol crepuscular brillan por fin, y un cielo azul, azul profundo, luce triunfante por sobre los masteleros del buque y por entre los trechos formados por nubes crespas, ligeras, y como purificadas por la tormenta y la lluvia.

Silva el pito agudo del contramaestre, y los marinos, acudiendo en tropel á la nueva tarea, empiezan á arrollar las toscas telas alquitranadas que durante la tormenta han sido puestas sobre las claraboyas y escotillas con el objeto de preservarlas de la invasión del agua; endrézase las vergas tumbadas, y, bajo el nervudo brazo de los más robustos hombres de

la tripulación, que á cada vigoroso esfuerzo, acompañado del ritmo cadencioso y repetido del canto de la maniobra, hacen crujir el cable embreado, las velas impregnadas de lluvia, pesadas, ennegrecidas, humeantes de vapor de agua, van poco á poco desplegándose, para flotar después al viento, azotadas y sacudidas por la brisa violenta, fría, impregnada de deliciosas emanaciones salinas...



Nada más curioso que el conjunto formado por los pasajeros de un vapor que cruza el océano en viaje hacia puntos diversos de la tierra; conjunto complejo, desligado, á menudo contradictorio, que se presta á constantes observaciones y provoca el pincel del pintor aficionado á copiar del natural.

En esa agrupación obligada y desarmónica, compuesta las más veces de miembros heterogéneos que el capricho de la suerte lanza por separado sobre el puente de un navío, hay,

naturalmente, á menudo, desacuerdos y antipatías, falta absoluta en muchas ocasiones de afinidades de carácter y de comunidad de inclinaciones... Así es como se verán reunidos allí, por la fuerza de las cosas, el que ríe y el que llora; el que ama y el que odia; el que desconfía y el que espera; el que da y el que recibe.

Y al lado de ellos, en sociedad menos varia y misteriosa, más determinada y comprensible, irremediablemente unidos, el clérigo católico y el pastor protestante; la beata y la mundana; el clásico *marino de agua dulce* — aquel que ha navegado ya varias veces y que, por lo tanto, *no se marea*, ni vacila ante los más fuertes balanceos del buque — y el novicio que por primera vez atraviesa los mares, que fué bautizado por Neptuno al pasar la línea; que sufre á bordo, no tanto del malestar de la navegación, como del deseo de pisar tierra. Ese todo lo halla malo: la cocina, el camarote, el olor á aceite y á brea; precisamente cuando aquél, su contrario, jura que nada hay más delicado que el *plum pudding* y el *porridge*, con el eterno *ham*

and eggs y las nauseabundas *tarls* de los señores británicos.

También allí, lánguidas, y con los ojos un tanto desencajados por la fatiga del marco, se pasearán por el puente, tomadas del brazo de un galante compañero, tres ó cuatro lindas pasajeras de diez y siete años, que á cada paso contestarán con un *¡mal!* quejumbroso y débil á la pregunta sacramental, diaria, majadera como quien la dirige, de “¿y cómo se siente usted hoy, señorita?”

Allí habrá algún pichón de abogado, admirable enciclopedia de necedad y de pedantismo, que va de agregado á la legación de su país; algún ministro flamante que durante la navegación lee el Código Internacional y luce ya reserva de diplomático hasta cuando se trata de hacer observaciones sobre la comida de á bordo; un artista bufo, ambulante, que inventa juegos y distracciones para matar el tiempo, recita versos y canta canciones chuscas; una inglesa literata que vuelve de su viaje de placer por América y recoge todavía *impresiones*, para lo cual se la vé buscándolas constantemente, aún sobre cubierta;

un militar, un financista, un hombre de estado, dos colegiales y algún filósofo, en fin, que ese género ni ha de faltar, ni es posible que cuando se le encuentre deje de distinguírsele, como tipo, entre ciento.

En la ocasión á que esta historia se refiere completan el cuadro de turistas cosmopolitas que hacen la travesía del Atlántico á bordo del *Illimani*, un hacendado sud-americano con su familia, compuesta de su esposa, un hijo y dos hijas; un jurisconsulto de la misma nacionalidad; dos comerciantes del interior y tres *commis voyageurs* franceses.

En la vida íntima de á bordo las relaciones se hacen con presteza.

El primer estiramiento dura solo algunos dias. Al zarpar el navío, los asientos en la cámara — designados generalmente por el capitán — denotan (en los buques ingleses especialmente) el rango de cada cual. La derecha del mandatario del barco es considerada como sitio de preferencia. Habitualmente lo ocupa alguna señora de distinción, la más caracterizada entre los pasajeros de primera clase. Siguen después por orden jerár-

quico (establecido — naturalmente — á sabor del mismo capitán) los demás viajeros; hasta que en un punto, donde puede darse por terminada ya la sucesión impuesta por el señor de á bordo, comienza la variedad, el desorden caprichoso, establecido por propia voluntad de los pasajeros ó por simple casualidad.



La gran privilegiada en esta ocasión es la esposa del *hacendado*, y madre, á la vez, de dos lindas niñas y de un buen mozo; todos los cuales, durante lo más recio de la tempestad, se han guarecido en la cámara principal. La disposición de los asientos que ellos ocupan da, pues, á entender que debe acatárseles en calidad de personas culminantes, ó tenidas como tales por la P. S. N. C.

Colocada la primera á la derecha de la cabecera, tiene, á su vez, á su izquierda al jurisconsulto, su compatriota, con quien se ha relacionado durante el viaje; personaje gordo, de aspecto varonil, cabello canoso y

escaso, carrillos esmeradamente afeitados y lentes constantemente puestos sobre la nariz. Ordinariamente se le ve sobre cubierta. Allí camina pavoneándose; habla mucho y siempre en estilo simbólico; á menudo inclinándose hacia aquellos á quienes considera inferiores (que son los más) y á quienes, por lo tanto, parece honrar con su conversación. Su tema favorito es “el arte de gobernar á los pueblos”; su ocupación predilecta el regalo de su persona. Al dirigirle la palabra los que empeñan diálogo con él llámanle *doctor*. ¿Doctor en leyes ó en medicina?... Difícil sería saberlo, á no ser por ciertos giros favoritos suyos, alusivos á la profesión que debe de ejercer y que le descubren á las claras como jurisconsulto doctísimo.

Y no se crea, por esto, que hable constantemente de *expedientes y apelaciones*; de *pleitos de primera y de segunda instancia*; no; pero en el aticismo exagerado de su estilo, en su entonación afectada, reconócese; al punto, su educación forense. Verbi gratia: el que se llegue, ó no, á algún puerto determinado á tal ó cual hora es siempre para él

asunto de menor cuantía; para ún médico, preciso es confesar que la misma incidencia sería *caso leve*, ó, al revés, *caso grave*. Las conversaciones ya terminadas son constantemente *hechos pasados en autoridad de cosa juzgada*; las distracciones de sus vecinos *candideces ingénitas*, etc. Así es como por esta regla podrá distinguirse siempre, hasta en los términos de comparación más insignificantes, en la expresión más ligera — y aún bajo el disfraz más completo — al clérigo del seglar, al vividor del filósofo; pues el primero dirá, por ejemplo, para indicar el número *doce*: que era el de los *Apóstoles*, cuando el segundo acudirá para explicar su idea á la *docena del fraile*, si á mano no encuentra término más de su gusto.

Locuaz, artificioso, prudente, D. Gerónimo ha sobresalido entre muchos miembros del foro de su país y á la sazón parte á Europa á *descansar* y á gozar del fruto de su trabajo.

El personaje que se sienta al otro lado del capitán es el gefe de la familia distinguida por la P. S. N. C. Lo encontraremos

pronto figurando como protagonista en la exposición de estos cuadros.

Su nombre es D. CÁNDIDO TALAGANTE Y PALMACARRILLO.



Morena, de fisonomía franca y expresiva, D^a Emilia de Talagante es el tipo perfecto de esas damas de provincia, retiradas, bonachonas, sencillas, rectas, que son un don de nuestra raza hispano-americana. Madre de tres hijas, conserva aun esa frescura de tez, ese vigor de formas, esa entereza de facciones que constituyen el privilegio de algunas mujeres de su clase, en quienes una vida tranquila, circunscrita al hogar, y no perturbada por los afanes y diversiones constantes de las grandes ciudades, obra, como principal elemento, para dejarles siempre, tras del naufragio de su juventud, lo que tanto suele estimarse en su sexo: una belleza franca, libre de arte y de deslumbradores atavíos,

semejante á la flor del amaranto, que dura y no se marchita.

La Sra. de Talagante, á quien la suerte ha dotado con estas prendas, parte á Europa bajo la intuición de que con tal viaje, que la aleja de la tierra en que nació, habrá de decir adiós para siempre á sus más dulces venturas. Por impulsos de ese mismo secreto instinto, es la única que no se siente del todo contenta. Más supersticiosa que sus hijas, no son, sin embargo, los peligros reales — como la tormenta que acaba de pasar — los que la intimidan en mayor grado. Lee en el porvenir, vé á su lado á dos hermosas criaturas, hechiceras en sus primeros años; en esa edad en que todo es ilusión y encanto; en ese suave instante de transición entre la adolescencia y la juventud; las mira y teme por ellas.

Perspicaz, desconfiada por naturaleza, esencialmente criolla por sus antecedentes y aficiones, la madre ejemplar que va á ver descorrerse poco á poco ante la vista de sus inocentes hijas el velo hasta entonces impenetrable del porvenir, sueña de antemano con luchas y penas, desengaños y dolores. Y,

sin saber por qué, entregada siempre á las mismas ideas, al verlas tan bellas, tan tiernas, tan delicadas y amantes, suspira por su pueblo natal y teme que quizás esas mismas cualidades, unidas á sus cuantiosos bienes de fortuna, sean, para más tarde, causa de males, en las lejanas tierras adonde se dirigen, en vez de servir á lo que naturalmente estarían destinadas, si el curso de la vida hubiera de ser natural y su suerte no se manifestara en ocasiones, como tan á menudo se manifiesta, veleidosa é injusta, caprichosa y loca, y hasta absurda y cruel...

El hacendado D. Cándido es, en efecto, inmensamente rico. Poseedor desde joven de una pequeña herencia percibida en *tierras*, vientos propicios han impulsado; más tarde, la nave de su fortuna.

Explotador de campos, emprendedor, hombre de negocios ante todo, ha encontrado en este ramo de su competencia especial ancha esfera de acción, aprovechada por su genial actividad y por su constancia á toda prueba.

De política, de todo aquello que no tenga

relación con su cuerda èspecial, se le alcanza muy poco al hacendado.

Alejado casi siempre de la Capital y de sus cargos públicos (por la fuerza de las cosas más que por convencimiento ó cálculo), se ha decidido á realizar, por fin, una aspiración ardiente de su vida: emprender viaje al viejo mundo, viaje cuya duración, no le es aun dable fijar; pero que prolongará, seguramente, en lo posible, pues entre sus proyectos cuenta el de visitar las regiones más apartadas del glóbo.

Aunque desprovisto de verdaderos conocimientos literarios y artísticos, el hacendado D. Cándido — que algo ha leído, que tiene educación suficiente, y que pasa en su provincia por hombre superior y de ilustración poco común — desea, con descomedidas ansias, recorrer el mundo; establecerse en Europa; darse á conocer allí: brillar, quizá, fuera de la patria; por aquello de que “dentro de su propia tierra nadie es profeta”.

A este respecto el bueno de D. Cándido ha cosechado algunos amargos desengaños.

Sus antecedentes de familia, oscuros, poco

conocidos fuera de su ciudad natal; el origen casi reciente de su inmensa fortuna, son inconvenientes para que la alta y aristocrática sociedad de la Capital, por la cual suspira, consienta en incorporarlo seriamente en el número de los suyos.

Échase de ver por esto que en la época á que nuestra historia se refiere quedan aun en el país á que D. Cándido pertenece restos de esas viejas ideas en punto á nobleza de sangre, en virtud de las cuales un núcleo determinado de individuos se irroga á si mismo el derecho de considerarse como único dispensador de patentes de hidalguía. Ese núcleo vive constantemente encastillado dentro de los muros de su mal entendido orgullo — como si hubiera aquí también santuarios de puritanismo heráldico — sus procederes y sus usos son imitados por los demás: de modo que los hábitos sociales se regulan, generalmente, por los suyos. Afuera de él no hay distinción, no hay lógica, no hay siquiera honradez ó merecimientos; sus fallos son sentencias; sus sanciones leyes supremas; su reprobación oprobio, alejamiento eterno, gol-

pe mortal ; su absolución favor, rein vindicación absoluta.

D. Cándido ha experimentado algo de todo esto, y ha jurado por ello vengarse. — ¡ La alta sociedad de mi país — se ha dicho — me rechaza ; la vanidosa capital me desprecia ! En horabuena !... ¡ El gran mundo europeo me abrirá en cambio anchos horizontes !

A pesar de ello, el Gobierno de su Nación, atendiendo á influencias íntimas, y, justo apreciador, tal vez, de ciertos méritos especiales contraídos por Talagante, ha consentido en inventarle una comisión cualquiera, con carácter oficial, en Europa.

En ella presentárase al ciudadano-patriota oportunidad para aprovecharse de algunos de sus conocimientos peculiares en beneficio del ramo de *exportación* en las finanzas de su país.

D. Cándido cuenta á la sazón cincuenta años de edad y es tan robusto de cuerpo como sano de espíritu.

De estatura elevada, de tez morena, lleva sobre su rostro el sello de una existencia honrada y tranquila. Contribuyen á dar idea de

esto último la serenidad de su frente, ancha y espaciosa; la limpidez de su mirada, franca y poco escudriñadora y la expresión bondadosa de su labios, gruesos y carnosos, que no denotan ni malicia, ni dureza, ni desdén.

Su nariz es amplia, abultada y de forma un tanto curva; sus carrillos redondos y casi siempre brillantados por un ligero tinte parecido al del rubor. Usa solo bigote: un bigote poblado, burdo y algo canoso ya; camina con la cabeza erguida y bien plantada sobre su nervudo cuello y exhibiendo un cierto aire de suficiencia natural y bonachona, que no alcanza á confundirse con la altanería del orgullo.

El nombre de Palmacarrillo, por el que el hacendado se envanece, tiene, según él, origen en un antiguo marquesado español, cuyos títulos, perdidos á la sazón en los archivos de algún pueblecillo de las provincias Vascongadas, se propone descubrir á toda costa; para lo cual entra, también, en su ánimo el propósito de un viaje minucioso por España.

— De este modo — se dice D. Cándido —

quedaré en el caso de dar á conocer mi patria ventajosamente en el extranjero en mi doble carácter de financista y de hombre de mundo...

Feliz, pues, lleno de ilusiones — ya que para las almas candorosas no están éstas reñidas con los años— se ha embarcado un buen día con su familia, y hoy le hallamos navegando, viento en popa, hacia el país de sus ensueños...



Recobrada la tranquilidad, la cubierta del buque toma, á la mañana siguiente, su aspecto de animación ordinaria. La familia del hacendado no es de las últimas en formar parte del grupo que, reunido en la popa del buque, se entretiene en comunicarse sus emociones de la víspera.

Elena y María (llamémoslas ya por sus nombres), las dos hijas de D. Cándido, se reúnen á los demás pasajeros con los cuales, entre

chanzas y rizas, se burlan de los balanceos, y aceptan gustosas el brazo de los caballeros que se dan el placer de acompañarlas.

Entre tanto su jóven hermano, que ha sido en verdad el menos afectado por el temor de la borrasca, sin duda por aquel descoco tan propio de sus años (pues Luciano — que así se llama el jóven — cuenta apenas 23) hace los honores del puente á una linda y aristocrática compañera, con quien durante la navegación ha entablado relaciones de franca y cordial amistad. A pesar de ciertas diferencias de condición social, que en tierra les han mantenido alejados, un cúmulo de afinidades características les amalgama democráticamente, á bordo, en sentimientos de común inteligencia:

Educado desde niño en la Capital; ocurrenente, amable, nuestro feliz criollo puede considerarse el pasajero más simpático y más querido del barco. Relacionado con los oficiales del mismo, á quienes acompaña de cuando en cuando en sus camarotes á la hora de los *cocktails*; siempre listo cuando se trata de inventar ó nutrir algún nuevo entretenimien-

to que contribuya á destruir la monotonía del viaje; el primero en las colectas de fondos para apuestas diarias sobre el cálculo de las millas recorridas en las veinticuatro horas pasadas; músico consumado; organizador de partidas de *besigue*, y de *whist*; charlador, bailarín, no hay quien no busque su sociedad y no celebre sus ehistes. De modo que desde el cura protestante, con quien suele lucir sus puntillos de teólogo á la moderna, hasta la beata, con la cual se complace en tratar sobre el bueno del confesor que allá en sus primeros años de alumno-jesuita le tiraba las orejas por algún pecadillo absuelto trás de la penitencia y el agua bendita: el franciscano, el saltimbanqui, el *attaché* y la literata británica, todos le elogian !...

Se comprenderá, pues, que con semejante carácter, que denota ya el vividor futuro, el hijo de D. Cándido se considere á sí mismo destinado por sus instintos á pertenecer muy pronto al círculo de aquellos héroes sociales del viejo mundo que de antemano han cautivado su fantasía juvenil por sus hábitos elegantes, sus calaveradas, su vida romancesca

y ligera en los grandes centros hacia los cuales le encamina su buena estrella.

Novelas y comedias, crónicas y leyendas con su saber moderno y estilo revolucionario le han dado á conocer á los *Serge Panine*, sin el cinismo de sus vicios; los MM. de *Camors* á la diablo; los *húsares* á lo *Gyp*; los perdona-honras á lo *Maupassant* ó á lo *Bourget*; los impertinentes á la moda, sancionados por la fortuna y por la gracia: tipos favoritos todos ellos del joven americano que, comprendiéndolos á su modo y contemplándolos al través de la distancia, retratados por el pincel sutilísimo de sus autores predilectos, han llegado á figurársele seres reales; pero superiores, únicos, existentes en una esfera adonde solo podrán llegar los escogidos; seres privilegiados de un mundo neurótico especial que se entrevé á los veinte años, al través de prismas encendidos por el fuego de la imaginación, cuando el libertinaje del espíritu ha precedido ya al libertinaje del cuerpo en el organismo moral de ciertos jóvenes precoces que parecen no haber experimentado jamás esas dulces ignorancias de la pri-

mera edad que son como la noche serena del alma, que antecede á la luz del día.

Elena y Maria, llevadas, también, por aquel deseo, tan propio de su edad, de conocer horizontes nuevos y nuevas costumbres, se deleitan de antemano con mil proyectos concebidos por la lectura de otra clase de novelas francesas; esas en que figura como medio principal la gran ciudad de Paris, paraíso de todas las mujeres, reino permanente del abanico y el sombrero á la moda, el guante, la cinta y el botín de tacón con punta; de ese Paris donde entran como seducciones preferentes el Bosque de Boulogne, el teatro de la Opera, las carreras de Longchamps, en la época del renombrado *Grand Prix*, y, en fin, todo aquel bullicio de fiestas y novedades europeas cuyo eco alcanza á llegar hasta los últimos rincones de nuestra América moderna.

Elena, la mayor, por su carácter alegre y vivaracho, tiene desde tiempo atrás reputación de locuela; reputación que se remonta á la época en que, siendo aun alumna de un convento de religiosas de la Capital (donde se habían educado ambas niñas, bajo la vigi-

lancia y cuidados de una pariente cercana, muy bien relacionada en la buena sociedad), era la primera en los alborotos y jugarretas de colegiala. Su mirada franca y despierta, su color trigueño, el donaire de su porte, le dan una fisonomía acentuada, original y atrayente.

María, menos alta que su hermana, menos robusta, más delicada, exhibe al mismo tiempo aire más tranquilo, más reservado. En sus maneras hay más naturalidad. tal vez. menos desenvoltura; sus ojos, no tan brillantes como los de su hermana, tienen también un tono menos ardiente y penetrante, y en su semblante púntase una cierta expresión particular que es mezcla á un tiempo de ingenio y de ternura, de sentimentalismo y de gracia.

Desde muy pequeñita María ha sido la mimada de sus padres que, habiéndola educado con esmero, la lucen con orgullo. Quien quiera que la ve inclínase á llamarla *Marija*; pero D. Cándido ha prohibido que se emplee este diminutivo. Juzga, y con razón, que nada hay más hermoso, más tierno y deli-

cado que el dulce y poético nombre de María.

Llamarse María — dice D. Gerónimo (declarado ya en amigo íntimo de la familia) — es un pasaporte en la vida de la mujer!...

DESEMBARQUE EN BURDEOS

EN la mañana del 2 de Marzo de 188... el *Illimani* avistaba las orillas del puerto de Pauillac, en cuyas aguas entraba dos horas después.

Listo ya el vaporcito de transporte *La Gironde*, aguantábase sobre su máquina, esperando sólo que fondeara el transatlántico de la línea de Magallanes para transbordar á sus pasajeros.

Largáronse por fin las cadenas y el ancla cayó desde lo alto de la proa produciendo fragores de tempestad; atracó el pequeño barco al lado del coloso, echóse la escalera de comunicación y comenzó el desfile.

El capitán del buque francés (un bordalés completo) mandaba las últimas maniobras,

mientras el contador del inglés se comunicaba con el encargado de recibirse de los papeles, la correspondencia y los objetos destinados á su custodia.

Los últimos pasajeros se habían transbordado ya ; los equipajes quedaban arreglados á bordo de la nueva embarcación ; los papeles venían en regla. No había, pues, tiempo que perder.

Volvió el capitán francés á saltar sobre la toldilla de su barco ; ocupó su puesto de órdenes, dió las voces de prevención con su acento diabólico de Burdeos ; tocóse la campana de partida y, mientras los viajeros, de pie sobre el puente, aprontaban los pañuelos para agitarles en señal de despedida á los que á su vez hacían igual cosa á bordo del *Illimani*, las paletas de las ruedas, semejantes á las alas de un ave marina de gigantescas proporciones, comenzaron á golpear el agua, batiéndola y alzando borbotones de espuma, al mismo tiempo que una negra columna de humo se escapó por la chimenea, hasta que, balanceándose, libre de sus ligaduras, el *Gironde* viró lentamente de babor y po-

niendo poco-á poco proa al Este, se alejó rápidamente, apartándose más y más del costado de su vecino, hasta aparecer, momentos más tarde, á la vista de los que con pena le miraban partir, como un punto perdido en la inmensidad...

¡Francia ! ¡Francia! ¡por fin! ¡Allí, á no larga distancia, la embocadura del florido Gironde, con sus viñedos opulentos, sus astilleros gigantes y sus castillos famosos : *Laffite, Margaux, Latour, Haut-Brion!*

Y á medida que el vaporcito surca, poco después, en su rápida carrera las aguas tranquilas del interior del rio, que se estrecha más y más, colocados sobre la popa los más entusiastas de sus navegantes los miran pasar y ven con ojos recreados las orillas plantadas de árboles hermosos y lozanos ; contemplan al través del cristal de sus anteojos marinos el rojo resplandor de las fraguas de los astilleros, á la vez que á sus oídos llega desde tierra el éco del martilleo, hierro sobre hierro; mientras los obreros de saco azul forjan el perno encendido y la plancha del caldero sobre el duro yunque...

¡ Allí embarcaciones de todos tamaños, colmadas de inmensas barricas de colores varios; carros arrastrados en la orilla por robustos percherones, briosos, fuertes como elefantes; bosques de masteleros é insignias de buques mercantes anclados á lo largo de la ribera y dentro de diques espaciosos ó dársenas colosales; dragas con pescantes como torres, por los cuales se alza, enfilada, una larga hilera de tubos de metal; quintas, chácras, viñas, praderas: todo un conjunto singular, complicado y armonioso sin embargo; artístico, como lo sería la portada alegórica de un periódico de artes y de industrias dibujada por Gustavo Doré ó Delacroix!

Aguas arriba continuó avanzando el vaporcito durante dos horas, tiempo más que suficiente para que los viajeros pudieran familiarizarse con los nuevos cuadros que desfilaban ante su vista.

Las doce del día serían cuando *La Gironde*, engolfándose por entre un sinnúmero de barcas fondeadas en ambas orillas del río, empezó á avistar las torres elevadas de las

iglesias de Burdeos, con sus agujas atrevidas y sus siluetas de encaje.

Los que por primera vez admiraban la altura imponente de los edificios que se destacaban sobre la línea de la ribera, exhibiendo sus masas gigantescas y apiñadas, dejaban escapar exclamaciones de estupefacción que hacían sonreír á los europeos y colmaban de vanidad á los franceses repatriados.

Luciano, sobre todo, alborozado, charlaba y observaba por veinte; daba explicaciones como si se tratara de una ciudad por él ya conocida, y se frotaba las manos de placer...

— ¡ Aquella es la torre de San Miguel !

— ¡ Esa otra la de San Andrés ! — ¡ Más allá los establecimientos y las bodegas colosales de la antigua firma de Morel y Sou-sac !

Y cuanto se veía era materia de ponderaciones bombásticas.

¡ El muelle !

¡ Qué confusión ! ¡ qué algarabía ! ¡ Todos quieren ser atendidos al mismo tiempo !

— ¡ El equipaje de la bodega !

— ¡ Los bultos pequeños !

— ¡ Un cargador !

— ¡ Atención, por aquel lado !

— ¡ Calma ! ¡ que para todo hay tiempo !

Y los pasajeros se atropellan, cruzan y parecen desbordarse por los costados del pequeño navío, que se aguanta atracándose al muelle.

Arrojado, por fin, el puente de comunicación, atraviezan primero los oficiales y empleados ; poco después los pasajeros que han ganado los lugares preferentes, y, una vez despejada la salida, empieza el interminable asalto al muelle, en forma de aglomeración bullidora, que va gradualmente creciendo y desparramándose en todas direcciones, como muchedumbre de abejas al salir en tropel por las aberturas de su colmena.

Apenas se hubo despejado un tanto el puente se vió aparecer sobre cubierta á un individuo alto, correctamente vestido y que con acento puro parisiense dirigíase á cada cual preguntando :

— ¿ El Sr. de Talagante ?...

— ¡ Aquí ! respondió desde lejos Luciano, empujándose en medio de la muchedum-

bre y tratando de hacerse visible por sobre el grupo, casi compacto todavía, de cabezas humanas.

El desconocido trató á su vez, de abrirse paso : empujó á uno y otro lado, hasta que logró por fin acercarse á su interlocutor.

— Vengo de parte del Hotel de ***, dijo, incliniéndose y descubriéndose respetuosamente.

En ese mismo instante aproximábase el hacendado, que á duras penas había podido llegar hasta allí. Su hijo se apresuró á presentarle al menudo embajador.

— ¿ Ha reservado Vd. el departamento encargado por telégrafo ? preguntó el americano.

— *El señor* lo encontrará todo listo. ¿ Puede *el señor* confiarme sus billetes de equipaje ?

— Hélos aquí.

— *El señor* tiene aun tiempo, si desea partir directamente á Paris por el *express* de la tarde, observó el representante del Hotel.

El hacendado vaciló un segundo. Pero la familia, que durante este tiempo había tenido

ya ocasión de reunirse en torno del recién llegado: — ¡ Si sí ! — gritó en coro — ¡ Ahora mismo !... ahora mismo !... ¡ A Paris !

La decisión parecía venir de antemano acordada ; pues con un movimiento afirmativo de cabeza terminó D. Cándido su entrevista con el extranjero ; dió de mano á las últimas diligencias y, ofreciendo el brazo á su esposa, que le aguardaba, se dirigió, acompañado por dos ó tres *intérpretes*, al *Hotel de Francia*.

Llegado á sus puertas el dueño del establecimiento supo darse, sin embargo, tal maña para decidir á la familia á pasar en él la noche, que el viaje hubo de quedar aplazado hasta el siguiente día.



No existe extranjero alguno que al pisar por vez primera el muelle de Burdeos, después de larga navegación (sobre todo si viene de países lejanos) no se sienta emocionado.

¡ Por fin estoy en Francia, se dice, ¡ cuánta novedad ! ¡ cuánta vida !

Y momentos después, al trasladarse al hotel y admirar la grave apostura de los empleados : porteros, mozos de cordel, *garçons*, *sommeliers* de salas, con sus uniformes galoneados, con sus maneras corteses, su cultura convencional y al parecer exquisita ; al observar el orden admirable del servicio, el arte con que se procede hasta para ejecutar lo más sencillo, la extraordinaria combinación y exactitud de los timbres eléctricos, el ser designados los viajeros por un simple número, como los presos, la suntuosidad chillona, pero aparatosa, de los aposentos ; lo sabroso de la comida, la reducción aparente de los precios, etc., etc., no puede menos de exclamar : ¡ Esto es Europa, esto es vivir ; esto es el Paraíso !

Y cuando llegá la noche y la ciudad ilumina con sus miles de luces los cristales transparentes de sus tiendas de lujo, donde se exhiben muestras de toda clase de novedades comerciales, abrillantadas por aquellos maravillosos efectos de óptica que solo los

franceses saben producir, con talento verdadero y gracia inimitable; cuando en bullicioso tropel comienza la multitud á desparramarse por calles y plazas, y á lo largo del boulevard principal *des Allées de Tourny* — lugar preferido de paseantes alegres y lindas sirenas nocturnas y callejeras — todo á él le parece grandioso; hasta los *omnibus* y carruajes; los *fiacres*, los carros de servicio y tranvías, con sus repiqueteos de campanillas y su sonar constante de cuernos...

¡Qué entusiasmo! ¡qué deliciosas emociones primeras! ¡Cuánta delectación!...

En el alma de Luciano alzábanse á cada instante proyectos gigantes que él se complacía en forjar, basándolos en esas vanidades que tanto seducen á las imaginaciones juveniles...

La tarde y la noche pasáronlas así los viajeros del *Illimani*.

Al día siguiente, instalados desde muy temprano D. Cándido y los suyos, en un cómodo wagón *reservado* del ferro-carril de la línea *Paris-Orléans*, aguardaban la señal de partida...

Pero alguien de la comitiva faltaba allí.

Expresión de verdadera inquietud nublaba el rostro de la madre, inquietud que se reflejaba también en el de cada una de las personas que componían el resto de la familia. ¿Por qué no llegaba aun Luciano?...

La locomotora dió en esos instantes el último aviso de prevención, y casi al mismo tiempo el joven (perdido de vista desde la noche anterior) apareció por el extremo del andén, y después de una carrera veloz, tuvo apenas tiempo de saltar dentro del coche.

— ¡Qué imprudencia! exclamaron á una sola voz las señoras.

Pero Luciano no las escuchaba siquiera: su fisonomía, radiante de felicidad, decía con demasiada elocuencia que otras ideas le ocupaban por completo... En las manos cabíanle apenas los periódicos y ejemplares de novelas ferro-carrileras que acababa de comprar en el kiosco interior de la estación.

— ¿Dónde has estado? preguntó con ansiedad Doña Emilia.

— Recorriendo Burdeos... replicó Luciano algo confuso...

Mientras estas palabras se cambiaban, ya

el tren, lanzado á toda velocidad, se deslizaba por lo largo de la vía, después de haber salvado con ruido infernal de entrechocadas ferreterías los muros de la estación...

— ¿ Y qué periódicos son esos ? preguntó por fin el hacendado, que nada había dicho hasta entonces y que observaba maliciosamente á su hijo.

— *Le Gil Blas, Le Triboulet y La Vie Parisienne*, contestó Luciano, arrellenándose en su asiento y aprontándose á desplegarlos para engolfarse, en seguida, en su lectura...

¡PARIS!

SITUADO en el barrio más central de París, á un paso de la grande Opera, álzase, imponente, el edificio del Hotel de... hospedaje obligado del millonario extranjero, del *nabab* indio, del príncipe que viaja con lujoso séquito de agregados y palaciegos, de secretarios y amanuenses. De noche, á esa hora en que París comienza ya á vivir la vida bulliciosa, aturdidora de las grandes capitales europeas, el Hotel en cuestión, con su patio de gala, sus salas iluminadas por luces eléctricas, chispeantes de claridad, y animadas por el va-y-vén de multitud incontable de huéspedes cosmopolitas, presenta, mirado desde el boulevard, un aspecto

verdaderamente mágico, que fascina la vista del viajero novel y llena su espíritu de admiración.

Paris es alegre: todo es alegre en Paris; lo son sus calles, lo son sus lujosas tiendas, lo son sus plazas, sus jardines, sus parques, sus teatros siempre llenos de un público variado y dispuesto á divertirse.

Desde que, después de atravesar durante un dia entero los campos pintorescos de la Tùrena, Angulema, Blois, Poitiers, etc., admirando cuanto puede el trabajo del hombre cuando se ejerce sobre la obra grandiosa del Creador, entra el turista en los alrededores interminables de la gran metrópoli, le es dado ya juzgar que tienen razón quienes aseguran que Paris es la capital del mundo civilizado.

Avanzada era ya la hora cuando el tren que llevaba á la familia de D. Cándido llegó á la estación de Orleans.

¡Cuánto movimiento allí! ¡Qué confusión de locomotoras! ¡Qué algarabía y clamoreo de empleados y cargadores! ¡Qué desconcierto de agudos y estridentes silvidos lanzados á la vez por cincuenta máquinas que se

cruzan en todas las direcciones dando el alerta á las que atreviesan la línea, llegan ó se alistan á partir!

Y un momento después, al salir el viajero de la estación para tomar el *omnibus* ó carruaje y engolfarse en las calles de la ciudad ya iluminada ¡cuánta alegría y cuánta vida! En este punto, como en tantos otros que le distinguen, Paris forma contraste con la mayor parte de las capitales europeas: con Roma, por ejemplo.

En un admirable libro de viajes, el ilustre H. Taine describe las impresiones de su primera entrada en la Ciudad Eterna, de diez á doce de la noche. El filósofo francés se siente sobrecogido por el imponente silencio de algunas de sus calles. Todo en ellas le convida á meditar. A la luz tenue de los picos de gas y bajo el suave fulgor de una luna menguante de otoño, parécete la *piazza Navona*, un cementerio, con sus blancas estatuas, que se destacan bajo el reflejo indeciso del gas, y proyectan sus sombras sobre el empedrado.

Los inmensos monasterios — donde no bri-

lla una sola bujía — con sus muros elevados y sombríos, sus masas de granito abandonadas danle frío y superstición, de modo que al llegar al término de su solitario trayecto se siente el viajero lleno de ideas tristes, casi fúnebres.

Pues bien, en Paris sucede todo lo contrario. No hay un solo recinto donde la vida, el bullicio, el movimiento no se prolonguen casi hasta la hora del amanecer. Cierta observador excéntrico se propuso, en una ocasión, cerciorarse de que el punto material de transición entre el velar y el dormir no existe para una ciudad como Paris, y con tal objeto refería que, colocado una noche en la ventana de su habitación de un quinto piso — donde permaneció hasta el clarear del alba — vió agitarse á esa hora, todavía, los miembros infatigables de la eterna veladora, de la gran calavera.

En una constante sucesión que había durado de sol á sol, la ciudad había renovado mil veces los transeuntes de sus calles; pero sin agotarlos nunca, de modo que cuando el *dandy*, que iba de frac al teatro á las nueve,

arrellenado en su coupé, había desaparecido á lo lejos, sucedíale la mujer pública, esa aventurera nocturna que, como el buho, sale solo entonces á acechar su presa para llevársela consigo y devorársela en el festín del libertinaje.

Tras de ellas venía el barredor de calles ó el tipógrafo que se retiraba de la imprenta, donde dejaba yá en prensa el diario matinal; y por fin, hacia el amanecer, el acarreador de víveres ó la verdulera que iban de prisa al mercado; el todo distribuido en distintos ejemplares de cada especie, lo que constituía, en suma, una verdadera masa de gente, siempre en movimiento, siempre de prisa y siempre de buen humor...

No hay duda, pues, de que Paris no incita á la tristeza, sino al aturdimiento; no convida al sosiego, sino al placer, á la locura, al bullicio.

Pero esa alegría de la ciudad, la vida y el aturdidor movimiento de sus calles — aún las más apártadas — se hace sensible, especialmente, en el barrio citado de la Opera; en el recinto ocupado por el Coliseo, por el

Hotel de *** y por los otros edificios que forman su vecindad.

D. Cándido Talagante, resuelto á conquistarse en la capital del mundo la posición social que su dinero ha de proporcionarle y, aconsejado por algunos de sus provincianos que, sin conciencia perfecta de lo que es la vida de la gran ciudad, le han indicado como medio seguro de sentar sus reales en ella el presentarse con boato y gastar pingües sumas — poniendo así en juego un resorte que allí, como en ninguna otra parte, parece destinado á abrir muchas puertas al extranjero — se ha instalado régicamente en el piso principal; alquilando, al efecto, un ala entera del costado que mira á la plaza de la Opera.

En relación con semejante instalación, el servicio y tren general de la familia dan que hacer á un mundo de empleados, quienes á porfía inventan — según costumbre corriente — cien mil maneras de explotar la inexperiencia del inocente huésped, por medio de *comisiones* sin fin, pagadas suntuosamente á precio de oro; accesorios converti-

dos en necesidades por la labia y exquisita solicitud de los que vienen á ofrecérselos : en una palabra, toda esa turba de *intérpretes, guías, comisionistas, lacayos, conductores, proveedores* que de ordinario asaltan al candoroso y crédulo viajero, al complaciente y ciego *rastaquouère*, como han dado ellos en llamarle...

Y por eso ha creído conveniente D. Cándido, desde su llegada, aceptar para sí los servicios especiales de un *intendente* ó *secretario*, que le ha sido indicado con retumbantes recomendaciones y que le sirve á la vez de *correo, adlátere* y *cicerone*. Ese le proporciona carruajes, billetes para los teatros; dispone sus comidas, verifica sus compras y elige sus proveedores... con los cuales, por supuesto, vive en connivencia constante para concurrir á la dilapidación descarada á que obliga á su señor, y al provecho consiguiente obtenido á costa de sus prodigalidades.

Así es como el sueldo de que el tal empleado goza no tendrá para él otra importancia que la de una simple subvención; consistiendo su provecho real en los negocios que con

los encargos del extranjero llevará á cabo. Saldrá casi rico de allí, de modo que en corto tiempo habrá de vérsese al frente de algún *restaurant* ó negocio al por menor: su carrera quedará así empezada y su curso, en adelante, será rápido y feliz.

Pero ¡qué importa todo eso! ¿qué le ha de significar al opulento hacendado el que su cuenta semanal le sea presentada con excesos en los totales, excesos apreciables en algunos miles de francos? ¡La vida de Paris es así! — se dice para su capote — y puesto que hemos venido á gozar de ella, menester es no hacer alto en tan pequeños abusos!

Y como nada observa, como jamás se le ve poner el menor óbice (por temor de “hacer mala figura”) á esas listas exorbitantes de objetos no consumidos, de caprichos no solicitados, de abusos que jamás pasaron por la imaginación de los diversos miembros de su familia, el director del hotel “hace el ojo gordo, y las cuentas redoblan día por día, como redoblan, también, las cifras inscritas sobre los livianos cheques azules del fastuoso americano.

Pasados los primeros momentos de confusión, calmada un tanto la fiebre de verlo todo, de hallarse en todo á la vez, de realizar los sueños tantas veces acariciados ; de dar fe, en una palabra, de cuanto se ha oído y leído sobre la ciudad maravillosa que por primera vez se conoce, los recién llegados comienzan á ocuparse, por fin, en todo aquello que habrá de cimentar la instalación sólida, casi definitiva, que, hasta nuevas determinaciones, se proponen llevar á cabo en Paris.

La estación de primavera empieza ya.

Los viajeros del mediodía de la Francia y de las regiones del Mediterráneo regresan de sus excursiones de invierno, llena el alma de recuerdos deliciosos de Italia y sus monumentos ; de Niza y sus playas pintorescas, su sol brillante y el perfume de sus bosques de *mimosas* y pinos marítimos ; de Monte Carlo y Monaco con sus parques, sus montañas y sus románticos jardines, su Casino sin igual y el bullicioso, aturdidor desconcierto de sus salas repletas de monedas de oro y plata que han rodado sobre el tapete verde en busca del ingrato azar.

Paris está animadísimo. Basta al extranjero salir un instante á las calles, pasearse por los boulevares para emplear alegremente varias horas del día, para adquirir verdaderas ideas sobre la vida real colectiva de las grandes ciudades.

En esas avenidas formadas de tiendas de joyas; de vidrieras con objetos de arte, sederías, grabados, libros; de cafes, de teatros; en medio del bullicio prolongado de aquella verdadera ola humana, ola interminable que se repite y nunca muere, de aquel continuo hormigueo rumoroso, parece que la noción completa de la vida se perdiese...

Los recién llegados se aturden; se extravían por entre el laberinto de paseantes que se cruzan y atropellan, en medio de un mundo de vendedores de periódicos ú objetos de paotilla, pregoneros, recogedores de cabos de cigarrillos, sordos-mudos de profesión, que expenden sus alfabetos impresos, mujeres vagabundas, bebedores de ajeno y de bocks, dandys, ociosos, rateros, mercaderes solapados de *naiques transparentes* y obscenidades del día.

El fausto del viajero, sus antecedentes pecuniarios, la belleza de sus dos interesantes hijas y, en fin, su fama de generoso, y la de sus deseos de llamar la atención, prometen buenos ratos á los numerosos gavilanes que le han rodeado y le acechan como presa succulenta.

No hay, pues, una sola de entre tanta ave de rapiña como suele encontrarse en viaje que, al tener noticia de la llegada del opulento hacendado sud-americano, no se haya saboreado de antemano con la idea de los espléndidos bocados que han de presentarse al alcance de sus garras, hábiles y expertas para esta clase de asaltos y despojos.

Impuestas, ésas, del carácter ambicioso del recién llegado, saben de antemano que no se imitará á una vida privada y oscura, circunscrita al cultivo de sus escasas relaciones entre las personas que forman la parte verdaderamente distinguida de la colonia sud-americana, elemento perdido en aquel centro gigantesco que se llama Paris, como una perla preciosa en el fondo de los torbellinos del mar.

D. Cándido no oculta, por su parte, que su más vehemente deseo es hacer lo posible por brillar, instalarse, abrir sus salones y llegar algún día á reunir en ellos no sólo á los miembros más notables de dicha colonia sino también á los de la alta nobleza perteneciente al país que le hospeda.

Todo eso lo saben sus compatriotas, lo comentan y se lo repiten sonriendo.

Y á fe que no andan tan descaminados en sus juicios quienes propalan estos rumores sobre D. Cándido.

Nada distantes se hallan, en efecto, tales suposiciones de las ideas que vuelan realmente por la imaginación del millonario provinciano, ambicioso de honores, ambicioso de triunfos y de renombre.

No habrá de estrañarse, pues, que en una de aquellas tardes de primavera — al hallarse nuestro héroe apoyado junto á las ventanas que se abren sobre el balcón principal de su departamento, saboreando el perfumé de un esquisito moka, entremezclado con las emanaciones de un habano de legítima marca, servido como por encanto por solícitos cama-

rereros y lacayos, irreprochables en sus libreas verdes con grandes botonés dorados ; viendo adivinados sus menores pensamientos por esa misma servidumbre estudiadamente comedida, sintiéndose adulado, ensalzado, se crea dueño y señor de cuanto de cerca le rodea.

— ¡ La sola expresión de mi voluntad, se dice para sí, me bastaría para poseer el equivalente ventajoso !

Su esposa, soñadora como él, atraviesa también por uno de esos instantes en que el alma humana parece desprenderse del mundo real en que vive. Olvidándose ya de sus primeras preocupaciones ; libre su imaginación de los pensamientos tristes que la han acompañado durante el viaje, deja rodar silenciosas las ideas por otras esferas ideales, cuajadas de venturas y de ensueños, entre las cuales las que se relacionan con el porvenir de sus hijas la preocupan especialmente.— ¡ Ah, se dice para sí, ¡ son dignas de brillar en este centro y de ser en él de las primeras !

Y ¡ qué casualidad ! Esa misma tarde,

mientras se hallan todas reunidas en el salón, entra Luciano de la calle, lleno de agitaciones. Tiene mil compromisos. Viene de la peluquería donde ha sabido que se habla de un baile que se supone que la familia proyecta. De allí ha pasado á *su Club* donde ha contraído muchas relaciones nuevas, entre ellas la de un joven muy interesante, muy distinguido, nada menos que un príncipe á la moda, con quien ha hecho amistad en el mismo *Club*. Dicho personaje le ha manifestado deseos vehementes de visitar á su familia : de modo que no pudiendo ni deseando eludir él el compromiso, le ha prometido presentarlo esa misma noche en la Opera, durante un entre-acto.

Elena y María sonrien complacidas al escuchar tal noticia ; D. Cándido no disimula su íntimo placer ; D^a Emilia se ilumina...

— ¿ Y por qué no daríamos el baile que se nos atribuye ? observan las muchachas á una sola voz, dirigiéndose á sus padres.

D. Cándido se queda pensativo.

En ese momento se presenta un *valet de chambre*. Trae un paquete en la mano.

— Para el señor — observa, entregándolo á D. Cándido.

El hacendado se manifiesta sorprendido. Desenvuelve el paquete á la vista de todos : aparece un estuche...

D. Cándido lo abre lleno de curiosidad...

— ¡ Un brazalete ! exclama... Debe de ser un error. — ¿ Quién ha traído esto ? ¿ Lo has comprado tú, acaso, Emilia ? agrega dirigiéndose á su esposa.

D^a Emilia, toda sorprendida, declara que no.

Al oír tales palabras, Luciano, que se halla distraído hojeando un periódico y pensando, tal vez, en su príncipe, da un salto y, como movido por un resorte, se abalanza sobre el estuche :

— ¡ Es un error... efectivamente, balbucea todo confuso...

D^a Emilia nada observa. Elena y María le miran sin saber qué pensar. D. Cándido sonríe...

— ¡ Atolondrado !... dice á su hijo en voz baja.

Y volviéndose, en seguida, hacia el *valet*, que aun aguarda la respuesta :

— Devuelva Vd. esto, le dice. No es para nosotros.

El valet toma el estuche y se retira escusándose.

Luciano sale tras de él y lo acogota en la escalera.

— ¡ Animal ! le grita, ¿ que no vé Vd. que ese paquete trae mi nombre y viene destinado al número 226 ?...

..El número 226 corresponde al departamento de soltero que ocupa el joven en el tercer piso del Hotel...

EMOCIONES

Los primeros días se han pasado, como queda dicho, entre sorpresas cada vez más llenas de novedad y entre preparativos para darse por completo á la vida agitada que, por las aspiraciones sociales y el comienzo de la nueva estación con su séquito de fiestas y de diversiones, se habrá de llevar en breve.

En esa época empieza ya la mejor temporada de los teatros, á los cuales asisten con verdadero frenesí las jóvenes.

La *Gran Opera* en las noches de los sábados (noches en que se encuentra allí reunido lo mejor de la colonia sud-americana), les atrae con especialidad.

En los "viernes" del *Hipódromo* el hacen-

dado se presenta con su familia en un palco de la derecha, que se hace reservar con anticipación. Los "martes" va al *Circo de Invierno*. Las noches dedicadas al *Teatro Francés* son aquellas en que ambos Coquelin y la Reichemberg toman parte en la representación.

El *Eden* con sus *ballets* fantásticos los ha subyugado también alguna vez; pero las noticias adquiridas más tarde sobre el público especial del *promenoir*, con sus escenas inconvenientes y libertades *chocantes* ha dado ocasión á que sus espectáculos queden relegados por completo á la categoría de los *improprios*; todo ello con gran contento de Luciano, quien, por lo que le atañe según dice, no tiene el menor inconveniente en demostrar que pertenecen al género de su predilección.

Y la prueba de ello la hallaría fácilmente quien quisiera tomarse el trabajo de observarle noche á noche, instalado desde temprano frente á una mesita del *promenoir*, improvisando una pasioncilla ligera; elegantemente vestido en traje de rigurosa etiqueta

y prendida al hojal del frac una enorme *gardenia* blanca, reservada religiosamente para él todos los días por una florista de moda.

¡Nadie más dichoso en el mundo que el feliz Luciano! La fiebre de los placeres tomados con el entusiasmo con que los toma generalmente el joven extranjero que por primera vez llega á Paris, parece haber contribuido á que su carácter, de suyo entusiasta, adquiriera aun mayores condiciones de aturdimiento. Por eso se le verá correr el día entero en busca de ellos. Paga sin pestañear 20 *luis*es á los revendedores de billetes por asistir en primera fila á un suntuoso bajle de artistas. Y una vez en él... ¡qué felicidad, qué suerte no soñada! Codearse durante toda una noche con las lindas mujeres á quienes sólo ha podido divisar desde lejos! ¡El, un simple extranjero, un simple mortal de carne y hueso... convertido, ante su propio criterio en la personificación real de los seres imaginarios que han halagado su fantasía! ¡Qué imponderable fortuna!...

Ha tomado parte, también, con el carácter de miembro activo, en la organización de otra

famosa fiesta llamada “ de los solteros ”, celebrada en un club de cierto tono, en obsequio de aquellas mismas artistas y de otras tantas *horizontales* renombradas, denominadas por la prensa de París “ las estrellas de la galantería parisiense ”...

Un periódico-trae á la mañana siguiente la relación de la tal fiesta, y cita las iniciales de sus principales organizadores, y entre ellos las de *M. Luciano Talagante* ! Y con qué clase de comentarios : “ Sólo faltaba, dice el articulista, á la República actual para hacer alguna figura unos cuantos años de corrupción. Helos ya encima. Un grupo de “ jóvenes hidalgos ” (*jeunes seigneurs*) ha hecho la primera tentativa para reanimar la antigua y tradicional galantería que fué á la vez el don y el atractivo de nuestros antepasados ”.

Y en seguida agrega el articulista el catálogo completo de *artistas y estrellas* : ¡ Cómo lo repite Luciano ! Lo conoce ya de memoria : Henriette Barras, de Clomesnil, Fanny Signoret, Jane Rey. El escuadrón volante de la Ópera : Ricotti, Keller, Hayet, Violat !...

Para comprender la razón de esos entu-

siasmos apasionados, de esas emociones indescriptibles, de esa embriaguez de sentimientos, con que el alma de nuestro joven se ha despertado de súbito al rumor de sorpresas desconocidas, saliendo, por decirlo así, bruscamente de la anestesia sentimental en que hasta entonces viviera aletargada, preciso será que renovemos un instante, con la memoria del alma, nuestra propia juventud. Penetrando, así, en los recuerdos más recónditos del pasado veremos, quizá, que durante el primer lapso de existencia transcurrida ha habido también para nosotros horas semejantes de transportes inexplicables, de aspiraciones infinitas, de sentimientos no domados, de ideas perturbadoras, sin forma ni causa definida, que han exaltado en otro tiempo nuestro espíritu y que nos han dominado por completo, mientras los acontecimientos de la vida no han venido á modificar nuestra razón, dotándola de la sabia experiencia que serena é ilumina.

Porque es forzoso que se cumpla esta ley de la naturaleza que hace que durante el viaje velocísimo que todos emprendemos

por el mar de la existencia se nos presenten transformaciones sucesivas é inevitables gradaciones, bien así como el marino que dirige la proa de su barco velero hacia un punto determinado del horizonte. ¡ Hoy es el trópico con su zona ardiente, mañana el frío polo austral con sus brumas, sus tormentas y rigores ! Aquél apareció entre luces cambiantes y colores vívidos; éste surgirá envuelto en oscuras sombras y en nubes tenebrosas !... El uno es el reino de la ilusión : el otro el del desengaño...

Luciano se encuentra bajo el dominio del primero...

Una ciudad como Paris, única en su especie; con sus teatros, sus mujeres, su lujo, sus orgías y sus indiscutibles encantos, ha bastado para producir en su temperamento sensible emociones tales que no ha podido menos que abandonarse desde luego á ellas, sacrificándoles todo : reflexión, conveniencia, salud, fortuna ; dejándose resbalar por su peligrosa pendiente, sin ver que ella va á parar á un precipicio sin fondo : el del derroche y la insensibilidad moral.

¿Quién podría pintar los transportes del cautivado mozo en presencia del cuadro deslumbrante que la óptica ilusoria del primer proscenio de teatro parisiense que ha visto en su vida preséntale ante sus ojos, mareados por aquel conjunto fascinador de luces, de trajes vistosos y de hermosas mujeres?

Pará Luciano, entregado por completo á la dirección de dos ó tres amigos y antiguos compañeros que en hora feliz, según él, ha encontrado en la gran ciudad, el verdadero placer de vivir no puede consistir en otra cosa que no sea el dejar rodar las horas envuelto en encantos y seducciones semejan-tes.

Observémosle un momento.

Cuando comienzan apenas á encenderse los faroles del alumbrado público, ya el feliz viajero se apresura á terminar los últimos toques de su rebuscado atavío, para saltar, en seguida, á la calle; sin darse más tiempo que el necesario para lanzar un breve ¡ hasta luego! á sus deudos, y tomar, después, la dirección que ha de llevar.

— ¡Al teatro *Eden*! ó, sino, ¡á *Folies Bergères*!

Las nueve. ¡Está en la sala!

¡Qué magnífico espectáculo! ¡Allá en el proscenio aparecen centenares de mujeres lindísimas, vestidas con trajes de colores brillantes que se armonizan entre sí! Cascadas de chispeante pedrería falsa se derraman por sus cuerpos de sílfides. Y luego danzan, entremezclándose en las figuras caprichosas del fantástico *ballet*.

Entonces cree el joven encontrarse fuera de la vida real, en un universo de colores y de encantos, poblado por seres sobrenaturales. No ve Luciano el colorete que oculta la fatiga de esos rostros pálidos y gastados, sino para confundirlo en su imaginación y en sus sentidos con las frescas rosas del candor y de la juventud. La morbidez prestada que ondula gratamente sus formas marchitas, parecele á él opulencia real de plástica belleza. Las falsas sonrisas que dilatan sus labios fríos, rebosantes de encendido carmín, le trastornan, le provocan, le enagenan... Cerca de esas mujeres, ¡cuán dulce no será la vida! ¡Cuánta pasión, cuánta voluptuosidad no darán al alma sus caricias embriagado-

ras!... Y Luciano, aunque despierto, sueña con ellas, á la vez que parece enviarles las ansias y las codicias todas de su alma en miradas de fuego...

— ¡Esto es Paris! se dice para sí con un grito íntimo de entusiasmo, que es como un hosanna entonado interiormente á la ciudad de sus ensueños...

¡Esto es vivir!



El joven extranjero comienza á iniciarse, así, en un nuevo género de existencia, existencia agitada que empieza á las 12 de la noche, y concluye al amanecer, con las primeras luces del alba...

Al principio algunas amonestaciones convencionales de D. Cándido le obligan á sujetarse un tanto. Pero sus buenos propósitos duran sólo breves momentos.

El pretexto de compromisos ineludibles, la obligación de restituir festejos, motivos di-

versos que no le permiten contar las horas, el deseo de conocerlo todo en la gran capital, los entusiasmos que matan en la juventud toda lógica, concluyen por disculparle á sus propios ojos y ante el criterio del padre, que no puede menos de contestar á las reflexiones previsoras de su esposa con argumentos que tienden á dar razón al hijo calavera :

— ¡Muchacho, al cabo! — exclama D. Cándido — preciso es que se distraiga.

De modo que al día siguiente, cuando reunida la familia á la hora del almuerzo (la una del día), en el salón especial del Hotel que le sirve de comedor, échase de menos á Luciano, D^a Emilia, inquieta, trata de cerciorarse de si duerme aún.

El lecho del joven está vacío; pero una hora después se ve aparecer á éste, con el semblante pálido y ajado por la falta de sueño ó por los excesos de una noche de disipación y de fatigas. La madre se contenta entonces con suspirar y decirle en tono ligeramente reprobatorio, pero bondadoso y lleno de tierno afecto :

— ¡ Vas á enfermar, Luciano!... Creo que abusas de tu buena salud.

Un beso y un dicharacho festivo constituyen la réplica de siempre; réplica que basta para desarrugar el ceño inquieto de la madre y dilatar sus labios con una sonrisa de cariñosa indulgencia...

MODERNÍSIMAS COSTUMBRES

FIN DE SIÈCLE

LA primera quincena fué dedicada á la visita de monumentos públicos. Unas cuantas horas con ojeadas rápidas aquí y allá, bastaban, á juicio de los forasteros, para conocer suficientemente los museos y las obras maestras de arte que ellos encerraban. En cuanto á lo demás: *momias* y *vejestorios* — según la expresión de D. Cándido — todo ese conjunto de ejemplares raros de objetos que á él le parecían “grotescos”, no habría de dar siquiera un paso más por volver á examinarlos.

— Por lo demás — agregaba no sin cierta

chispa y verdad — quédese para los que quieran echarlas de eruditos y leídos aquello de ir con el guía de Bedecker en la mano, examinando estilos y escuelas, y anotando impresiones para transmitir las, después, á los compatriotas de por allá en cartas y correspondencias-que no otra cosa son sino una descarada copia del original, aliñada con observaciones pedantes y majaderas, saçadas de la propia cosecha.

La temporada dedicada al Concurso Hípico, en el Palacio de la Industria tocaba ya á su fin.

A las jóvenes Talagante aunque recién impuestas de los estiramientos y exigencias peculiares al modo de vivir europeo y de esos mil puntillos nimios, casi siempre exagerados y en absoluto incómodos, que suelen determinar hasta en la buena sociedad de estos tiempos cuestiones importantes de falsa etiqueta, bastábales su mediana educación, ayudada por espíritu finísimo de imitación, muy propio de nuestra raza criolla, para colocarlas — en menos tiempo del que hubiera podido otorgárseles — en el riel de los usos más excéntricos.

Compatriotas había entre sus relaciones especiales que, presumiendo de ser más francesas que las propias hijas de la Francia, gozaban ya ante los recién llegados de la reputación de verdaderas *parisienses*; reputación de que se enorgullecían y por la cual se finchaban cada vez que se les presentaba ocasión de demostrar que se la habían conquistado en desesperante lid por obtenerla.

¡Era aquello un verdadero *struggle for parisianismo*!

Entre estas personas, hacía se notar la esposa de D. Tadeo Sorralto, que era un respetable caballero de 60 á 65 años de edad; bajo de estatura, recio á proporción; verboso al extremo de que las palabras brotaban á borbotones de sus labios, como brota el agua de un abundoso manantial.

Más tarde tendremos ocasión de observarle en esta faz especial de su carácter.

D^a Dorotea — que así se llamaba la señora de Sorralto — era delgada en extremo, pálida, casi ética; cincuentona ya y fina de facciones. Convertida á la sazón, después de

una permanencia de cinco años en París, en una *parisiense* rabiosa, llamaba la atención entre sus compatriotas por sus costumbres á la última moda y por la aclimatación incondicional que hacía en sus suntuosos salones de cuanta excentricidad llegaba de afuera con patente de novedad, por más extravagante que ella fuese. — De modo que en su casa se recibía á la francesa, se almorzaba á la inglesa, se comía á la rusa, desayunándose previamente los convidados, según la usanza moscovita, cinco minutos antes de pasar al comedor, y haciéndolo con *caviar*, *salmón ahumado* y licor de *kummel*, que se acostumbraba consumir de pie, y en un saloncito especial, aderezado *ad hoc*.

Tenía, también, la Sra de Sorralto sus *four o'clock* y sus *garden partys*. ¡Era de verse en ellas el aprieto en que se ponía á los concurrentes noveles, recién llegados de las tierras de por acá, obligados á permanecer (por ley tirana de la moda adoptada en casa del anfitrión) con el sombrero en la mano, el bastón, los guantes, la tasa de té y la diminuta servilleta que servía para enjugarse en

ella los labios ! Hablar, beber (sentados generalmente sobre el extremo de un lujoso banco flexible y dispuesto á volcarse ó deshacerse al menor descontrapeso), y mantener al mismo tiempo el prodigioso equilibrio, era considerado allí como la última palabra del buen tono y de la distinción...

D^a Dorotea, celosísima de la opinión que los europeos pudieran formarse con respecto al tipo físico de las gentes de su tierra (las americanas del sur generalmente) había adoptado por principio invariable no recibir en su casa sino á los blancos y rubios. Los trigüeños ó los simplemente *achocolatados* quedaban, pues, absolutamente excluidos de aquel crisol de los colores...

— ¡No sea cosa que vayan á imaginarse los franceses, los ingleses y los austriacos que suelen honrarnos con su presencia — decía D^a Dorotea á su esposo — que sólo ellos tienen la virtud preciada de poseer rubios en sus pueblos respectivos; no señor: que también los tenemos por allá nosotros de ese mismo tipo y bien acentuado!

Solía, pues, acontecer que personas de

ambos sexos no favorecidas por el cielo con el codiciado don, deseosas de aprovechar la oportunidad que se les presentaba de brillar en las recepciones de D. Tadeo, no trepidaban en suplir tan descomunal carencia, entregando con anticipación sus cabezas y sus barbas complacientes á las artimañas de peluqueros de confianza habilísimos; permitiendo que se las hiciera pasar, paulatinamente, por una serie de transfiguraciones sucesivas de color que, semejantes á las degradaciones imperceptibles del iris, concluían por determinar en ellas un *desteñimiento* suficiente para que se les confundiese del todo con el ansiado rubio; con el rubio puro, completo, dorado, brillante, deslumbrador de los hijos del Norte...

Esta *obsesión del rubismo* llegaba en aquella sociedad al extremo de hacer que hasta las morenas más opulentas no trepidasen en dirigirse (cuando se trataba de retratos al óleo) al célebre Chaplin, llamado, con razón el *apóstol de lo rubio*; de Chaplin, el del aéreo pincel; el que solo se inspira en lo níveo, lo celeste y lo rosado; el artista poeta por ex-

celencia; el pintor de todas las delicadezas, de todas las diafanidades; aquél, en fin de quien se asegura que ha adoptado por divisa de su taller : *il faut être blonde ou le devenir ; il faut avoir des yeux bleus, ou apprendre à regarder comme si on les avait !...*

Se comprenderá que de esta manera las recepciones de la Sra de Sorralto fuesen un prodigio de rutilante uniformidad. Todo era rubio en ellas : el dorado de los muebles, la seda de los tapices, el oro verdadero de la costosa vajilla y el oro falso de las cabezas de muchos visitantes; de modo que en una noche de baile, al ser contemplados los salones desde lo alto de las graderías de la orquesta, hacían en el espíritu del contemplador el efecto de un vasto campo cubierto de espigas maduras ó de amarillas y brillantes crisantemas...

La casa habitación del Sr. Sorralto estaba ricamente amueblada, y poseía siete ú ocho salones de distintas formas, estilos y colores : uno para que dejaran sus gabanes en él los caballeros ; otro para que las señoras se arreglaran el cabello antes de entrar en los siguientes ; dos más para jugar al *whist* ó al

écarté; un tercero de color *lila* (color simbólico, sin duda) para que las jóvenes solteras hablasen á solas de sus novios, dejando que las casadas soltaran á sus anchas sus chismecillos picantes, en la estancia especial contigua que les estaba reservada y que se hallaba tapizado, al efecto, de color... rojo subido...

Otro salón, discreto y confortable, para que los solterones y los viejos verdes se comunicaran sus secretos particulares, y, al parecer, inadecuados para ser oídos por quienes no pertenecieran á su gremio; y, el último, por fin (que era el más interesante), disimulado, casi oculto, para favorecer los coloquios de aquellas parejas que, por causas particulares, desearan buscar en él el misterio y el aislamiento.

En todos estos salones acostumbraban distribuirse los visitantes de la Sra de Sorralto, que solo *recibía* una vez á la semana, y en día determinado; siendo también regular no presentar á dichos visitantes entre sí, según era uso corriente, al parecer, entre los más encumbrados miembros de la aristocracia francesa.

Acusan los franceses modernos como cau-

sadora de la revolución que día á día se va operando en las costumbres y en las ideas de sus mujeres, á la influencia ejercida en ellas por el sistema de educación adoptado entre sus vecinas de ultra Mancha. La emancipación exagerada — dicen — la libertad absoluta de que gozan éstas, las tendencias á instruirse en los ramos que solo al sexo fuerte convienen y sientan bien, han determinado una transformación completa en los gustos y maneras de ser de nuestras jóvenes.

Por su parte, las hijas de la libre Albión acusan, á su vez, á sus rivales del otro lado del mar como perturbadoras de sus hábitos sencillos, como introductoras de cuanto pueda tender á alterarlos y hasta á pervertirlos.

Lo que resulta claro y evidente es que lo útil, lo importante, va cediendo en todas partes su lugar á lo accesorio, á lo insignificante. Un ejemplo :

Existen en cierto barrio del Parque *Monceau* unos establecimientos famosos donde las jóvenes (especialmente las extranjeras á quienes se desea explotar) acuden todas las mañanas á adiestrarse en el importantísimo

arte de *subir y bajar con elegancia del carruaje*, de *pelar naranjas con delicadeza*, *desgajar uvas con gracia*, *comer espárragos sin comerlos*; todo ello en un estilo elevadísimo, que ha de significar la última palabra, la perfección absoluta en materias de compostura y de buena crianza.

Las hijas de D. Cándido, como se comprenderá, frecuentaron asiduamente, desde su llegada, cada uno de los establecimientos nombrados, y aseguraron más tarde haber sacado de ellos provecho completo.

Entregadas durante el resto del tiempo á modistas y peluqueros, con quienes como suele acontecer á la mayoría de las recién llegadas á Paris, sacrificaban en ocasiones tardes enteras. Redfern, Worth y Felix se disputaban la oportunidad (el *honor*, según su expresión) de *presentar sus diversos caprichos* á las elegantes extranjeras. La *Vivot* enviábales día por día muestras de sombreros que calificaban de "admirables", *ravissants*, y que, de seguro, pondrían de relieve los hermosos ojos y el cútis moreno de las encantadoras *demoiselles*.

Y como todo era ofrecido con tan exquisitas maneras y presentado con palabras é insinuaciones tan expresivas, los sombreros y las cintas, los encajes y los vestidos, los guantes y las flores, todo aquel sinnúmero de dijes, en fin, que acostumbran las mujeres conservar cuidadosamente entre cajas de cartón, *sachets* de seda y lindos estuches perfumados, se iba amontonando en los guardaropas del departamento que ocupaban en el Hotel, por cuyas escaleras de servicio veíase á cada instante entrar, subir y bajar á un número incontable de empleados de tiendas, cargados con paquetes y envoltorios de todos tamaños.

DESENGAÑOS PREMATUROS

D. TADEO SORRALTO

EN los círculos sociales sud-americanos llamaban la atención los gastos fabulosos del hacendado. Fácil será, por tanto, comprender qué efecto no harían ellos entre sus admiradores más decididos, los señores tenderos y las señoras modistas.

D. Cándido, satisfecho de sus éxitos, seguro de que habrían de realizarse antes de mucho sus acariciados ensueños, echadas ya á la espalda sus preocupaciones, no se paraba en medios para lograr su objeto y hacer más densa aun la atmósfera de adulación exótica, impregnada de incienso casero que había ido formándose á su alrededor...

Semejante á aquel personaje de Daudet, aquel *Nabab* cuajado de oro ; noble en el fondo, pero vanidoso y confiado en demasía ; presa el alma de loco anhelo de triunfos y de honores, el bueno de D. Cándido iba sembrando de billetes de banco el campo que cruzaba.

Puestos ya en movimiento los resortes que deberían, según él, abrirle las puertas del gran mundo francés, había comenzado, al mismo tiempo, á explotar su inventada comisión oficial, con el propósito de entablar desde luego negocios y relaciones que conceptuaba interesantes para su patria.

No le habían recibido mal en las esferas del Gobierno.

Se solía comentar, sin embargo, allí el tren exagerado del extranjero, con calificativos que — de tono dudoso al comienzo, de significado mordaz, satírico después — daban prueba evidente de la poca sinceridad de tales relaciones.

Cierta mañana, los amigos del millonario viéronse sorprendidos por la lectura de un articulejo de periódico de circulación nume-

rosa, que aparecía con expresiones hirientes y burlescas, alusivas al recién llegado; alusiones que no solo debían herir su delicadeza de hombre, sino también su susceptibilidad de patriota. En ese artículo se pretendía dudar del origen legal de una fortuna privada capaz de costear tamaño fausto. Y á este propósito se le enderezaban mil pullazos picantes, mil pretendidas informaciones y noticias *ad hoc*.

Voici — decía textualmente el artículo — *qu'on nous fait connaître l'arrivée à Paris d'un de ces rastaquouères autour desquels une légende curieuse se forme. Ce noble exotique s'est à peine installé qu'on rapporte des choses surprenantes sur son compte...*

Y más adelante :

Il est descendu à l'hôtel de... d'où il rayonne sur la société parisienne.

Su retrato:

Une figure de pain d'épices ; deux yeux noirs avec le mouvement de rotation des ventilateurs ; un grand nez de perroquet au-dessous duquel une épaisse moustache en fil de fer se retrousse fièrement, lui mettant sur chaque joue un point d'exclamation.

Il a les doigts chargés de bagues ; une chaîne de montre qui pourrait servir à attacher l'ancre d'une frégate ; trois perles grosses comme des œufs de vanneau lui servent de boutons de chemise ; il plante dans sa cravate une griffe de tigre entourée de brillants .

Sobre sus antecedentes :

On dit que chez lui il n'a eu d'autre préoccupation que de multiplier ses millions au moyen d'une foule d'opérations aussi variées que fructueuses. Il a pleinement réussi. A eu, à ce qu'il paraît, à cette occasion, quelques démêlés avec la justice, dont il a su se tirer les braies à peu près nettes...

Y así todo lo demás

¡Primeros desengaños! ¡Cuán intensamente no hirieron los sentimientos del hombre de bien, acostumbrado á leer en las columnas de los periódicos de su país solo homenajes y merecidas alabanzas para sí ; á ver interpretadas sus acciones siempre bajo el punto de vista noble y elevado que las dictaba ! Poco más de un mes había transcurrido apenas desde el día de su llegada y ya comenzaban las murmuraciones, ya se mezclaba el público en sus antecedentes ; ya se entraba á

pretender arrojar sombras sobre su reputación sin tacha ; ya asomaban, en fin, los primeros sinsabores, los primeros ejemplos de lo que podrían más tarde la envidia y el espíritu mezquino de chismografía !...

Porque solo la perfidia de algún mal intencionado era capaz de inventar tamañas atrocidades. — ¡ Pase la caricatura de mi persona, la de mi trájé, la de mis maneras ! — decía con acento de desesperación D. Cándido — ¡ pero los conceptos emitidos sobre mis antecedentes !...

— ¡ Ah ! — exclamaba en seguida, en un arranque de indignación, y mientras desde su ventana predilecta miraba agitarse el torbellino del boulevard, — ¡ cosas de nuestros compatriotas ! Aquí como allá, siempre la torpe emulación, la envidia ruín !... ¡ Sólo á ellos, y especialmente á esas gentes malévolas de *la capital* puede achacarse la causa de tales infamjas !... ¡ Y de seguro que llamarán á eso, como de ordinario, palabras al viento, dichos sin responsabilidad, conceptos sin malicia !...

Pero, reflexionando después, D. Cándido

— que tenía, también, sus puntillos de filósofo — concluía por comprender que su papel consistía en llevar adelante sus propósitos, sin parar mientes en contratiempos semejantes.

¡Por primera vez en esos momentos comenzaba á convencerse el hacendado de que la flor de la gloria es acántica, y que quien pretenda cogerla con las manos desnudas, deberá resignarse á dejar entre sus espigas algunas gotas de sangre!



Una tarde, hallándose D. Cándido en el salón principal de su hospedaje, fuéle anunciada la visita del famoso D. Tadeo Sorralto, con su esposa y sus dos hijas.

¡D. Tadeo! ¡Por lo visto la puritana D^a Dorotea hacía excepción para con los recién llegados, sus buenos y antiguos amigos, quienes, á pesar de no ser rubios, merecían tan singular prueba de deferencia!

— Que pasen adelante— exclamó alegre-

mente el hacendado, levantándose y dirigiéndose, al mismo tiempo, á la pieza vecina, con el objeto de prevenir á la familia.

Momentos después hallábanse todos reunidos en la sala: los papás y las mamás discutiendo sobre temas relacionados con la vida de Paris; las muchachas cambiando ideas sobre modas, paseos y *toilettes*.

— Y usted ¡siempre hermosa, D^a Dorothea! — exclamó de repente D. Cándido, que no había apartado un momento los ojos de su interlocutora, á quien hallaba rejuvenecida á lo menos en diez años, bajo los crespos movibles de una traviesa peluca rubia; obra maestra de Augusto Petit; y con la cual la flamante emparisianada señora había querido disimular discretamente sus nobles canas.

— ¡Qué quiere usted! — replicóle en tono convencido la favorecida por el cumplimiento — illos aires europeos! Cuando se habitúa una á pasar el verano entre las montañas fortificantes de la Suiza, el invierno al sol del Mediodía y el otoño y la primavera entre Paris y Londres, no se puede menos de sentir el bien que

hace al organismo y aún al espíritu este género de vida. ¡Ah, cuán distinto es todo esto de la eterna monotonía y de los rigores de la América! Pero ya lo verán ustedes mismos; ya lo juzgarán por propia experiencia, una vez que hayan permanecido aquí algunos años...

— Y, sobre todo, — interrumpió D. Tadeo, que, á pesar suyo, se había visto obligado al martirio de callar durante algunos momentos — ¡dejémonos de bromas, amigos míos! Aquí se vive, allá se vegeta; aquí hay atractivos para el espíritu y salud para el cuerpo; allá estrechez de miras, mezquindad de sentimientos, ignorancia, chismografía. Aquí se hace figurar al dinero: allá el dinero hace figurar. Aquí hay libertad, allá encarcelamiento perpétuo, motivado por el afán de observarse mutuamente entre sí nuestras gentes; aquí se disfruta de la sociedad culta, elevada; aquí se codea uno con las grandes inteligencias, allá...

Y, por este estilo, durante quince minutos siguió el verboso señor hilando *aquies* y *allaes* sin interrumpirse; entusiasmándose á

medida que hablaba ; deleitándose en escuchar su propia voz, alzándola, ora con entonaciones enfáticas, ora con acentos enérgicos y convencidos, citando nombres y casos, exponiendo doctrinas y pareceres, tributando incienso á los usos europeos, y refiriéndose familiarmente, como de paso, á los personajes más conspicuos del viejo mundo, cual si se tratase de amigos íntimos, de relaciones de todo instante. De esta manera fueron pasados en revista, uno tras otro, Jules Simón y Charcot ; Renan y Meissonier ; Jusbel de Coulanges y Pasteur ; M. de Lesseps, Alejandro Dumas, Gounod, Massenet, etc., etc.

Hemos dicho ya, en otra parte, que D. Tadeo Sorralto era muy pródigo de la palabra. Agregaremos aquí que pertenecía á ese gremio insoportable de *charladores de oficio*, á quienes, por una especie de manía incomprendible para la gente cuerda, parece haberseles metido entre ceja y ceja la idea de que nada hay en el mundo más delicioso y regalado que el pasarse las horas muertas escuchándoles con la atención que ellos no saben

dispensar á otros, siquiera sea por breves minutos.

Tipo es éste (el del *hablador de oficio*) que merece ser observado y estudiado con detenimiento, por lo mismo que va haciéndose cada día más común y más tolerado en nuestra indulgente sociedad.

Su achaque principal es el hacerse oír, y hacerse oír durante días enteros, sin descanso, mientras discurre sobre temas idénticos, desarrollados ya por él en mil ocasiones anteriores; hablando afectadamente y por lo general sin chispa, ligereza ni abandono; sin originalidad ni buen gusto, sin facilidad ni gracia, sin un solo rasgo espontáneo; haciendo lujo, ante todo, de indigesta erudición pedantesca; trayendo de los cabellos y á rebencazos, fechas y citas, para introducir las por fuerza en sus frases estudiadas y aprendidas de memoria, é ignorando, sin duda, aquel discreto adagio francés que dice que si bien una bella citación es un diamante en el dedo del hombre de talento, se convierte, en cambio, en guijarro en la mano de un tonto.

Su afán primero y constante es hacerse pasar por erudito: *Vir bonus dicendi peritus*, sería su divisa, si hubiera de adoptar alguna...

D. Tadeo (que era uno de estos) jactábase de admirar profundamente á Voltaire, Saint-Beuve, á About y á Feuillet, los *causeurs* más célebres de la Francia, con quienes declaraba encontrarse espiritualmente relacionado desde mucho tiempo atrás por el ingenio. Su manía era tal que se pasaba mañanas enteras leyendo periódicos y revistas, con el único objeto de anotar en cierto cuadernito que guardaba bajo llave en algún cajón *con secreto* de su mesa de escribir, las ocurrencias agudas, los dichos de doble sentido, las citas oportunas que en aquellos encontraba. Concluida esta prolija tarea, se dedicaba, en seguida, á la parte más difícil de ella: aprendérselo todo de memoria, para quedar en el caso de expetarlo, después, en la primera ocasión delante de algún prójimo cualquiera, con el desparpajo y suficiencia que eran prendas sólo suyas.

Uno de sus placeres predilectos era provo-

car lo que él había bautizado con el ingenioso nombre de *rosario intelectual*, y que consistía en apoderarse de un tema cualquiera y discurrir, después, sobre él, ensartando ideas con el objeto de continuarlas de un resuello y según iban produciéndose ocasiones de divagar á costa de los términos, nombres y detalles empleados en el discurso.

Pero lo peor del caso era que estos *rosarios* de D. Tadeo eran ya tan conocidos, habían sido tan escuchados de su propia boca, que no hacía más que comenzar la primera palabra de alguno de ellos, y ya el oyente sabía de antemano no solo adónde iba á parar el orador, sino, también, á qué santo encomendarse para pedir paciencia, calma y resignación...

Uno de sus *rosarios* favoritos era el que tenía por cimiento, ó punto de partida, á Lord Byron. Byron lo llevaba á Missolonghi, lugar de su trágica muerte y, por consiguiente, á la Grecia; la Grecia lo hacía traer á colación los nombres de Teseo, Alcides, Aquiles, Pericles y Licurgo; Licurgo le daba oportunidad de hablar sobre jurisprudencia; la jurisprudencia sobre Roma; Roma lo hacía

enumerar á los autores que habían escrito impresiones sobre la Ciudad Inmortal, desde el Dante hasta Lady Morgan ; Lady Morgan lo llevaba de nuevo á Inglaterra ; con cuyo motivo volvía á caer, después de tres cuartos de hora de *rosario* (rosario sin casos gozosos y solo con misterios dolorosos para el oyente), volvía á caer sobre el pobre Byron...

Pero al llegar á este punto, el público que, pálido, estrujado, maltrecho, medio muerto de cansancio, había ido poco á poco desbandándose furtivamente, se deshacía por completo, obligando á Sorralto á poner, por fuerza, punto final á su discurso. Sin embargo, gente había (¡admírese de ello el lector!) que declaraba á D. Tadeo hombre talentado, y, aunque ignorábase del todo en su tierra quien había sido el primero en echar á rodar tamaña especie, la verdad es que el falso testimonio había alcanzado ya, entre cierto público especial, las proporciones de una verdadera calumnia...

Cuando escribía D. Tadeo (que era muy á menudo) propinaba á sus lectores novedades semejantes á éstas: “ Musset era muy

flojo y muy tunante"; " Jorge Sand no se llamaba Jorge Sand sinó M^{lle} Dupin y no era hombre sinó mujer " " á Nerón le gustaba mucho cantar y era muy cruel ", etc., etc. — No decía jamas " Voltaire ", sino *el patriarca de Ferney*, ni " Juana de Arco " sino *la pastora de Orleans*; como si los términos precisos y los nombres propios fueran meras cáscaras de nuez, con necesidad de ser abiertas para encontrar el fruto en ellas...

Quando acabó de hablar D. Tadeo había pasado en revista, á su manera, no sólo á todo París sinó á toda la Europa; se había referido á los usos modernos y al sistema de vida adoptado en su casa, á conveniencias sociales, segun su manera de entenderlas, á lugares de recreo de preferente frecuentación, á medios de transporte por él preferidos, á estadísticas de gacetilla, á literatura *au jour le jour*; á todo aquello, en fin, que creía de su deber enseñar á D. Cándido y á su familia antes de otorgarles patente de incorporación en el gran centro cosmopolita en que aseguraba vivir, y entrada definitiva á sus rubios salones particulares.

Si quería, pues, el hacendado llamar la atención en París, si deseaba brillar como había brillado él, D Tadeo, relacionarse, á su turno, con los grandes hombres de la Nación francesa, hacerse envidiar por el resto de sus compatriotas allí residentes, en una palabra, cumplir en todo y por todo con su ideal acariciado, forzoso le sería inclinarse ante las opiniones de su amigo, acatando su criterio y su experiencia.

Excusado es decir que la familia Talagante quedó encantada con esta visita, y prendada de la benevolencia de D. Tadeo, cuyas lecciones se propuso, desde entónces, seguir al pié de la letra...

No tardaremos en saber qué provecho sacó de ellas D. Cándido...

POR EL OJO DE UNA CERRADURA

Los días del mes de Abril se deslizaron rápidos, como sucede de ordinario con todos los que se consagran al placer.

Durante ese tiempo fué D. Cándido asediado por un sinnúmero de visitantes que se apresuraban á pedirle audiencia por medio de su secretario.

Entre ellos — todos extranjeros — cual se decía presidente de alguna asociación de caridad; cual de un círculo literario ó científico; éste solicitaba la protección del “ilustre extranjero” y le ofrecía diplomas extravagantes y títulos quiméricos á cambio de “un don filantrópico”; aquél reclamaba la

presencia del mismo “para dar mayor brillo” á cierta sesión que *la sociedad* de que era representante deseaba dedicarle.

D. Cándido los recibía á todos con placer, atendiéndolos según sus deseos, y despediéndolos, por fin, suplicándoles que no le olvidasen.

De esta manera fueron pasando por sus dorados salones falanges sucesivas de pedigüños de todas las especies conocidas y por conocerse; las unas clasificadas ya en el catálogo de esa perpétua y siempre variada exposición de tipos humanos que se llama Paris; las otras susceptibles de serlo aún.

Con el propósito de dar una idea de la clase de entrevistas que D. Cándido se veía obligado á otorgar noche y día, vamos á narrar brevemente lo que sepamos sobre alguna de ellas, para lo cual nos valdremos de cierto recurso — que nuestros lectores tendrán á bien perdonarnos, tanto más cuanto que, al emplearlo, incurriremos en la grave osadía de hacerles á ello mismos cómplices de nuestra falta de delicadeza.

En efecto, por más que tengamos que con-

fesar que es poco decoroso, poco hidalgo y absolutamente indiscreto esto de escuchar tras de puertas y ventanas ó al través de delgados tabiques divisorios lo que se dice en la estancia del vecino, seanos permitido, por una sola, única vez, emplear tan ilícito medio, con el propósito de averiguar algo que deseamos saber.

Esto dicho, suponga el lector que nos reunimos ambos — por un motivo cualquiera — en alguna de las salas contiguas al suntuoso departamento que D. Cándido ocupa en el hotel de ***.

Una vez allí, escuchemos con cautela y observemos con sigilo; aplicando para ello la vista y el oído al ojo de la cerradura que intercepta la mutua comunicación de las habitaciones.

La escena que presenciarnos tiene lugar una mañana de aquel mismo y ya citado mes de Abril.

D. Cándido hállase aun en cama.

De súbito llaman á su puerta. Da él la voz de ¡adelante! y aparece en el dintel un criado.

Viene á anunciar la visita de cierto caba-

llero, que á pesar de lo inoportuno de la hora insiste en ver y hablar al hacendado. Trátase, al parecer, de asunto tan agradable como urgente.

Así debe de creerlo D. Cándido porque después de pasar ligeraménte la vista por la tarjeta que se le presenta, sonríe é imparte la orden de hacer entrar al visitante á un salón privado.

Quince minutos después se presenta en él élf anfitrión, envuelto en su larga bata de terciopelo rojo, cruzada por delante con una serie de vistosos cordones de seda y oro; muy semejantes á los que adornan las pecheras marciales de los húsares de Hungría, y tanto que ni siquiera discrepa de ellos en la ordenada disposición, ni en lo resplandeciente de sus borlas, que á D. Cándido cuélganle por todas partes, brillando como luminosos rayos de sol.

¡Vestido así, parece el hacendado una aureola boreal viviente!...

Pero no nos detengamos en inútiles detalles: Repitamos tan solo lo que alcanzamos á ver y escuchar desde nuestro punto de ob-

servación, con respecto á la entrevista que va á tener lugar, al otro lado, entre el dueño de casa y su sorpresivo huésped matinal.

Tras los saludos de estilo — muy cordiales, sea dicho de paso — el visitante, que es un vejete de pelo encanecido, mirada torva y luenga barba, todo lo cual da á su fisonomía un cierto aspecto de nigromántica majestad — comienza por sonreír afablemente á D. Cándido, con quien parece tener ya relaciones de común inteligencia.

En seguida toma la palabra. Oigamos lo que dice...

Pero, ¡ maldita puerta, maldito tabique! Apenas si á fuerza de atención alcanzan á llegar hasta nosotros algunas frases de sentido incompleto, algunos conceptos que, por emitirse en voz más alta que los demás, dan ocasión de reconstituir, por deducciones, el sentido, más ó menos exacto, del diálogo. Se habla allí, al parecer, de algo como obra de beneficencia; de algo como acto humanitario que tendría por base proteger á cierta clase de mujeres cuyos nombres y condiciones se

expresan. A ser exactas las palabras que escuchamos, se trataría nada menos que de la instalación — á expensas de D. Cándido — de un establecimiento *ad hoc* en los alrededores de Paris, de una especie de asilo tal vez, al cual acudirían, por lo visto, las desheredadas de la fortuna, las infelices que sin hogar y sin medios de subsistencia, se vieran obligadas á refugiarse en brazos del vicio para no morir de hambre. Se trataría de reunir á esas mujeres, “cosechándose, con ello, dulces recompensas”. Estas últimas palabras nos llegan al oído con toda claridad.

Ya sabemos, pues, más ó menos, á que atenernos. Y es evidente :

¿Quién más á propósito que el opulento millonario sud-americano para llevar á término idea semejante? Conocedores nosotros de su excelente carácter, no podemos dudar ya por un momento del género de entrevista que se desarrolla en la pieza vecina. Llegan, además, á nuestros oídos, como para confirmar estas opiniones, las frases de “adquisición de un inmueble espléndido”, “instalación inmediata”, “retiro”, “tranquilidad”,

“belleza de paisaje”, “colaboradores entusiasmados”, etc. Ello es claro: D. Cándido, que tiene buen fondo, que agrega á esta virtud la disculpable debilidad de ser vanidoso en demasía, no dejará pasar la ocasión que se le presenta de dar público y elocuente testimonio de la generosidad de sus sentimientos, de lo elevado de sus opiniones, de la hidalguía de su espíritu.

Y, por otra parte, convirtiéndose, así, de hecho, D. Cándido en una especie de M. Pasteur, de M^{me} Boucicaut ó de duquesa de Galliera (con perdón del sexo) ¿no dará, acaso, la más amplia prueba de su valer y merecimiento? Apóstol regenerador de uno de los muchos males que aquejan á la humanidad en el presente siglo; creador y realizador por sí y ante los demás de una idea moderna y trascendental; destinado á leer su nombre impreso en todos los periódicos é inscrito, tal vez, algun día, con letras doradas sobre el frontispicio de un monumento público de Paris; oyéndose ensalzar, admirar y envidiar por todos; viéndose solicitado, designado en público como personaje importantísimo,

¿no llegará á realizar, por ventura, el más caro de sus ensueños?

Pero no nos dejemos arrastrar por lo que pudiera solo ser espejismo de nuestra imaginación, fantasma de nuestro buen desco. Pueden estas deducciones ser exactas, como pueden ser, también, falsas; pues se oye tan imperfectamente lo que en la estancia vecina se dice, nos llegan las palabras tan disimuladas al través del grueso tabique que de ella nos separa, que por el momento no nos es dable hacer otra cosa que conjeturas. Escuchemos, por consiguiente, aun...

Los nombres de D. Tadeo Sorralto y del jurisconsulto D. Gerónimo se perciben claramente. ¿Qué tendrán que ver esos prójimos con el asilo de indigentes de D. Cándido? ¿O serán, acaso, ellos colaboradores á la idea?

Se cita, también, entre otras cosas, el *Bosque del Vesinet*, se vuelve á hablar del inmueble de marras. No cabe ya duda: el asilo de desgraciadas se instalará en el *Vesinet*, en aquella deliciosa floresta de los alrededores de París, que, mirada desde lo alto de las colinas de Saint-Germain, parece una inmensa

alfombra de verdura, extendida sobre la planicie, y al través de la cual se deslizan caracoleando dos anchos brazos del Sena, semejantes á dos culebras gemelas, de amarillas escamas, que, tendidas sobre el césped, duermen perezosamente á los rayos del sol...

El visitante prolonga aun su visita algún tanto; pero ambos interlocutores bajan de tal modo la voz, al comenzar á hacer cierta enumeración de nombres y de señas de domicilio (al parecer de *indigentes* conocidas) que, por más esfuerzos de voluntad que hagamos, por más que reunamos todas nuestras facultades para hacerlas concurrir en ayuda del oído y de la vista, sólo podemos cerciorarnos, al cabo de media hora de atención, de que D. Cándido y su huésped se levantan, por fin, de sus asientos para dirigirse juntos hasta la puerta de entrada, y que, una vez allí, al despedir el primero al segundo, le estrecha efusivamente ambas manos, le palmea con familiaridad el hombro, lo acompaña hasta la galería que conduce á la escalera principal, habla con él aun, durante dos minutos, y vuelve, por último, á sus

salones, restregándose las manos, en señal de satisfacción completa.

Dejemos á D. Cándido á solas con sus proyectos, ilusiones ó esperanzas (que de todo ello parece haber buena dosis en su alma, á juzgar por el aspecto radioso de su semblante), y, retirándonos de nuestro puesto de indiscreta y solapada observación, volvamos — á cara descubierta esta vez — á los demás personajes de nuestra historia.

NOVIOS EN EL HORIZONTE

AUNQUE muy concurridos desde los primeros días de su llegada á Paris los salones alquilados del millonario sud-americano, el número de visitantes fué aumentando considerablemente con el tiempo, de suerte que al cabo de pocos meses ya las *relaciones* contraídas daban mucho que hacer á D. Cándido. Había entre ellas algunas que pertenecían á cierto rango social europeo que á él mismo le hubiera sido difícilísimo calificar; pero el hacendado estaba satisfecho de su tarea y eso era lo principal.

Con respecto á sus hijas, María llamaba especialmente la atención de algunos de los decididos admiradores que le habían salido

de repente, y que ya voltejaban á su alrededor, como enjambre de mariposas en torno de la luz.

¿Sería que gustaban éstos tanto de la niña por su belleza poco común, belleza de género particular y muy apreciado por los europeos, siempre celebradores del tipo original de la donairosa criolla?

Así lo creía, á lo menos, D. Cándido.

Y, en efecto : al rostro, el porte de su hija tenían indefinibles atractivos. Su acento extranjero, cuando hablaba la lengua de Voltaire, aprendida desde la infancia ; la chispa en que abundaba su frase ligera, suelta, llena de esas ocurrencias picarescas tan celebradas por sus padres, su aspecto de deliciosa frescura ¿ no eran, acaso, causas más que suficientes para determinar éxito tan completo ? Si se agregaba á todo ello su reputación de heredera opulenta (lo último sin embargo en que pensaba D. Cándido) la noticia ya supuesta, de que éste dotaría á sus hijas, en la ocasión, con pingüe suma de dinero, á nadie habría parecido extraño que más de cien amartelados galanes, ya franceses, ya ingle-

ses, ya rusos, ya italianos, tuvieran dirigidos los ojos sobre la interesante extranjera.

¿Cómo habían logrado éstos conocer lo relativo á la fortuna de D. Cándido y penetrar en sus salones con los propósitos ya mencionados?

Para solucionar tal misterio, al parecer insignificante, preciso será que el lector tenga la complacencia de acompañarnos durante breves instantes en la excursión que nos proponemos hacer á su vista al través de uno de los barrios más populosos y apartados de Paris.

Con ello no solo averiguaremos cuanto al asunto se refiera, sino que tendremos también ocasión de descubrir, de paso, la extraña existencia de personas, circunstancias y hechos inesperados y verdaderamente curiosos, que revelarán una fisonomía peculiar de la gran ciudad, una faz oculta de su vida original, estrafalaria y característica.

Nos hallamos en pleno Montmartre, en ese barrio famoso de Paris que se alza y extiende sobre las laderas de la colina del mismo nom-

bre, tan célebre toda ella por el papel que le ha cabido desempeñar en diversos acontecimientos políticos locales.

En una callejuela tortuosa, que sube y sube, retorciéndose sin cesar, vense multitud de casas de reducido tamaño y mezquina apariencia; mal niveladas, con sus bohardillas coronadas por bosques de chimeneas, con sus ventanas chatas y estrechas, sus escaleras sombrías y caracoleadas, sus zaguanes oscuros, frios, como antros caóticos.

Y á la verdad que no parece sino que toda esa parte del barrio fuera un verdadero *pandemonium*, un laberinto incomprensible, donde solo se perciben bullicio, confusión y desorden. Multitud de cafetines y fondas de quinto orden, de cuyos zótanos, construidos bajo el nivel de las veredas, se escapa un olor penetrante de cocina, que sube hasta las narices del transeunte en vahos calientes y mefíticos, se ven llenos de hombres mal traídos; tipos perfectos del verdadero *voyou* parisien-se, del ocioso, y, á veces, del malhechor que merodea durante la noche y bebe ajeno durante el día.

Pasemos por allí de largo.

Engolfándonos en seguida, poco á poco, en lo más recóndito de la población que visitamos, lleguemos hasta una especie de encrucijada, punto céntrico de varias series de callejuelas que se cortan entre sí. Doblemos á la derecha por una de ellas y detengámonos, por fin, delante de una casa de cuatro pisos, que nos será fácil distinguir de las demás por el color verde oscuro de sus persianas, insuficientes para encubrir del todo los vidrios sucios y amarillentos de sus aberturas rompecabezas.

Mientras estamos allí en acecho llegan á la casa dos visitantes jóvenes, bien parecidos y elegantes.

Sigámosles y observémosles silenciosamente; sigámosles sin perder uno solo de los incidentes que van á tener lugar desde su entrada en la misteriosa habitación.

El portero, un verdadero M. Pipelet, les detiene el paso.

— ¿A quién buscáis? — les dice.

— ¿Está visible M^{me} Trompeuse? — preguntan ellos.

— Tercer piso, á la izquierda — responde lacónicamente el conserge.

Pero, ¿quién es M^{me} Trompeuse, y cuál el objeto de la extraña pesquisa que emprendemos por el barrio de Montmartre? — nos preguntará el lector.

Vamos á decírselo.

M^{me} Trompeuse, viuda, de cincuenta y cinco años de edad, *rentista* (según reza su papeleta de estado civil), ejerce, en realidad, una profesión libre que no ha declarado al funcionario público encargado de extenderle aquella.

M^{me} Trompeuse es directora de una *Agencia de Matrimonios*; oficio lucrativo al parecer, y en el cual, según su propia expresión, gana *honradamente* el pan de cada día.

Gerente, pues, de una empresa *sui generis*, dispone de un batallón de empleados subalternos, entre los cuales figuran personas de ambos sexos, de distintas calidades y condiciones sociales: desde la dama de vida misteriosa que viste de seda y va á los paseos públicos, hasta la sirvienta doméstica y la vagabunda sin domicilio conocido; desde el

caballero que fuma habanos de Partagas, anda en carruaje y exhibe tarjetas de luciente cartulina inglesa, hasta el ya citado *voyou*, que recorre la ciudad, pululando por calles y plazas, mirando al cielo, con la nariz al viento y la pipa en la boca, empeñado, al parecer, en descubrirle al sol las manchas que dicen que tiene, ó á las nubes el por qué de su incesante y vagoroso viaje por lo alto.

La casa donde nos hemos detenido es la oficina principal, la cabeza dirigente de la asociación, el tronco hacia el cual converge el frondoso ramaje de aquel inmenso y fecundo árbol administrativo, cuyas raíces se extienden por toda la capital de Francia.

Los estatutos de la sociedad anónima cuyo gerente es M^{me} Trompeuse, pueden reducirse á los artículos siguientes :

1º Hacer matrimonios de conveniencia, empleando para ello los recursos morales de que dispone la sociedad ; pero siendo de cuenta de los interesados los gastos inherentes á las diligencias hechas en el sentido de lograrlo.

2º Abonar á la sociedad un tanto por ciento

estipulado de antemano, sobre los beneficios obtenidos por su intermedio.

Las condiciones para entrar en el negocio, se desprenden del lema, inscrito en las esquelitas de que M^{me} Trompeuse se sirve para dar cuenta á sus clientes de los resultados de las negociaciones que se van emprendiendo: *secreto, resolución, perseverancia*.

Esto dicho, continuemos desempeñando nuestro papel de espías de los pretendientes á la mano de las herederas exóticas, las feas con dote, las *averiadas* opulentas y las hidras con siete cabezas— resueltas á dejarse devorar seis, en aras de un matrimonio cualquiera— de que dispone en aquella fecha la sociedad matrimonial.

Entran los jóvenes en un saloncito privado y toman asiento. Pasando por los corredores que á él conducen, han desfilado delante de otros seis ó siete cuartitos de la misma especie, donde diez, quince *interesados* aguardan que se les dé audiencia á su vez.

M^{me} Trompeuse desaparece prometiéndoles que en tres minutos estará con ellos. Tiene que despachar, ante todo, á dos clientes más

que esperan la comunicación de cierto trámite interesante relativo á su negocio particular.

Transcurre un cuarto de hora y M^{me} Trompeuse vuelve á mostrarse por fin.

— ¿En qué puedo seros útil, caballeros?
— les pregunta.

— Señora — contestan los visitantes — somos candidatos á clientes...

Y entonces se entabla entre éstos y la vieja la siguiente interesante conversación:

— ¿Sois gente de confianza?

— Ya lo veis.

— ¿Habeis tomado precauciones?

— Todas las del caso.

— ¿Conoceis nuestro reglamento?

— No, pero de antemano nos sometemos á él.

— ¿Podreis dar dinero adelantado?

— ¿Cuánto exijís?

— Depende de lo que pretendais.

— Lo mejor posible.

— ¡Es claro! Pero nuestra casa ha menester de detalles absolutos.

— ¿Qué teneis disponible para nosotros?

— Escuchadme.

Y aquí M^{me} Trompeuse comienza á dar con cautela á los mozos varios datos vagos, como para abrirles el apetito, sobre jóvenes casaderas en disponibilidad. Tiene una lista numerosa de nombres y de direcciones con detalles relativos á fortunas y apellidos, origen, nacionalidad y hasta circunstancias íntimas de familia. Pero no todas estas novias de dorado anzuelo son seguras. Hay, sin duda, entre ellas algunas en cuya casa bastará presentarse para ser recibidos, pero otras hay con quienes será preciso relacionarse por intermedio de terceras personas y poniendo en juego los recursos de que la asociación dispone. Cuales requieren todo género de precauciones y de diligencias para ser habidas ó solamente tratadas; cuales, por el contrario, son de facilísimo acceso y quedan calificadas como de cultivo poco trabajoso y de cosecha segura.

Pero para todo ello la casa pide fianza y dinero adelantado. Es más: si la pretensión de los jóvenes fuera excesiva, el negocio exigiría tiempo y paciencia por parte de los interesados.

Llega, por fin, el momento de formular la solicitud.

— Millonaria extranjera, y de preferencia *rastaquouère* — dicen los jóvenes Adonis.

— ¡Oh, oh! — exclama M^{me} Trompeuse — ¡no es poco lo que pedís! Pero, en fin, se hará lo posible. ¿Estais dispuestos á *adelantar*?

— ¿Cuánto exigís? — preguntan los interpe-
lados.

— Tres mil francos, desde luego; último precio — contesta la vieja.

— ¡Fuerte suma es! — replican los visitantes — ¿y hasta dónde llegará vuestra intervención por semejante precio?

— Hasta la introducción en la casa de la pretendida, comprendiéndose también en ello las *recomendaciones* indirectas del caso, la *réclame* en los periódicos, y, por último, si el matrimonio fuese de realización segura, el adelanto de la suma necesaria para el gasto de regalo de boda y satisfacción de las primeras necesidades; esto último, naturalmente, previo un convenio en regla, por medio del cual el interesado se obligará á devol-

ver, después de haber entrado en posesión de la fortuna de la novia, una suma proporcional á los bienes percibidos á virtud del contrato matrimonial.

— ¡El caso es tentador! — replican á una los solicitantes.

M^{me} Trompêuse sonríe y aguarda la respuesta.

— Está bien, dicen por fin los jóvenes, después de consultarse con la vista. Adelantaremos la suma. Veamos, entre tanto, las listas.

M^{me} Trompeuse se dirige á la puerta de la habitación, mira hacia fuera, se asegura de que nadie la observa, y, cerrándola cuidadosamente con dos vueltas de llave, abre en seguida con su mano seca y arrugada, un mueblecito disimulado tras de una cortina de seda, y saca de allí varios rollos de papeles manuscritos.

Avanzando después hacia un bufete del rincón de la sala, hace señas á los jóvenes para que se aproximen.

Lo que sigue no es fácil explicarlo ni describirlo. Algo así como un conciliábulo de

preámbulo de negociación capitalísima; seis billetes, de valor de mil francos cada uno, arrojados sucesivamente sobre la mesa por los dos pretendientes, sin que se dé recibo alguno por ellos. Luego el examen detenido de los papeles sacados del mueble mencionado; anotaciones al lápiz, en forma de datos, recogidos en sus libros de apuntes por los mismos interesados; en seguida dos contraseñas—especie de tarjetas-pergamino á modo de pasaportes, especie de insignias masónicas recibidas sigilosamente—mil recomendaciones, después; mil instrucciones verbales, suministradas con prolijidad por la gerente de la sociedad; cuchicheos, frotaciones de manos, en señal de júbilo y esperanza, por parte de los mozos; nuevas consultas á las listas; cavilaciones, repetición de datos; acuerdo mútuo, por fin, y avenimiento completo final...

Hay en Paris agencias casamenteras de distintas especies y categorías, regentadas por personas distintas, también, y establecidas con fines absolutamente diversos.

Las unas, como la de M^{me} Trompeuse, ocultas, clandestinas, observadas de lejos por

la policía, tienen por objeto llevar á cabo actos ruines, criminales engaños, estafas sociales que caen, una vez descubiertas, bajo el rigor de la ley...

Las otras, semejantes á aquella que tan magistralmente nos describe el célebre novelista Gaboriau en uno de sus libros más leídos: *Monsieur de Saint Roch, agente matrimonial*, se proponen únicamente ejercer un oficio casi legal, explotado por medios cuasi lícitos, si bien repelentes para toda sociedad honrada y digna.

Su objeto principal es el lucro; su trabajo allegar á dos seres, un hombre y una mujer que, sin conocerse en el mundo, puedan completarse mutuamente una vez reunidos, aceptando voluntaria y recíprocamente la intervención de un medio, solicitado de común acuerdo por las partes interesadas. Dinero contante y legítimo, á cambio de títulos de nobleza verdadera; juventud y hermosura sin dote, á trueque de dote sin hermosura ni juventud: el equilibrio, según ellos, quedará así establecido y los platillos de la balanza en el fiel.

Y por eso M. de Saint Roch tiene su domicilio en la Chaussée d'Antin, en vez de tenerlo, como M^{me} Trompeuse, en Montmartre ó en los alrededores del *Père Lunette*; por eso vive fastuosamente, en vez de esconderse, como aquélla, en una callejuela oscura y estrecha. El primero recibe en salones ricamente decorados, la segunda en cuartujos miserables; el úno tiene lacayos galoneados que abren las puertas de sus antecámaras, la otra prescinde de ellos por completo, y, para mayor seguridad, se sirve personalmente.

Los aventureros que visitan á M^{me} Trompeuse llegan á su casa provistos de nombres falsos y van allí con el propósito vil de ejecutar un robo, cuando no un miserable *chantage*.

Los clientes de M. Roch se presentan, descaradamente, á ofrecer lo que en realidad poseen á cambio de lo que les falta.

El negociador de la Chaussée d'Antin gasta — al decir de Gaboriau — cien mil francos al año en anuncios que ostenta á la luz del día.

La gerente del establecimiento del fau-

bourg Montmartre no anuncia nada, pero se hace, en cambio, conocer por intermedio de sus agentes solapados, y de sus socios secretos.

Los actos del primero pertenecen, por consiguiente, al rango de los clasificados por los periódicos franceses entre los *Hechos corrientes del día*.

Los del segundo, se registran en la sección destinada á la *Gaceta de los Tribunales!*...

Pero, todo ello es *fin de siècle!*

UN PRÍNCIPE POLACO

EL tiempo transcurría veloz, y durante los días pasados, ya muchos de los jóvenes visitantes de D. Cándido habían merecido el título de amigos.

Un cierto príncipe polaco, llamado Paul de Kantaski, amigo íntimo de Luciano, se hallaba, especialmente, en este caso.

No eran escasas las conjeturas que corrían en boca de las relaciones del hacendado, con motivo de la presencia del tal príncipe en sus salones.

El nombre de Kantaski, muy conocido — según lo aseguraba Luciano — en los altos círculos sociales parisienses, se hallaba unido á la fama de sus aventuras amorosas, á su vida

romancesca de calavera á la moda, á los rumores (más ó menos autorizados, según unos, perfectamente ciertos, según otros), sobre las locuras y desenfrenos de sus últimos años, y, por fin, á sus atenciones marcadas á la hija menor del hacendado sud-americano; atenciones no desdeñadas, en apariencia, por la linda María. Todo ello era materia de comentarios, cuyo alcance parecía difícil calcular de pronto; pero que, en todo caso, daban, por entonces, tema interesante para conversaciones de círculo, animando con ellas ciertos *four o'clock*, y tertulias de intimidad...

Lo que se decía allí sobre los antecedentes del joven príncipe, era poco más ó menos lo siguiente:

Paul de Kantaski, huérfano desde temprana edad, había heredado de su padre — muerto en lo mejor de sus años — junto con el título de príncipe, varios bienes de fortuna, representados por dos espléndidas posesiones en los alrededores de Varsovia, y por un vasto palacio señorial con magníficos campos adyacentes y bosques seculares.

El nombre de la familia Kantaski era pre-

sentado — por los personajes del círculo *interlope* que rodeaba á D. Cándido — como uno de los más antiguos de la antiquísima Polonia, y se hallaba, según ellos, unido á diferentes títulos importantes, entre los cuales el más respetable y sonoro era el de conde Kariatinski, llevado á la sazón por un anciano tío del príncipe; título que — según también se aseguraba — debía pasar al mayor de los varones que en la familia sobreviviera. No habiendo tenido descendencia el tío de Paul, había debido este último vivir en compañía del anciano, en calidad de hijo adoptivo.

Miembros, pues, según el público criterio, de una de las familias más orgullosas de un país borrado del mapa, el ilustre conde y su descendiente residían en Francia. ¿Por qué? Nadie lo sabía. Se hablaba, no obstante, de un duelo político terrible ocurrido en Varsovia, entre el viejo polaco y un señor ruso de categoría; lo cual, en tal caso — á ser verdadero el rumor — podría considerarse como causa suficiente á explicar la expatriación definitiva del conde.

Las relaciones de éste con su sobrino ha-

bían debido enfriarse más tarde, al extremo de que en la época á que esta historia se refiere, el trato común entre ambos llegaba á ser el trato indiferente de dos parientes que apenas se conocen, porque nadie los había visto juntos jamás.

Esto se aseguraba también.

Desde tiempo atrás — se agregaba — entregado Paul á la vida agitada de *Sport* y de *Club*; siendo siempre el primero en los partidos de *tiro de pichones*, *caza de jabalies*; constituido en miembro permanente de cuantas sociedades de *turf* existían en Europa, había podido considerársele — en cierta época de apogeo, naturalmente — como al cazador más atrevido, al tirador más diestro, y al D. Juan más afortunado en lances de amor y aventuras livianas; todo lo cual, narrado con maña á D. Cándido por los amigos íntimos del príncipe, convertía la historia de la vida de éste en una verdadera novela, llena de intrigas y de episodios que la hacían interesante.

Famosas, como muy pocas, habían sido las caballerizas del príncipe de Kantaski en días

mejores, ya pasados, cuando aun podía vérsese durante las tibias mañanas de primavera, amaestrando un doble tiro de soberbios alazanes de raza, briosos, aparejados ricamente y atados al espléndido *mail*, sobre cuyo elevado pescante atravesaba como una exhalación la avenida de los Campos Eliseos, en dirección á la de la Emperatriz.

Amores, cacerías, premios de tiros al blanco y partidas de campo y montaña; carruajes, rollos de billetes de banco tirados al azar sobre el tapete verde, debieron menoscabar, por fin, el caudal del jóven mundano, puesto que aun antes de la época en que le hallamos nosotros, ninguno de los verdaderos frecuentadores del bosque de Boulogne había visto jamás al brillante ex-conductor de los soberbios "pura sangre" que le hubiesen dado ocasión para que el hacendado americano admirase su destreza y su elegancia.

Pero aunque con todo ello se declaraba á Kantaski definitivamente arruinado, se ponía, por otra parte, especial empeño en hacer creer que el joven mantenía aun á flote su buen nombre, como único sobrevi-

viente en el colosal naufragio de su fortuna.

A la sazón, el príncipe Kantaski llevaba pues, una vida casi del todo privada. Ya no, como antes, veíasele en el tiro de pistola de los Campos Eliseos disputando el premio del concurso á los más hábiles. Sus carruajes y sus soberbias, caballerizas, con todos los accesorios, habían pasado á ser propiedad de opulentos particulares; de advenedizos que cifraban en ello su orgullo. Relegado á un círculo reducidísimo de amigos, mostrábase rara vez en sociedad, y queriendo ser gran señor hasta lo último, se complacía en brindar sólo de cuando en cuando su amistad á aquellos á quienes deseaba favorecer con tan precioso don.

Esto era lo que D. Cándido y su familia sabían del príncipe Paul de Kantaski.

Por lo que respecta á Luciano, habríase dejado descuartizar mil veces antes que dudar por un momento de la perfecta legitimidad de tales títulos y prendas señoriales, atribuidos á quien lo trataba con familiaridad para él tan honrosa, llegando hasta llamarlo en público: “amigo mio muy querido”.

COSTURERAS Y PELUQUEROS

HABLÁBASE en los talleres de los *fournisseurs* (y era punto muy discutido entre quienes los formaban), sobre el proyecto de un gran baile con que el hacendado se proponía devolver las atenciones de que aseguraba haber sido objeto por parte de medio Paris, y hacer, al mismo tiempo, una pública manifestación de gratitud á aquellos personajes que más le honraban con su amistad.

Con este motivo parecía cosa decidida que el baile tendría lugar dentro de breve plazo ; que para la circunstancia alquilaría ó compraría D. Cándido un vasto palacio, una regia mansión, digna de su nombre de millo-

nario y destinada, probablemente, á servir de futura y definitiva morada á su opulenta familia, en caso de que las cosas se presentaran tales cuales él las iba viendo.

Con estos díceres, la agitación se hizo sensible en la parte de la colonia que rendía pleito homenáge al fastuoso millonario.

Se proyectaron *toilettes* espléndidas; y se supo de más de veinte damas privilegiadas por la belleza, que, prescindiendo de los antecedentes oscuros del compatriota, habían resuelto aceptar la invitación que seguramente les sería enviada, con su inevitable R. S. V. P. al pié. De modo que las tales pasábanse horas enteras del día discutiendo con las amigas íntimas el color de las telas, la extensión y forma del escote, el corte de la cola, y, en fin, todas aquellas cuestiones de trapos y costuras que constituyen casi siempre para el sexo bello verdaderos é importantísimos problemas, de solución doblemente intrincada para nosotros los del feo.

Pasaron algunos días y el rumor se acentuó. D. Cándido y sus hijas comenzaron á dar á entender en sus conversaciones que la

traslación del hotel al *Hotel* (1) quedaría efectuada poco tiempo después, y que, una vez instalados en su nueva mansión, reunirían allí á sus amigos, para lo cual se distribuirían las invitaciones con la anticipación debida.

Por otra parte, Luciano — siempre diligente y lanzado por completo en la vida de París, miembro ya de algunos clubs de extranjeros á la moda, en cuyos salones se pasaba el día entero charlando, recostado sobre un diván ó á caballo sobre una silla, con su cigarro en la mano, aspirando y soplando de cuando en cuando nubécillas de humo de tabaco — Luciano, decimos, se ocupaba desde luego, en preparativos de toda especie.

Relacionado hasta el extremo de que faltábale el tiempo para todo, se daba, sin embargo, trazas de atender á la organización de ciertos arreglos destinados á preparar la fiesta de que tanto se hablaba. Unos le ha-

(1) *Hotel* llaman los franceses á una mansión particular, ó casa habitación de cierta importancia, ocupada, generalmente, por su propietario.

bían visto en tratos con *Miller*; otros en busca de *Faure*, que figuraría en el programa musical. Por fin (y esto era considerado como lo de mayor trascendencia), *Noël* — un empleado de la peluquería favorecida por el criollo, á la par que por los *becarres* de más tono parisienses — *Noël*, distinguido especialmente con la confianza del joven americano, aseguraba á todos sus clientes — entre tijeretazo y tijeretazo — que *Monsieur de Talagante, fils*, le había confiado en secreto el asunto del baile, para el cual se hacían preparativos que representaban sumas enormes...

— *Il y en aura pour de l'or, par exemple!... des millions, morbleu!*

Y al decir estas palabras, los ojillos verdes y vivos del ilustre *Noël* se encandilaban, como si les diera en ellos el reflejo de tanto metal amontonado!

Cuando el que recibía la confidencia era algún francés, el empleado de peluquería tomaba un tono más grave para hablar de su generoso cliente, de aquel que le honraba con su *amistad*.

— *Parce que, vous savez* — decía — *j'ai toute sa confiance.*

Y en seguida, bajando el tono, como con misterio:

— *Il m'a même invité* — añadía.

Seguíase á esto un elogio del joven *rastaquouère*, para lo cual se hacía mención, á cada paso, de las cifras exorbitantes que se suponía arrojaba á diestra y siniestra; la calidad y número de sus carruajes y caballos de silla; la belleza de las mujeres á quienes cortejaba; sus propinas generosas, á las cuales se llamaba *pourboires princiers*, etc., etc. Concluía el discurso con la descripción del personaje, á quien se denominaba *joli garçon, beau brun*, con otros epítetos destinados á pintar su tipo especial.

Y si por acaso y obra de rara coincidencia, entraba en aquellos mismos momentos el héroe en persona, dándose al diablo por sus innumerables compromisos y citas, que le obligaban á andar siempre de prisa; llamando á toda voz á su Noél favorito; echando, con repetidos intervalos de tiempo — ya atrás sobre la nuca, ya hacia adelante á la

frente — el liviano “ sombrero pluma ” de copa alta, y arrojándose aparatosamente, después, sobre un sillón, era de verse cómo corría y cundía por la sala, de boca en boca, en forma de sordo cuchicheo, un dulce rumor, suficientemente perceptible para el joven criollo, á cuyos oídos llegaban, como para acariciarlos con su grata armonía, las palabras envanecedoras de *c'est le millionnaire ! c'est le millionnaire !*

Escuchábalas entonces él con atención, aunque fingiendo no oírlas; quitábase los guantes que arrojaba con elegante soltura y desdén sobre la mesa, cubierta de cepillos, frascos y pomos de esencias y cosméticos; y, mientras le llegaba su turno, entreteníase en recorrer distraidamente algún periódico ilustrado del día, cuyas hojas volvía á la ligera, dejando ver sus dedos cubiertos de diamantes enormes y piedras de variados colores, cuyo brillo arrancaba infaliblemente un ¡ ah ! de prodigiosa admiración al cautivado peluquero !...

Elena y Maria, á su vez, habían dado ocasión á que se considerara como resuelto el baile.

Hallándose cierto día en casa de su costurero, con quien tenían cita para la prueba de un elegante traje de *amazona* (como le llamaban), quiso la casualidad que una de sus compatriotas se encontrase también en la tienda, precisamente en la sala de espera contigua á aquella en donde se examinaba el dichoso traje, y separada de allí por un simple tabique de madera y tela.

En otras salas aguardaban, impacientes, media docena de damas de diversos tipos y edades y, al, parecer también, de diversas condiciones; pero igualmente preocupadas del asunto que allí las llevaba.

En esos mismos momentos oyóse la voz varonil de M. Poupée. Llamábase así el famoso costurero, quien, con todo y su afeminado oficio, era un hombre hecho y derecho.

Golpeó discretamente á la puerta y se aseguró de que podía entrar.

Entonces comenzó dentro de la sala el siguiente diálogo, que, sin duda, debió ser escuchado, palabra por palabra, por la curiosa vecina aludida, pues, sin estar ella considerada entre las íntimas amigas de las mucha-

chas Talagante, pudo repetirlo al día siguiente en el *four o'clock* de otra amiga.

— ¡Espléndido, monsieur Poupée! ¡adorable! *charmant!*

— *N'est-ce pas mes demoiselles?...* Verdad que tiene *cachet* ese *corsage*?...

— ¡Completó! *parfait!*

— ¿Y piensan las señoritas discutir hoy sus trajes de baile?

— Precisamente; teníamos intención de ocuparnos en examinar las telas, porque es conveniente hallarnos prevenidas.

— Muy bien, señoritas... Con que ¿dejamos así la *pollera*?

— Un poquito más corta, según la moda.

— ¡Tanto mejor! Veo que ustedes no tienen las preocupaciones de M^{lle} P... Figúrense ustedes que acaba de salir de esta misma sala (aquí M. Poupée baja la voz): quería que le hiciese un escote de solo cincuenta centímetros bajo el cuello. ¡Como para ir á una distribución de premios de colegio de monjas del Sagrado Corazón! Y, á propósito ¿conocen ustedes á la Sta. P...? ¿Creo que es compatriota de las señoritas?...

— Si, es verdad.
— Dicen que es muy rica...
— Lo parece, por lo menos...
— ¡Como, “ lo parece ” ! ¡ Aseguran que el padre tiene millones de renta... *des millions!*

— Puede ser, pero no sabremos dar á usted detalles. Volvamos á nuestros trajes...

— ¡ Ah ! es verdad, perdonen ustedes. Vamos á ver ¿ son para *el baile*, no es cierto ? ...

— Si, para el baile...

— ¿ Tendrá lugar pronto ? ...

— Aun no lo sabemos...

— ¡ Gran baile, sin duda ! ...

— Tal vez...

— En efecto; he oido hablar de él...

— ¿ Con tanta anticipación ?

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ ya lo creo ! Y se dice que será regio... Vea Vd. : M^{lle} X... se ha encargado ya su traje... ¿ Conocen ustedes á M^{lle} X... la hija de un senador de por allá, que, según parece, tiene una fortuna colossal y ha sido *Président de l'Amérique du Sud* ? Parece, también, que no se para en gas-

tos y que mensualmente tira millones... *Ah, des millions !*

— Vamos, monsieur Poupée, preocupémosnos de los trajes, pues es tarde...

— ¡ Ah ! perdonen ustedes ! Principiaremos por la tela. Para mademoiselle Elena el color *rose*... ¡ Ah ! tengo un *rose ravissant* ! Para mademoiselle María : *bleu ciel*. Si, eso es : el celeste hará *pendant* á sus ojos !...

Un golpecito dado á la puerta interrumpe la conversación.

— ¿ Monsieur Poupée ? dice una voz femenina.

— ¡ Adelante !

La puerta se abre y aparece una mujer alta, flaca, vestida de negro y peinada á la inglesa. Sobre el cuello, y colgándole por delante, á lo largo del pecho, vése una cinta con números. Es la *medida* : un metro (una vara quizá).

— La Sra baronesa de Menillac dice que os aguarda y agrega que está de prisa, observa tímidamente la que entra.

— Pues ¡ que espere, *parbleu* ! replica el costurero con su voz masculina. Para oírla llorar

por temor de que su *toilette* no esté concluida para el baile de mañana en casa de la mariscal R...—añade volviéndose á las jóvenes,— queda tiempo, á fe mía ! Figúrense ustedes, señoritas, continúa, que es la décima vez que viene hoy ! Y esto para no pagar sus cuentas, como sucedió ha poco tiempo con la condesa de C...

Y aquí comienza M. Poupée á contar la historia conocida de aquella condesa de Chambrun, que, según parece, después de arruinar á su marido y gastar en trajes una renta de reina, fué encausada ante los tribunales por gestión de su señor esposo, á consecuencia de haber desobedecido una orden terminante suya, en virtud de la cual *Madame* no podría en adelante traspasar cierto limite indicado para sus gastos. La esposa, á pesar de esta terminante prohibición, habia continuado en su sistema de arruinar á su consorte por medio de sus *toilettes* ; con motivo de lo cual, exasperado éste, llegó un buen día hasta notificar personalmente á las costureras que no respondería por deudas. De allí el pleito escandaloso.

— Ah... *mesdames*, concluyó el costurero, ¡estas cosas traerán la ruina de nuestra industria!...

Transcurre aun media hora, durante la cual se discute si el traje de Elena sera de terciopelo ó de seda; el de María de tul ó de espumilla; si los encajes seran de *point d'esprit*, ó si valdrá la pena de suprimirlos del todo. M. Poupée cree que es más propio de ellas (sobre todo siendo *millionarias*) el no prescindir de tal lujo: eso hará mejor efecto, y luego, dará mayor realce...

Las jóvenes prefieren, sin embargo, un traje corto, prendido á los hombros con un broche sencillo ó una simple flor; algunos adornos sobre la pollera, un poco *collante*; para lo cual se hará resaltar más la *tournure* abultándola, cosa muy necesaria, dadas las formas un tanto exiguas de las clientes.

Pero M. Poupée insiste en su idea. Tiene allí, á la vista, una tela riquísima, *severa*, según su expresión; fácil de amoldarse al busto; y, por añadidura, *original y distinguida*. ¡Ah! hará con ella un verdadero *chef-d'œuvre*; ella será, en suma, de un *réussi* incomparable.

— Y por otro lado, continúa, se pondrá de parte de la casa todo el arte, todo el empeño que requiere el vestir irreprochablemente á tan conspicuas parroquianas... Lo cual, por lo demás, está en los intereses mismos de nuestra firma—concluye el galante costurero. Eso le dará *succès* y renombre...

Las parroquianas quedan convencidas. ¡ Vaya por la telá original ! exclaman.

Mientras este problema se ventila, llaman desde afuera á M. Poupée por todos lados. La marquesa X... reclama sus servicios; la *belle madame* I... tiene que someterle una idea que le vino á la mente durante la noche; una *combinación* para cierta *toilette de matinée*; M^{lle} R... desea agregar un dato á su pollera, trabajo de dos minutos; y, en fin, unas que quieren *discutir*, otras que se proponen *deshacer*; aquéllas que van á *combinar*, ésta que viene á *suprimir*; todas violentas por *subir* ó *bajar*, por *prender* ó *desenlazar*... forman la confusión más espantosa...

Pero como todo tiene su término en este mundo, la *sesión* con las americanas queda, al fin, concluida. Al salir á la sala vecina, M.

Poupée — que permanece todavía con el recorte de la tela “original” en la mano — se vé asaltado por doce, quince, veinte mujeres, que claman y suplican, rien ó gruñen, chillan ó reniegan, mientras no se oye sinó un clamoreo general de voces mujeriles en que las exclamaciones de: Monsieur Poupée! por aqui, Monsieur Poupée! por allá, Monsieur Pierre! y hasta Pierre! solamente, por algún lado, se mezclan á la algarabía aturdidora de ese incómprensible guirigay del vocabulario de modas femeninas, en que entran como términos técnicos el *jais* y el *chantilly*, el *windsor* y el *loutre*, el *vigogne* y la *sicilienne*, el *faille*, el *assorti*, el *marron* y el *foncé*...

El turno corresponde, en seguida, á una linda francesita, rubia como un querubín; alta, delgada, graciosa, desenvuelta...

— ¡Qué confusión! exclama. Vaya M. Poupée, no se dirá que no se hace usted esperar. ¡Si parece que no hubiera usted deseado acabar con sus *rastaquouères*!

— La señora marquesa perdonará, se apresura á contestar el costurero, pero (continúa bajando la voz y sonriendo maliciosamente

al hablar), qué quiere usted : nos debemos en nuestro oficio aún á los advenedizos; tanto más cuanto que saben ellos pagarnos á *louis* de oro cada minuto de aparente preferencia que les concedemos. Y no crea la señora marquesa que en ello no exista un verdadero mérito por nuestra parte ¡ el mérito del sacrificio ! ¡ Si la señora marquesa supiera cuanto tenemos que disimular, y en qué grado nos vemos á veces obligados á fingir para no descubrir el detestable efecto que á nuestro criterio refinado de artistas suelen hacer los caprichos, verdaderamente grotescos, de esas gentes, en materias de gusto y arte !... »

Figúrese la señora marquesa que para un baile próximo, las señoritas exóticas que acaban de salir, han escogido esta tela, y estos adornos, que hasta ahora no me ha sido posible *colocar* ni entre mis parroquianas de provincia. Y, por añadidura ¡ un estilo, un corte ! Nada más inadecuado y absurdo ! Todo su afán es *que la cosa sea muy rica; mucho adorno, mucho encaje, mucho oro.*

— ¡ Ja !... ¡ ja !... ¡ ja !... Y el costurero y la marquesita rien á una voz...

Las *rastaquouères*, entre tanto, desde que se ha terminado ya definitivamente la *sesión*, después de despedirse del confeccionador de trapos y de embustes — que, *haciendo para con ellas una excepción*, las ha acompañado ceremoniosamente hasta la puerta — se apresuran á volver á su casa, después de haber dado una prueba evidente, al poner el pié sobre el estribo de su carruaje, de que las lecciones adquiridas en el *manège* del parque Monceau hán sido debidamente aprovechadas...

Un lacayo, lujosamente vestido, con la librea multicolor de D. Cándido, aguarda afuera.

Al divisar á sus señoritas, apresúrase á abrir la portezuela del lindo *coupé* de nuevo modelo. Las visitantes hacen una última inclinación de cabeza, y, ligeras como el viento, saltan dentro del carruaje, que, describiendo una curva elegante sobre el terso afirmado de madera, se aleja en dirección á la plaza Vendôme...

EN LA GRAN ÓPERA

AQUELLA noche la concurrencia era numerosa en la Gran Opera. La sala, completamente llena, con un público variado, bullicioso, proporcionaba un golpe de vista animadísimo.

Se ponía en excena la *Africana*.

La representación acababa de empezar.

Cayó el telón después del primer acto y la conversación, que hasta ese momento se había mantenido sólo á media voz en el teatro entre los grupos de jóvenes concurrentes, se hizo poco á poco general.

Las señoras que ocupaban los asientos de adelante de un palco de sud-americanos, parecieron interesarse, de pronto, en cierto tema que desarrollaba en esos momentos, y como

por incidencia, uno de los visitantes habituales, un caballero de cierta edad, gordo y de pelo y bigote negros, muy negros. A no hallarse transformado así por la diferencia del color del cabello, habría podido tomársele por aquel abogado que durante la navegación ocupaba la izquierda de D^a Emilia en la mesa del capitán del *Illimani*.

Y á la verdad que al oírle hablar, su metal de voz, sus modales, habrían afianzado en tal creencia.

Escuchemos un instante :

— Pues, ahora sí que es cosa resuelta — exclama el posible abogado en cuestión. — Mañana se comienza á repártir las invitaciones.

— Y Vd. debe saberlo mejor que nadie, D. Gerónimo — contesta una señora.

¡D. Gerónimo!... Pues señor: ¡no cabe ya duda! ¡D. Gerónimo en persona, con sus mismos ojos, su mismo cabello escaso... pero de distinto color!

En efecto: de blanquizco y lacio que era, se ha convertido en negro, negrísimo, sedoso y rizado!...

¡ Milagros de Paris!

Aunque, observándole bien, su traje, su actitud, su manera de expresarse, un cierto acompañamiento especial de mímica y palabra, unidos á entonación más ligera, á verbosidad aún más suelta y abundante, dan á entender que también esos detalles han sufrido algún cambio — cambio perfectamente natural, por otra parte, dado el *rejuvenecimiento* general del personaje.

— Parece que asistirán miembros muy distinguidos de la nobleza francesa, y lo más selecto de las colonias hispánico-americanas — continuó el jurisconsulto. Por otra parte — añadió — preciso es favorecer á este buen hombre, concurriendo á su fiesta. ¡ Sería una lástima que le pusiéramos en ridículo ante los extranjeros, contribuyendo á un *fiasco*, con nuestra ausencia.

—Y, á propósito de extranjeros—interrumpe uno de los jóvenes que han cuchicheado en el fondo durante todo el primer acto — ¿ Saben Vdes. que va serio lo del festejo de un tal príncipe Kantaski á la hija menor de Talagante ?

— Yo, por mi parte, no lo creo — replica otro joven; uno que luce frac exageradamente abierto, redondo de solapa, y en cuya pechera reina, á guisa de único botón, una enorme perla rodeada de brillantes. No lo creo, porque el tal Kantaski es un bellaco, que solo pretenderá salvarse de la cárcel con el matrimonio que intenta realizar; de la cárcel, á donde debía hallarse ya desde mucho tiempo por *tramposo*.

La palabra no parece ser del agrado general. Unas cuantas señoras arrugan el ceño con gesto de disgusto; otras se ruborizan por tamaña democratización del vocabulario mundano aristocrático...

En efecto, solo puede atribuirse la inconveniencia de la expresión usada, á lo poco iniciado que quien la ha dejado escapar debe aún de encontrarse en los usos parisienses y maneras europeas. ¡Acába de llegar el tal de por allá!...

Síguese, pues, un breve instante de silencio ocasionado por el *mal efecto*.

Otro de los jóvenes salva, felizmente, la dificultad y, con una frase correcta, distin-

guida, alza de nuevo la conversación al tono *conveniente* en que se hallaba antes de que la rebajase el compatriota novicio.

— En efecto — agrega — dicen que el príncipe está algo *géné*...

— Y, sobre todo — replica el vecino del asiento de enfrente — no podría pagar jamás sus deudas... lo que quiere decir...

— ¡Que es un tramposo, como yo lo aseguraba! — vuelve á repetir ingénua y aturdidamente el joven recién llegado.

Esta vez la mirada general es de sorpresa y de estupor.

Un incidente imprevisto viene á evitar á tiempo la situación embarazosa que, sin él, se habría producido irremediablemente.

La puerta de otro palco acaba de abrirse y por ella entran, con ruidoso aparato, las hijas de D. Cándido, primeramente; D^a Emilia después; tres ó cuatro caballeros y señoras en seguida, y, por último, el hacendado en persona, seguido de un señor de cierta edad, que no es otro que D. Tadeo el parlanchín.

Todas las miradas, todos los gemelos sudamericanos se vuelven hacia los recién llega-

dos, y, antes de que las muchachas concluyan de calzarse los guantes, ya la sala entera se ha dado el placer de cerciorarse del motivo que ocasiona la curiosidad casi general.

Restablecido el orden con los primeros golpes de prevención, el espectáculo continúa momentos después, bajo el rumor del cuchicheo, si bien más apagado no por eso menos constante, de los asistentes al espectáculo.

Y, así, durante toda la noche déjase impunemente á *Selika* suspirar dulcemente sus cuitas de amor, mientras *Vasco de Gama* se entrega á sus ensueños de gloria; á *Nelusko* anunciar “que la tempestad se aproxima”, ello con entonación y énfasis dignos por cierto de mayor atención de parte del bueno del público; á *Inés* vibrar sus valientes notas en la romanza magistral que precede al duo “de las dos mujeres”; á *los Indios* desfilan en suntuosa y pintoresca procesión con sus trofeos vistosos, en medio de singular profusión de detalles, que asombrarían á los espectadores si fuesen por ellos observados, y, en fin, á *los salvajes* asaltar el buque, después de tor-

cido vilmente el rumbo adoptado por el gentil navegante...

Antes de que termine la representación, ya se sabe, pues, con certeza que el baile de D. Cándido es un hecho.

LO QUE PUEDEN MENTIR UN TABIQUE

Y UN OJO DE CERRADURA

RECORDARÁN nuestros lectores aquella visita recibida por D. Cándido una buena mañana de Dios en sus salones del Hotel de ***, visita que había tenido por objeto — según las deducciones que por entonces hicimos con el lector, al dedicarnos juntos á la indiscreta tarea de escuchar y observar á través del ojo de una cerradura—que había tenido por objeto proponer al millonario americano la adquisición de cierta propiedad ubicada en el Vesinet, en los alrededores de Paris, y destinada — al parecer — á servir de asilo á las mujeres de vida ligera que, por motivos de “indigencia” se hubiesen hallado en

el triste caso de acudir á ese último recurso para no morirse de hambre.

Recordarán, también, ellos, que D. Cándido —así que se hubo retirado el visitante— quedó solo, restregándose las manos de placer; satisfecho, sin duda, en alto grado del éxito de la entrevista que acababa de acordar. ¿Qué había de verdadero en todo esto?

Vamos á averiguarlo.

Pero para ello nos será forzoso hacer, nuevamente, el mezquino papel de indagadores indiscretos de vidas ajenas...

Mas, como se trata en este caso de actos que se relacionan con la existencia privada del héroe de nuestra historia, cuyo carácter estamos en la obligación de observar hasta en sus íntimos pliegues, con el propósito de darle á conocer lo más fielmente posible — hallaremos, sin duda, disculpa.

Acudamos, en esta ocasión, al *valet de chambre* de D. Cándido; aquel mismo barbarote que se apareció una tarde en los salones del hacendado, llevando cierto estuche que contenía el gaje privado con que Luciano había dispuesto introducirse gratamente en el áni-

mo y concepto de cierta beldad de contrabando...

Este valet, que como todos los de su gremio es hablador é interesado, ha de darnos muchos datos preciosos, merced á la modesta propina de unos cuantos francos, que sacrificaremos gustosos en aras de nuestra curiosidad.

Interroguémosle, pues.

He aquí lo que nos refiere :

Que por la tarde de aquel mismo día en que se presentó la visita que estuvimos observando, habíanse reunido en coloquio confidencial en los salones del Hotel de ***, D. Cándido, D. Gerónimo y D. Tadeo (todos tres buenos amigos y *mozos* del mismo tiempo); que, una vez allí, habían discutido á puerta cerrada, sobre el tema puesto en tabla aquella misma mañana; es decir: lo que á nosotros se nos antojó ser "instalación de un asilo de indigentes". Que, al parecer, de esa discusión había nacido mucha luz, porque, ocho días más tarde, en una nueva reunión llevada á cabo como las anteriores á puertas cerradas — pero hallándose esta vez

presentes, á más de los tres americanos cincuentones y colaboradores en ella, otros tres personajes extranjeros—había debido llegarse por fin, á definitivo acuerdo; ya que el inmueble del Vesinet, no solo había sido adquirido por D. Cándido, sinó que, por entonces, el asilo á que estaba destinado debía hallarse funcionando ya...

¿Por qué?

Porque á la sazón solían encaminarse los tres americanos (en las salidas que hacían juntos en carruaje) hacia aquella dirección; esto último, á ser ciertas las indiscreciones del cochero de Talagante. Todo lo cual hacía sospechar al valet, que su amo se hallase metido, por aquel lado, en algún negocio urgente.

Hasta aquí las confidencias del lacayo.

¿Qué había de efectivo en ellas?

Mucho y muy poco á la vez; aunque el decirlo parezca incomprensible paradoja.

Tiempo es ya de explicarnos.

Lo de la visita del desconocido, aquella mañana de Dios, era, es claro, una verdad de á folio. Lo era también lo de la consulta ó

sesión á puertas cerradas. Era cierto y muy cierto que el hacendado había prestado su firma y suscrito una suma considerable de dinero para la adquisición de una misteriosa propiedad, ubicada en los alrededores del Vesinet. Y, por último, era verdad, como que la luz del sol alumbrá... lo que van á ver, con sus propios ojos nuestros lectores.

Nos hallamos en el Vesinet, una hermosa noche del mes de Abril, en medio del bosque.

Procuremos orientarnos bien, no sea que vayamos á extraviarnos en nuestro camino.

El asilo que pretendemos descubrir no es el antiguo y conocidísimo establecimiento delante del cual, andando, andando, nos encontramos de repente, deteniéndonos un instante en él para admirar la imponente grandiosidad de sus proporciones.

Como debido á la munificencia privada, el de D. Cándido ha de ser más pequeño, más modesto, menos costoso.

Sigamos, pues, nuestro camino.

Entre los árboles, al extremo suñd-oeste del Bosque, álzase una pequeña construcción, sencilla de aspecto, no muy grande en pro-

porciones, y un tanto vetusta por su estilo, aunque remozada, al parecer, y según permiten juzgarlo las luces de gas que iluminan su frente, á fuerza de blanqueos de potasa, brochazos de pintura, remiendos de detalles exteriores, y limpieza general del todo.

Hagamos alto allí.

Son las diez de la noche. El aire afuera se siente fresco y perfumado, invitando al que pasa á interrumpir su marcha para gozar de los encantos de la soledad, de la quietud y del silencio que reinan en tan delicioso paraje.

En esos instantes hanse ya apagado los rumores del pueblo vecino; la oscuridad de la noche todo lo oculta bajo su negro manto; las únicas luces que brillan en torno son las que provienen del interior de la casa, delante de la cual hemos detenido nuestros pasos, y las de los faroles públicos, que proyectan su ténue claridad hasta veinte metros á la redonda.

Una verja de hierro, entreabierta, da acceso al interior del asilo misterioso.

Aprovechémonos de la ocasión y penetre-

mos silenciosamente en él, por ver si es el que buscamos.

Nadie nos observa; los alrededores, como lo hemos dicho ya, están desiertos; no se oye otro rumor que una especie de ruido de alegres carcajadas, cuyo eco vago nos parecería por un momento venir del interior del asilo, si no rechazáramos al punto tan extraordinaria idea, ante la consideración de su absurda inverosimilitud. ¡Ilusión de la noche tal vez!

En dos saltos trepamos la escalera; llegamos al vestíbulo... El ruido que hemos escuchado afuera parece acentuarse allí; ruido como de metálicas vajillas, rumor bronco como de voces de hombres que se mezclaran á la sonoridad cristalina de copas entrechocadas, de risas alegres y francas de mujeres jóvenes, de detonaciones secas y repetidas como las que produce el corcho del champagne al escaparse, entre chorros de espuma, del estrecho gollete que lo comprime y aprisiona... Y luego, de repente, acordes musicales de numerosa orquesta, que preludian los compases epilépticos de los aires de *café chantant* más conocidos.

¿Qué es esto? ¿Nos habremos equivocado, acaso, de dirección y cometido el error de tomar una casa por otra?...

Vamos á cerciorarnos.

Avancemos resueltamente; empujemos esa puerta; doblemos por aquella galería: el ruido viene de allí. Adelantemos cinco pasos aun... Estamos en pleno interior... Otra puerta más y... ¡santo Dios!... Pero, ¿qué es lo que contemplamos?... ¡*Shocking!* ¡*shocking!*... ¡D. Cándido allí! ¡Allí D. Gerónimo! ¡D. Tadeo Sorralto!!!...

¡ Luego, esa sala profusamente iluminada, esa mesa dispuesta con sardanapólica opulencia; esas viandas, esas frutas, esos vinos generosos color de rubí y de topacio, de oro ó de esmeralda, según sea el del finísimo cristal que respectivamente los encierra; esa fiesta, esa algazara, esa locura, ese abandono; ¡ eso, todo eso, es el *Asilo* de D. Cándido!

Y aquellos rostros picarescos de mujeres atolondradas; el escote atrevido de sus pechos de marfil; las joyas deslumbrantes que brillan sobre sus cabezas rubias y vivara-

chas; las galas de sus atavíos, que á fuerza de ser caprichosos rayan en insolentes; el reír frenético de sus labios encendidos; la luz intensa de sus miradas, chispeantes de desenfreno y de apetitos de bacanal, ¿son acaso, prendas distintivas de la condición ó calidad de *indigentes* con que la pública fama las designa ?...

¿Y esas pecheras blancas, arrugadas, que visten de gala á hombres ya maduros, cuyos vientres, generalmente obesos, se trepan hasta ellas, asomando parte de su convexa superficie por sobre el borde afilado de la mesa; esos rostros encendidos por el fuego del vino y de la sangre que bulle en las venas, congestionadas por la fiebre de una circulación excesiva; esas frases libres, proferidas en alto diapasón por lenguas que el alcohol y la glotonería del festín entorpecen; esos dicharachos de sentido doble, prodigados á diestra y siniestra; aquellos ademanes, aquel ambiente recargado de emanaciones bucólicas, que se entremezclan al aroma capitoso de perfumes de tocado y de flores que ajan el calor y el encierro — ambiente pesado,

perturbador, sofocante, y que, al abrirse súbitamente la puerta por donde entramos nos ha encendido el rostro con su hálito de fuego ; — todo aquello, en fin, que allí se vé, se escucha ó se respira, ¿ es, en realidad, propio del austero sitio que en compañía del curioso lector andamos buscando por las dulces soledades del histórico Vesinet ?...

¡ Chitón ! Si lo que sospechamos es verdadero, volvamos á cerrar la puerta de la sala del festín y huyamos con cautela de la casa cuyo verdadero nombre la opinión ignora ; dejemos allí á nuestro héroe y á sus amigos íntimos, entregados á su felicidad sin nubes, mientras llegan, cruzan y pasan, sin ser por ellos sentidas, las altas horas de la noche.

Jurando, en seguida, guardar eterno silencio sobre el caso, en presencia de quienes pudieran algún día interrogarnos, doblemos otra vez por la misma galería que atravesamos llenos de impaciente curiosidad ; bajemos suavemente la escalera y, una vez en la calle, echemos á andar por la orilla del camino hasta encontrar un carruaje que nos

conduzca rápidamente hacia el centro de Paris — donde, á esa misma hora, la esposa y las dos hijas de D. Cándido duermen apaciblemente el sueño de los justos...

HOMME GALANT Y GALANT HOMME

CIERTA mañana de aquel mismo mes — ocho días más ó menos antes de la fecha fijada para el proyectado baile del hacendado — un joven elegantemente vestido bajaba de un carruaje de alquiler que acababa de detenerse frente á un edificio de modestísima apariencia, situado casi al extremo del boulevard Malesherbes.

Tocó el timbre, abrióse la puerta, entró el visitante y atravesando rápidamente el limpio aunque humilde zaguan que conducía á una estrecha escalera principal, dobló directamente á la derecha — como persona que conociera ya la casa — y subió hasta el quinto piso, ante cuyo pequeño vestíbulo se detuvo y llamó.

Apareció un lacayo viejo.

— Buenos dias, le dijo el joven dirigiéndole una sonrisa amable — ¿Está visible mi tío?

— ¿Para el señor Paul? — observó como con extrañeza el lacayo. — Si el señor Paul me lo permite le anunciaré.

El joven respondió con una señal afirmativa y el criado desapareció en dirección á las piezas de la izquierda, después de haber introducido al visitante en un saloncito decentemente amueblado, pero con la más absoluta sencillez.

Un segundo más tarde abriase la puerta y volvía á aparecer el criado :

— Mi amo aguarda al señor. El señor puede pasar adelante.

El visitante entró.

Sentado en un sofá, que formaba parte del modestísimo mueblaje con que estaba ahajada la habitación, hallábase un anciano octogenario. Sobre sus rodillas veíase abandonado un periódico, en cuya lectura debía encontrarse ocupado, sin duda, cuando le fué anunciada la visita del recién llegado, pues

conservaba aun en las manos, en actitud de plegarlos, los lentes de que para ello se había servido. Su fisonomía, marchita por la edad, denotaba en ese momento cierta expresión de marcada sorpresa, sorpresa y curiosidad á la vez.

— ¡Cómo! ¿eres tú? —exclamó con sequedad y sin levantarse de su asiento el dueño de casa al ver entrar al joven — ¿á qué motivo especial debo tan inesperada visita?...

— *Mon Dieu* — replicó éste con visible petulancia, atusándose el bigote — confiado en vuestra bondad...

— Puedes tomar asiento — interrumpió el anciano.

— Mil gracias. Excusareis... — prosiguió el joven...

— Nunca es tarde, observó su interlocutor, para reparar faltas y aún para enmendarlas.

— Sois, en verdad, muy bondadoso!... exclamó el visitante que (por más trabajo que á nuestros lectores cueste el creerlo) no era otro que el elegante Kantaskí, llevado á buscar, sin duda por asunto de capital importancia, á su venerable pariente, el personaje miste-

rioso llamado por el círculo de D. Cándido, “ilustre conde Kariatanski”, y señor opulento, al decir de la fama.

Voluntariamente separado, según se suponía á Paul de su tutor, del hombre á quien había debido mirar por largo tiempo como á un segundo padre, preciso era que las causas que le decidían á visitarle fueran poderosas.

— No ignorais, continuó el jóven, cuál es mi situación actual.

El príncipe Kantaski vaciló un momento antes de llegar al fondo de la cuestión. La fisonomía serena, franca y abierta de su tío, le decidió, sin embargo, á expresar llanamente su pensamiento; de modo que, tras de un instante de pausa, prosiguió :

— Quisiera que me ayudárais á llevar á cabo una empresa de la cual depende en absoluto mi suerte futura.

— ¿Y en qué consiste ella? — preguntó secamente y con gesto de desconfianza el anciano, gesto que no pudo escapar á la atención de su joven interlocutor.

— En que os prestéis á desempeñar cierto papel que desearía encomendaros y que... en

fin, se reduce á que seais útil á mis intereses... replicó éste, reponiéndose.

— No te entiendo, contestó el anciano, con el mismo tono de fría terquedad. ¿Cómo y para qué he de poder *yo* serte útil á *ti*?

Y el viejo, al pronunciar estos dos pronombres, que en sus labios parecían llevar envuelto el significado del más singular contraste, los acentuó maliciosamente...

La respuesta era sin duda difícil; el joven príncipe debió entenderlo también así.

Conocedor del carácter reservado, imperturbable de su tío, no podía menos de convenirse al fin de que los circunloquios no eran el mejor medio de llegar al resultado que se proponía sacar de su visífa. Una explicación franca, sincera, sería, quizás, la mejor manera de entenderse...

En un segundo, pues, y resuelto á arriesgar el todo por el todo, decidióse, de pronto, á hacer la manifestación explícita del motivo de su presencia allí.

— Teneis razón — exclamó — mejor será que me explique de una vez.

El viejo hizo una ligera inclinación de ca-

beza, un gesto de asentimiento que significaba : hablad.

Kantaski aproximó, entonces, su asiento, y, tomando un tono confidencial, casi cariñoso, persuasivo :

— Hace mucho tiempo — empezó — que deseaba abrir^{os} mi corazón. Hoy se me presenta oportunidad de cumplir con ese deseo.

— Sabes que en una época te quise como á un hijo — replicó el anciano.

— Lo sé, lo sé, y por eso vengo á vos. — Abreviaré pues. — Estoy arruinado : necesito rehabilitarme ; soy desgraciadísimo y busco el medio de volver á ser feliz. — ¿ Queréis apoyarme ?

— ¡ Ola ! ¿ Temes á la deshonra ?... — interrumpió sarcásticamente el tio — y, en seguida, con tono de profunda calma :

— Prosigue — continuó — te escucho aun.

— ¡ Pues bien, sí, la deshonra ! — replicó el joven en un arranque de despecho, á todas luces violento — ¡ la deshonra que ya veo venir ; la última deshonra, que al caer de lleno sobre mí, caerá también sobre vos, que tanto la teméis, si no consentís en salvarme !

Al oír estas palabras la cabeza encanecida del venerable anciano irguióse altiva... y sus ojos brillaron con una chispa de luz. Iba á replicar, pero el príncipe Paul no le dejó tiempo para hacerlo.

— Permitid — continuó, reponiéndose un tanto — no pienso ofenderos; pero la verdad es que bastantes miserias hemos sufrido ya ambos: vos, obstinado en no querer salir de vuestro verdadero carácter de bourgués honrado; yo, de mi falso papel de gran señor calavera. Pasaron ya los tiempos del sentimentalismo y de las preocupaciones que nadie aprecia. Escuchadme, pues, con calma. Vengo á proponeros la fortuna...

— La desprecio de antemano, si es que he de obtenerla por medios ilícitos — interrumpió con viveza y dignidad el viejo polaco. Te conozco demasiado, amigo Paul, — añadió con tono de convicción — para creer que pueda esperar de tí otra cosa que expedientes vergonzosos.

El príncipe se mordió los labios, reteniendo un arranque de cólera.

Sintiéndose inferior en la lucha que im-

prudentemente acababa de provocar, cono- cedor del carácter entero de su pariente, com- prendió que le era preciso tomár otro camino.

— Perdonad — replicó. No niego haber sido ligero en otras ocasiones. Escuchadme, sin embargo, un instante.

El propósito del joven era en tales momen- tos desarmar la severidad del anciano por medio de un cambio completo de táctica en sus recursos.

— ¡Ah! — continuó, adoptando un ademán adolorido — ¡si supierais cuánto sufro! ¿No veis que me agito en un círculo sin salida?

— ¿Y por qué, entónces — replicó su in- terlocutor, cambiando súbitamente de to- no y dirigiéndose á su sobrino como si se hubiera tratado de un extraño — ¿por qué os habeis dejado envolver en él?... ¿Acaso no os bastaban mis consejos, los ejemplos de lo que pueden en el camino del mal la falta de voluntad y de juicio?... ¡Ahora venís á mi : me hablais de vuestra deshonra, cuando vein- te veces os habéis enfangado ya en ella; me pedís una protección que no comprendo y, al hacerlo, no solo olvidais lo que me debéis,

sino que pretendéis envolverme en vuestra ruina; confundir en uno solo el deshonor de vuestro falso nombre de gran señor y la inmaculada pureza del mío, modesto, pero honrado! Y eso me lo decís en el momento en que me pedís que os salve, que os libre del peso que os ha de aplastar, sin cuidaros de pensar que las canas que pintan mi cabeza os debieran ser sagradas.

— ¡ Oh tío !...

— Dejadme proseguir. ¿ Y cuáles, en fin, el camino que me proponéis ? ¿ El que os preste aun mi humilde firma para salvaros ? ¿ El que ponga á vuestra disposición mi pobre crédito, mis escasísimas relaciones para cubrir vuestras deudas, contraídas en horas de locura y en medio de la depravación y de la orgía?...

— Pido más, aun ; pido...

— ¡ Ah ! bien contabais con mi cariño y con mi indulgencia !... Sea ; ¿ cuánto necesitais ?...

Y diciendo estas palabras tendió el anciano sus manos al joven que, no pudiendo contener ya su júbilo y abandonándose por com-

pleto á los impulsos dictados por la seguridad del triunfo obtenido, las estrechó francamente y como para sellar con ello un pacto mutuo.

— ¡ Gracias ! — exclamó un instante después — pero, habéis de saber que por ahora no tan solo necesito de vuestro dinero, sino también de vuestra colaboración, de vuestro concurso, al amparo de los cuales podré presentarme, salvando plenamente las apariencias, al hogar de un padre, en solicitud de la mano de una de sus hijas, cuya dote habrá de librarnos á ambos de la miseria y á mí de la infamia: en una palabra, la salvación, la rehabilitación por medio de un matrimonio ventajoso !

Y entonces explicó Paul á su tío cómo había llegado á convencerse de que su falso título de príncipe, los sentimientos de vanidad del millonario americano, el modo cómo había sido tratado por él en sus visitas, la acogida hecha por la niña cuya mano pretendía, la simpatía que había encontrado ante la esposa del hacendado y ante la familia toda, le permitían esperar que, con ofrecer él su título supuesto en cambio de una pingüe dote, no

haría sino llevar la felicidad y el logro de aspiraciones queridas al seno de un hogar sediento de honores y de oropel...

Acababa de hablar el joven, cuyo desparpajo se manifestaba en la manera como había hecho la confesión de sus proyectos; acababa apenas de hablar é interrogaba ya con la mirada la fisonomía del viejo.

Las palabras de Paul, calurosas, elocuentes —con esa elocuencia propia de quien trata de obtener lo que solicita— no sólo no debieron decidir á su interlocutor, sino que, por el contrario, producir en su ánimo el más deplorable de los efectos. La actitud sorprendente, el silencio casi doloroso, el semblante pálido del anciano, reflejaban, á las claras, los sentimientos de su alma.

El honrado polaco debía de encontrarse asaltado por una indignación terrible, nacida al calor de sus rigurosos principios en puntos de honor y de delicadeza.

— ¡Miserable! — exclamó en un arranque de fiereza, que pareció iluminar su fisonomía, como rejuveneciéndola, casi embelleciéndola.

¡Yo proteger vuestros ruines proyectos!... ¿Habéis podido creer por un instante que hallaría pretexto suficiente para disimular ante mi propio criterio el villano procedimiento que, como último recurso, habéis pensado adoptar para salvaros de la situación en que os hallais?... ¿Habéis podido creer que encontraría yo razones que disculparan ante mis ojos el horror que me inspira esta nueva superchería vuestra, encaminada á favorecer un tratado comercial de consentimiento mutuo, en el cual entran como contratantes un hombre infame y una mujer engañada, y como cotizados el amor y la conciencia; un pacto ruín, casi sancionado, según me lo decís, por la ceguedad de un padre corrompido ó imbécil; un convenio hecho con descaro por vos, y, tal vez de buena fé, por la inocente joven que se entrega atolondradamente en vuestros desleales brazos?

Y al decir el anciano estas palabras, un tanto enfáticas y altisonantes si se quiere, pero muy propias de sus años y de su temperamento, su cuerpo, encorvado por la edad,

pareció erguirse bajo un impulso súbito de vigor y de noble indignación.

El pseudo-príncipe se sintió confundido, pequeño, anonadado, ante tan decidido adversario.

— ¡Poesía! exclamó en un arranque vulgar de impotencia, y como tratando de levantarse del ínfimo rango á que le habían relegado, en su carácter pretendido de hombre que aun conservara restos de honor y de delicadeza, los rudos y vigorosos golpes de su interlocutor — ¡Poesía! que á mis años sentaría ya mal...

— ¿Y acaso son menos, joven, los que yo llevo contados? — interrumpió vivamente el viejo — y, ya lo veis, no me avergüenzo de hacer gala de esa *poesía* de sentimientos, de esas añejas ideas — si preferís llamar así á la honradez y á la rectitud...

La lucha se hacía imposible: Paul lo comprendió, sin duda, y se determinó, por tanto, á dar otro giro á la cuestión.

Por segunda vez le era preciso confesarse impotente y cambiar de forma, á riesgo de extraviarse definitivamente en la cuestión, y

comprometer el fondo, que era para él lo principal.

— Convenido — replicó — acepto que el hecho, tal cual lo comprendéis, sea vituperable á los ojos de los que juzgan con ánimo predispuesto y exagerado criterio las cuestiones sociales de delicadeza y de honor; acepto que mi proyecto sea rechazable, si al presentároslo, aparezco ante vuestra opinión revestido de ese frío cálculo y de ese espíritu de superchería de que tan solo me suponéis poseído.

Pero el caso es que se trata de otra cosa. Vos sois ya demasiado viejo; vuestra época ha pasado. Nosotros los modernos, los de nuestro siglo, consideramos que el amor, en consorcio con la tranquilidad y el dinero, pueden, únicamente, hacer la verdadera dicha conyugal...

— ¿El amor, la tranquilidad, habéis agregado? Notadlo bien, porque tendréis que confesar que os apartais en punto capital del fondo de la cuestión.

— ¿El amor? ¿la tranquilidad? y bien ¿acaso los he negado yo alguna vez? ¿Acaso me he

presentado aquí á probaros que el amor no vive en mí ó que el amor daña?... ¡ De ningún modo!... Os he hablado de dinero, de mis intereses, con la franqueza con que un hijo se dirige á un padre, con la que un hombre se comunica con otro hombre. Nos os he ocultado, en verdad, que hoy por hoy, dada mi situación, es para mi condición trascendental la de una dote, cuando se trata de elegir á la que haya de ser mi esposa... pero de allí á juzgar que hubiera yo de casarme haciendo violencia absoluta á mis sentimientos, de allí á lo que vos habéis creído antes de escucharme del todo, preciso es confesar, querido tío, que hay enorme distancia!... .

No os he dicho aun, en verdad, que la señorita á quien pretendo es joven, hermosa y elegante; que, más rica en virtudes que en millones, ha recibido, sin embargo, con complacencia mis requiebros, y que no está lejano el momento en que, formulando de una vez el verdadero significado de los sentimientos extraños que, poco á poco, y sin darme cuenta de lo que en mí ha pasado, se han ido apoderando de mi alma, reconozca pú-

blicamente que tienen razón los diceres corrientes en la sociedad, diceres que me suponen perdidamente enamorado de la deliciosa extranjera.

— ¡Bravo caso! replicó el anciano, lanzando á su sobrino una mirada de sardónica expresión, que fué á estrellarse contra el descaro señorial de nuestro nobilísimo príncipe, ¡bravo caso, en verdad! Se trata de comunicarme que se os supone ya cautivado por una joven; que el éco de la opinión hace del asunto un hecho absoluto; que vuestra elejida (ya que á esa conclusión debemos llegar, y por lo tanto me permitiréis la expresión) que vuestra *prometida* es hermosa, joven, amable, virtuosa; que os recibe bien, ó á lo menos parece dároslo así á entender, y, cuando de todo eso se trata en vez de darme en las barbas con vuestra “ruina” y con vuestras “deudas” y con vuestros proyectos de sustitución de nombre y calidad sociales—hecho rechazable para un hombre de corazón y de honor—no os entrais llanamente de rondón, y os arrojaís en mis brazos y me comunicáis la fausta nueva de que amais honradamente á una joven supe-

rior que os acepta tal como sois... ¡Vamos, vamos, amiguito, preciso es confesar que, ó sois muy candoroso, ó desconocéis en absoluto á vuestro tío!

Kantaski se puso de pie para retirarse. Una sonrisa rígida vagó un instante por sus labios; su rostro se revistió de expresión extraña, mezcla de cinismo y de maldad, y, sereno después, dueño ya de sí mismo, resuelto á abandonar en absoluto el terreno que acababa de perder, tendió al anciano venerable una mano helada y húmeda, que este rechazó.

— Está bien, exclamó Paul con acento vibrante de despecho — prescindiré de vos y obraré como lo crea conveniente. Sólo una cosa os pido: el silencio.

— Sabéis que vivo alejado del mundo — replicó el viejo polaco. Me contentaré, pues, con abandonaros á vuestra propia conciencia. ¡Sea ella vuestra salvadora, vuestro delator ó vuestro juez!...

El visitante salió, y un momento después el ruido de sus pasos, que se había ido perdiendo poco á poco entre las gradas de la

estrecha escalera que comunicaba los cinco pisos de la casa, desapareció por fin del todo, muriendo en el silencio.

El anciano anacoreta volvió á recostarse sobre su canapé; cogió de nuevo el periódico abandonado, se caló las gafas y continuó leyendo...

UN BAILE Y SUS REVELACIONES

A la entrada de la espaciosa avenida Kléber álzase entre la no interrumpida sucesión de elegantes edificios modernos, un lindo palacio que atrae la atención del paseante curioso.

En una de las noches más frescas de mediados del mes de Octubre, una larga línea de carruajes (entre los cuales se notaban muchos *fiacres* de alquiler) se estacionaba delante de los portales de la soberbia mansión, cuya fachada, alumbrada á *giorno* bajo el fulgor de cuatro fanales de luz eléctrica, dejaba ver por entre sus ventanas, abiertas de par en par, la claridad de las salas del interior, profusamente iluminadas por gigantescas arañas de cristal.

Era aquella una de esas frías y tónicas noches de otoño en que los parisienses cesan ya de acudir á los conciertos de sus pequeños teatros al aire libre, á la vez que desaparecen los innumerables carruajes descubiertos que antes cruzaban por las calles y avenidas más frecuentadas, conduciendo á los que se paseaban sin otro objeto que el de gozar del aire fresco y admirar el movimiento bullidor de la gran ciudad.

Contra los usos corrientes de los personajes del gran mundo francés — ó ignorante de ellos, quizás—el dueño del palacio de la avenida Kléber había querido demostrar esa noche al público todo que estaba de fiesta ; de modo que la continuada fila de sus lujosos salones veíase, desde afuera, poco á poco invadida por los concurrentes que acudían á la fiesta.

— ¡ Mal gusto !—decían algunos de los que entre la muchedumbre de curiosos permanecían tiritando de frío bajo los balcones para observar el espectáculo.

— ¡ Tanto mejor !—agregaban otros ; — así veremos bailar á las parejas.

— ¿Quién es el propietario? — preguntaban varios.

— Un millonario americano — replicaban por otro lado.

— ¡Mirad! — interrumpía un muchacho — ¡qué inmensa hilera de carruajes! Ya el extremo de la fila da la vuelta por la esquina de los Campos Eliseos.

Y mientras los lacayos bajaban de los pescantes y despejaban los grupos que, sobrepasando las dos líneas establecidas en forma de calle — con el objeto de dejar desfilas á los concurrentes al baile — solían obstruir el paso, nuevos carruajes tomaban el lugar de los que acababan de retirarse, después de desocupados.

Dos ó tres militares con sus uniformes vistosos; multitud de damas de pelo empolvado y ricos atavíos; muchachas, ancianos, todos iban apareciendo en no interrumpida procesión de concurrentes...

Abiertas de par en par las portadas, casi monumentales, del palacio, daban acceso á una larga galería, por donde desfilaban los carruajes, deteniéndose un instante delante

del vestíbulo, á cuyos dinteles dos lacayos enguantados y vestidos con vistosa librea, abrían las portezuelas y hacían profundas reverencias.

La procesión se sucedía sin cesar y subía y subía en grupos interminables, por la espaciosa escalera de mármol, hacia la antecámara del principal, cuyas puertas de entrada quedaban por mitad encubiertas con pesadas colgaduras de telas orientales.

Allí esculturas y porcelanas que se decía eran de *Sèvres*; flores y costosas plantas de invernáculo, profusamente colocadas en los rincones, sobre las mesas y entre las puertas.

Los concurrentes entraban en seguida á los salones: dos, tres, cinco, todos enfilados, comunicados por anchurosas portadas, y alhajados con muebles de seda y oro; mucho oro, muchos bordados en relieve, mucha aplicación de terciopelo y encajes.

El piso era de *parquet* reluciente y resbaladizo; los cielos rasos estaban decorados con pinturas al fresco, entre las cuales se distinguían algunas alegorías con ángeles y amores, inspiradas en temas de Boucher y hechas

ejecutar por el antiguo propietario del *Hotel*, quien las había transmitido al hacendado como parte del inmueble vendido.

Para formar marco á esas decoraciones de mérito real y verdadero, los revendedores y farsantes que explotaban la inexperiencia del extranjero le habían hecho adquirir, á gran costo, una colección de tapices ordinarios, de mucho efecto óptico, pérfidamente atribuidos á fábricas renombradas, y, pintados, en realidad, á brocha gorda sobre tejidos de tela burda por algun Watteau del faubourg Saint-Antoine.

Los asuntos escogidos eran casi siempre presuntuosos; copiados las más veces de temas mitológicos como: *el rapto de Europa*, *el triunfo de Baco*, ó *Venus y Pigmalion*. Como se ve, de esta manera, el palacio de D. Cándido nada tendría de envidiar en aparente esplendor á los del famoso loco de Baviera, el malogrado rey D. Luis, de quien ya se creía rival el hacendado.

Sobre las chimeneas de los aposentos había espejos y vistosas guarniciones; bronce de pacotilla, sin firma ni patente conocidas,

pero enormes por el tamaño y desesperantes por lo variado de la forma y del color.

Bustos, albums, flores; un mundo de flores raras y costosas; enredaderas de orquideas y azaleas; helechos tiernos y temblones, completaban aquel conjunto cáprichoso, churrigueresco, incomprendible en medio de su aparato estrafalario.

Los salones siguientes sorprendían también la vista por el contraste ya de sus estilos, ya de sus colores: rojos, *lilas*, celestes; todos distintos y recargados de muebles, denotaban elección rebuscada y gusto extravagante.

Como que para alhajarlos el dueño de casa se había entregado por completo al criterio y experiencia de un *entendido* en la materia; personaje que se las daba de verdadero maestro en el difícil arte de combinar el mobiliario de una casa. Víctima, así, D. Cándido, de una docena de esos charlatanes, tan frecuentes en las grandes capitales europeas; explotadores que, dándose á sí mismos el título de *peritos*, *anticuarios*, etc., se ingenian á fuerza de intrigas y de desplante para abu-

sar de la credulidad de los inocentes que caen entre sus garras — no había economizado, como se ve, dinero en la demanda.

Cada una de las hórridas creaciones de capricho estrafalario que le habían sido propuestas en venta, era, según él, un *chef-d'œuvre*, un *bijou*, cuyo semejante no poseían sino los Rotschild, los Spitzer ó los Vanderbilt.

No es extraño, pues, que desde el primer golpe de vista, y aún sin ser competente en la materia, cualquier observador atento que visitara los salones del hacendado hubiera podido descubrir en ellos una absurda amalgama en que todos los estilos habían sido empleados, confundidos y estropeados lastimosamente. Contribuía á denunciar esta verdad la falta que un ojo experto y entendido hubiera notado, en medio de tanta pomposidad babilónica, de muchos de esos pequeños detalles, ínfimos si se quiere, pero que por lo delicadamente disimulados y sencillos revelan siempre la idea feliz y original del dueño de casa, idea que solo él podrá concebir en la ocasión y que se hallará, por lo mismo, fuera del alcance de las vulgares combina-

ciones de un simple contratista del oficio, ó de un proveedor de tarifa á tanto el embuste.

D^a Emilia, aparatosamente vestida, recibía á sus visitantes.

Obsequiosa, aunque turbada en extremo, acogía de la mejor manera que le era posible los cumplimientos afectados de los indiferentes que sólo pretendían hacérsele agradables, prodigándole sonrisas de besa-manos, á la vez que recibía con júbilo las menos almibaradas, si bien mucho más sinceras, frases de felicitación que le dirigían los pocos amigos verdaderos que poseía.

Grupos numerosos de personas de distintas calidades daban idea de las relaciones del dueño de casa. Un conocedor de aquella sociedad exótica no habría podido menos de observar la ausencia casi absoluta en los salones de D. Cándido de nombres verdaderamente distinguidos, de notabilidades reales.

Advenedizos los más de los concurrentes extranjeros (si había de darse crédito á los cuchicheos que cundían por la sala) notábase

allí á muchos artistas de segundo orden, mezclados á títulos de nobleza dudosa ó comprada, á comerciantes de mínima importancia y á literatos de pacotilla.

Aparte de todo esto, preciso era confesar, por lo demás, que bullía allí una alegre juventud, confundiéndose entre sí, ó agrupándose en diversos puntos de las salas.

¡Cosa curiosa! muchos de los miembros de las colonias sud-americanas que hasta entonces no se habían relacionado con D. Cándido, se encontraban allí presentes. Los unos comentaban, otros reían y gozaban sin reservas del espectáculo; criticaban cuando lo creían oportuno; alababan á veces; todo con la mayor franqueza, con el aire más feliz del mundo.

De cuando en cuando divisábase entre la multitud á Elena y á María.

Gracias (á pesar de sus trajes extra-caprichosos, marca Poupée) se habían visto ambas niñas solicitadas desde muy temprano por sinnúmero de caballeros, que se apresuraban á inscribir sus nombres en los programas de baile: unas tarjetitas doradas, con

iniciales entrelazadas, y brillantes emblemas de flores y atributos artísticos.

El dueño de casa sentíase verdaderamente feliz... Observaban algunos, no obstante, que D. Cándido recorría sus salones como buscando en ellos á alguien cuya presencia no se descubría aún.

Y á medida que el tiempo transcurría y el personaje ó personajes en cuestión no llegaban, el hacendado interrogaba con visible ansiedad á quienes podían darle noticias y explicaciones sobre esas demoras, muy notadas ya por las personas amigas que habían imaginado encontrarse allí con los prójimos á quienes se echaba de menos.

Y, á la verdad que no se trataba sólo de uno ó de dos, sino de diez y hasta de veinte. ¡Las invitaciones habían sido, sin embargo, puntualmente hechas, correctamente dirigidas!

El tiempo volaba; acudían aun nuevos invitados... ¡nada!... ¡Esos que tanto habrían honrado los salones con su asistencia; esos sobre cuya invitación se había hecho tanto hincapié; sobre los cuales tanto se había ha-

blado ; esos, esos, eran los que precisamente faltaban !...

En el interín, los acordes de una magnífica orquesta llenaban con sus ecos los ámbitos del palacio, á la vez que, en los salones, cien parejas se lanzaban á valsar...



Observemos con atención la fiesta :

En uno de los círculos más animados — aquel donde predomina la juventud — tres cuadros de *lanceros* combinan entre sí sus diversas figuras. Luciano, el feliz Luciano, hace allí el oficio de maestro de ceremonia. Baila en ese momento con una linda rubia.

Su *vis-à-vis* lo compone otra pareja, igualmente simpática, y que habla francés. Reconócese en ella á María y al príncipe Kantaski.

Próximos á ellos ; pero en distinto cuadro, Elena, la hermana de aquélla, escucha las mentiras dulces de un maestro en metafísicas

amatorias y antologías de salón. Es este el verboso *attaché*, su ex-compañero de viaje.

Habla sobre el *cachet* del traje de su pareja y dice que hay mil muchachas, á cual de todas más *gentille*, en el baile.

¡Un parisien perfecto es ya el tal *attaché*! ¡Y qué modales, y qué actitudes! Por sus aspavientos los recién llegados de estas nuestras buenas tierras de por acá, no habituados aun á los modos, *aux façons*, de por allá, confundiérale con algún saltimbanqui en el ejercicio de su profesión, si el vecino más inmediato no hiciera llegar hasta sus oídos las siguientes palabras:

— ¡Qué *chic* está Enrique! ¡Cómo se ha empapado ya de savia europea!

Quien las pronuncia es una figurita pequeña, cargada de espaldas, raquítica, ceñida por un frac de mangas estrechísimas y un chaleco de seda blanco, enormemente abierto sobre el pecho, en forma de corazón. En el ojal desarrolla sus hojas, como legumbre gigantesca, una flor desconocida hasta para los versados en botánica.

— ¡Déjate de Enrique y de la carabina de

Ambrosio, *mon cher!* — replica otro (que también luce chaleco de corazón, frac estrecho y flor en el ojal), al mismo tiempo que apoya bruscamente su brazo sobre el de su interlocutor, — ¡fijate, fijate en Kantaski; parece que la cosa marcha!... ¡Mira como canta al oído de María el picaflor! Pues lo que es en esta ocasión, me parece que ella se decide del todo...

— Así es — replica el otro — veo que el chico no pierde su tiempo.

— ¡Cómo los observa! D. Cándido! — añade el que primero ha hecho la reflexión — ¡y con cuánta expresión de complacencia! Dicen que desde que el príncipe corteja á su hija, vive soñando con un posible cruzamiento de sangre... ¡Como que no habría para él felicidad mayor que llegar á convertirse algún día en abuelo de dos ó tres principitos!...

Y al decir estas palabras ambos jóvenes ríen y continúan sus observaciones, agudas como flechazos, y enderezadas ya al dueño de casa, ya á alguna de las personas que forman parte de los diversos grupos recorridos por sus miradas de águila, desde el punto en

que se han colocado para observar mejor.

Difícil sería transmitir las distintas opiniones expresadas ó solo concebidas en aquellos salones con respecto á personas y circunstancias, también distintas, por los que, dedicados exclusivamente á escuchar cuanto en torno de sí se dice, ó, entregados por completo á la fácil tarea de críticos maldicientes, se constituyen en cronistas obligados de las flaquezas y debilidades del pequeño mundo que les rodea...

Alguien ha dicho que se necesitaría de un volumen entero para narrar un baile, definirlo, analizarlo y juzgarlo; un baile con sus rumores indiscretos, sus confidencias solapadas; donde todos los concurrentes ya formen parte de los que ejercen el oficio de murmuradores, ya solo de los que escuchan silenciosos (y, por lo mismo estudian y toman nota) hacen gala de falta de indulgencia y de discreción; y donde, según la observación de un célebre escritor mundano, el más docto en malignidad pasará siempre por el más ocurrente y chistoso...

— Pues ¡es caso particular! — observa

una dama al caballero sobre cuyo brazo se apoya en aquellos momentos — este D. Cándido con su fortuna y su facha podía haberse permitido reunir aquí á una concurrencia más escogida. Aparte de uno que otro personaje distinguido de la colonia sud-americana, paréceme, á decir verdad, que las personas de posición no brillan por su número y calidad. Se ha hablado hasta de miembros notabilísimos del faubourg Saint-Germain ; de dos embajadores con sus esposas ; y ¡ vaya que no diviso por acá sino á aquellos tipos á quienes se encuentra en todas partes ! Bien es verdad que el príncipe Kantaski suple por sí solo la falta de los demás, tal es el empeño que D. Cándido pone en presentarle á sus relaciones...

— Se asegura que el baile ha sido dado en su honor — replica el compañero.

— Sin duda alguna — agrega su interlocutora, con acento de maliciosa convicción...

Y después de un momento de silencio, durante el cual se ha buscado maquinalmente con la vista entre los grupos á las personas de quienes se trata, se prosigue :

— ¡ En este momento, casualmente, baila con ella !... Mire Vd. ; hácia aquel lado... ¡ Oh... ¡ ahora concluye la cuadrilla ! Parece que se dirigen juntos á un rincón de aquella glorieta ; allá, debajo de aquel kiosco de enredaderas. Acerquémonos para observar la escena.

Y esto diciendo, la indiscreta curiosa apresura el paso, arrastrando consigo á su pareja en dirección al punto indicado, temerosa, tal vez, de que alguna otra se le adelante....



Hacia el kiosco designado, dirigianse, en efecto, Paul y María. Una vez llegados al canapé confidente que, por hallarse medio oculto entre helechos y ramas de enredaderas, prestábase maravillosamente para servir al delicioso *tête-à-tête* de dos amantes que buscasen, como ellos, el misterio y el encanto del sitio que había de escuchar sus mútuas revelaciones — tomaron asiento bajo una verdadera bóveda de flores.

Ya hemos visto á María risueña, encantadora. Su famoso traje *original*, no sólo no desfavorecía su talle esbelto, sino que, antes bien, contribuía á ceñirlo, perfilando dulcemente los contornos de sus formas delicadas y haciendo lucir, bajo el ruedo corto y redondo de la blanca y ténue falda de baile, un lindo pié criollo, que fácilmente hubiera podido calzar el diminuto escarpín de la Cenicienta.

La agitación y la alegría habían comunicado á su rostro — de color moreno mate — los suaves tintes de un purísimo carmín, que parecía acentuar, poniéndola de relieve, la expresión luminosa de sus grandes ojos negros, profundos y llenos de encanto; con lo cual su fisonomía toda se había revestido de animación especial, de esa adorable animación juvenil, peculiar á la mujer de 17 años que por vez primera respira la atmósfera embriagadora de un salón de baile.

La voz tierna, armoniosa de su gentil acompañante; su entonación dulcemente lánguida — de esas entonaciones que conmueven por que son casi una caricia — habían hallado ya

eco simpático, sin duda, en el alma de la niña, porque al escucharlas ella parecía turbarse, á la vez que su pecho, suavemente ondulado por los primeros años de la juventud, comenzaba á agitarse como bajo el impulso de emociones verdaderas.

Apoyado negligentemente sobre el respaldo del canapé, el obsequioso príncipe Paul rozaba casi, al hablar, el oído de la joven.

Maestro consumado en el oficio de persuadir por el encanto ; insinuante hasta donde quería serlo ; susceptible de aparecer apasionado, conmovido, según las circunstancias ; hombre de sociedad y, en apariencia refinadamente educado, según el estilo de su época y del medio en que aseguraba haber vivido, nadie como él para cubrirse, en la ocasión, de las poderosas armas que, según los díceres, le habían conquistado el título de irresistible con que se presentaba allí. En sus maneras para con la joven americana notábase, en aquellos momentos, esa desenvuelta actitud de familiaridad masculina, mezcla á un tiempo de abandono tranquilo, de superioridad convencida, de atrevimiento intencionado, de sensi-

blería artificiosa, de que suelen revestirse los calaveras de mundo cuando se dirigen obsequiosamente á mujeres tímidas, con el propósito de subyugarlas, ó, al revés, á cortesanas de fácil acceso, sobre las cuales tienen conquistado, de antemano, dominio permanente.

Cruzada la pierna derecha sobre la rodilla izquierda, acariciaba con una mano la punta pronunciadísima de su reluciente botín de charol, á la vez que con la otra abría y cerraba, como jugueteando con él, el elegante abanico de su joven pareja, conservado en su poder, por coquetería, desde el instante en que terminara el último de los lanceros pasados.

Por lo demás—y al decir de los invitados—mirado á la distancia el simpático grupo (sobre el cual la mitad de la concurrencia tenía fijos los ojos), presentaba un aspecto interesante y seductor, que halagaba deliciosamente la vanidad del padre, cuyo corazón latía de placer y de esperanza allá en el fondo de su pecho, mientras le observaba con cauteloso disimulo y sin perder uno solo de sus más insignificantes detalles.

En efecto: el porte elevado, esbelto del titulado hidalgo; los contornos elegantes de su busto donairoso, aprisionado como el de una niña bajo el molde correctísimo de su frac de última moda; los rasgos regulares y armoniosos de su fisonomía; sus grandes pupilas tristes; circundadas por negras ojeras; su cabello fino y castaño, esmeradamente peinado hacia atrás; su frente espaciosa, sobre la cual la agitación de una vida de placeres constantes había dejado impresa su imborrable huella, en forma de prematuras arrugas, que daban á su rostro esa expresión de romanticismo melancólico que tanto suele interesar á algunas mujeres; su título envidiable según la fama: todo, en fin, parecía reunirse para presentarle, ante la vista de quienes le contemplaban, como un hombre distinguido; más que distinguido, excepcional...

El amor comienza por la admiración, según unos; por la estimación ó la simpatía según otros...

Para una joven de 17 años, que por vez primera siente sus impulsos, el amor nace, ordinariamente, de un sentimiento in-

terno, inexplicable; de una especie de muda revelación con que el alma parece despertarse de su prolongado ensueño, para encontrarse de repente invadida por sensaciones exquisitas y hasta entonces desconocidas. ¡Sensaciones extrañas, mágicas, secretas, que ciegan el criterio, dominan la conciencia y encadenan la voluntad, á la vez que conmueven y dan placer; producen encantos y tristezas, ansiedades y goces misteriosos!

El imperio que sobre el espíritu sensible de una niña cándida é inocente puede súbitamente ejercer la voz apasionada de cualquiera de esos seductores de oficio, que se presentan resueltamente á vencer el pudor de la adolescencia — sin llevar un solo sentimiento noble en el corazón, una sola idea honrada en el cerebro — alcanza, á veces, las proporciones de una verdadera perturbación.

Las palabras vibrantes del joven príncipe lograban resonar así sobre el alma diáfana de María, estremeciéndola, alterando su dulce serenidad; bien así como el soplo blando del aura, que al rozar, acariciándola, la superfi-

cie terza de las aguas del lago, las empañá, riza y hace temblar...

En las respuestas tímidas de la niña, en su semblante inquieto, nctábase, sin embargo, algo como una duda temerosa, como una secreta intuición, como una desconfianza...

Pero ello duró solo un instante. Tranquilizada poco después, magnetizada, si posible es decirlo así, por la gracia de palabra, por el acento ardiente del donairoso *gentilhomme*, concluyó por abandonarse, durante todo el resto de aquel dulce é íntimo *tête-à-tête*, al encanto de su nueva situación.

Su falta de conocimiento del mundo; su escasa experiencia con respecto á los recursos más usuales de cierta falsa y aprendida galantería, la hacían confiar en absoluto en los agasajos de que era objeto, y entregarse ciegamente á la convicción serena de que el hombre que se los brindaba era el más perfecto de los caballeros.

Las cualidades externas que, como aureola de luz, rodeaban ante su vista la silueta de ese hombre, el misterio en que se envolvía la historia pasada de su vidã, historia al pa-

recer llena de aventuras interesantes y que, á sus ojos, se había cuidado de hacer aparecer siempre como novelescas, cautivaban, sorprendían el corazón incauto de la virgen.

Y á la verdad que si hasta los más íntimos de entre sus amigos, su padre mismo, se habían ahorrado la tarea (oficiosa para los unos, dura, desilusionadora para el otro) de descubrir á su vista el lado repulsivo é inno-ble de esa historia y sus más escandalosos detalles, no era de esperarse que la niña viera claro en el asunto.

Su madre misma, engañada á su vez, por los atractivos del pretendiente á la mano de su hija; débil por naturaleza, tímida ante la autoridad y voluntad de su esposo; mujer en fin, antes que madre, cerraba también en esos instantes los ojos y, ante las seducciones de un porvenir que ella imaginaba lleno de dichas, acallaba la voz secreta y fiel de sus instintos maternales.

— ¡Será princesa y brillará en sociedad! se decía para sí... ¿ Por qué no ha de ser feliz también en lo demás?

En casi todos aquellos grupos se celebraba

ya, por otra parte, la probabilidad del futuro enlace.

Los comentarios, de intención viva y mordaz, seguían su curso.

— ¡Dinero por título! — exclamaban algunos: la partida es igual...

— Y además — añadían otros — el padre acepta gustoso el trato: ¿qué otra cosa puede desearse?

Mas, si por acaso una que otra voz honrada (rarísima, por cierto, en aquella reunión) solía levantarse para protestar en nombre del bien, condenando en principio un sistema, por fortuna poco común en las costumbres del día, y en la buena sociedad — no faltaban diez, veinte voces, para combatir los sanos y nobles argumentos dictados por la conciencia y por la sensatez.

La conclusión era, por otra parte, evidente y se imponía á la razón de los más quisquillosos en puntos de humanitarismo y de moralidad social: el padre, la madre, los parientes, los amigos íntimos aplaudían; la supuesta víctima no sólo aceptaba el ponderado sacrificio sino que desautorizaba con su proce-

der el derecho de denominar así á la situación en que las circunstancias la iban á colocar. En otras palabras : María amaba al príncipe ; era rica ; era hermosa ; se hallaba en la flor de su edad ; el título y la corona de princesa no podían menos que sentarla bien ! Y pues se unía á ello la simpatía, la sanción de parte de quienes estaban naturalmente llamados á velar por lo demás ; justo, razonable era que la niña recogiese el pago de sus anhelos !

Una sola palabra suya, pues, y el negocio quedaría terminado.

Las cosas se hallaban en este punto.

Los que condenaban y censuraban más acremente se limitaban á combatir los sentimientos desmedidos, la ambición absurda del hacendado — su afán por rodearse de un círculo extranjero brillante — el exceso de filosofía y tranquilidad con que había sufrido serios dñsengaños, de los cuales se hacía por todas partes materia de conversaci3n.

Pero los hechos no pasaban de allí, en general.



Como no era posible que permaneciese toda la noche al lado de María, el príncipe Kantaski apartóse de ella, por fin, un momento.

Dejémosle solo y examinemos, entre tanto, otra fisonomía del baile.

Entre los concurrentes más fieles al grupo de la señora de la casa, figuran algunos extranjeros, muchos de ellos *soi-disant* estadistas ó viajeros, más ó menos conocidos.

Uno llama sobre todos la atención, pues en esos momentos tiene la palabra y, al parecer, desarrolla un tema que debe de interesar á la opulenta americana dueña de casa, halagando su amor propio, á juzgar por la manera como lo escucha y la satisfacción con que corresponde á las palabras seductoras de su interlocutor.

La persona observada es un hombre alto, flaco, vulgarote; de fisonomía antipática, á pesar de la corrección de sus facciones.

Sus ojos, pequeños, de color entre verdoso

y azulado, disimulan, al través de los vidrios opacos y gruesos de sus lentes engarzados en oro, una mirada que como el acento y actitud del que habla, debe de ser, también, melosa y falsa.

Diserta sobre la América latina, y con tal motivo, ensalza los adelantos de las capitales más notables de nuestro continente; y ante todo, naturalmente, la del país á que pertenece, por nacimiento y por afecciones, su interlocutora...

Dos años de permanencia en el nuevo mundo le han familiarizado, al parecer, con “ los esplendores de aquellas regiones privilegiadas por la naturaleza ” ; con los usos y costumbres de “ aquellas razas nobles, fieras y progresistas ” ; de aquellas sociedades, en fin, cultas, hospitalarias, francas, como pocas en el mundo.

El ilustre viajero, el activo industrial y escritor que tiene la palabra, ha recorrido, en efecto, los países de Sud-América, deteniéndose en cada uno de ellos y recogiendo, por donde quiera, junto con las manifestaciones de simpatía de sus habitantes más respetá-

bles, grande acopio de datos estadísticos, geográficos é históricos: notas que ha ido recopilando y que, al regresar á su patria (seis años antes, por lo menos de la época en que se desarrollan los hechos que se van exhibiendo en esta exposición) ha publicado en los periódicos europeos, bajo el título de *Apuntes de viaje*.

Todo esto lo recuerda esa noche; de todo ello habla á la esposa de su anfitrión, y para todo encuentra nuevos conceptos que expresen su admiración; nuevos epitetos que importen un cariñoso recuerdo, una impresión imperecedera de aquellos días "de feliz memoria para su vida de viajero".

¡ Rara coincidencia !... Una de las personas que forman parte del grupo donde se escuchan con muestras señaladas de complacencia las palabras del extranjero (pues en ellas vése un homenaje sincero y enorgullecedor, tributado con espontaneidad á cada uno de los países á que respectivamente pertenecen) ha leído con interés (y los conserva como documentos curiosos) algunos de los artículos de que se hace recuerdo; publicados, efecti-

vamente, en uno de los diarios más importantes de París.

Mientras ha hablado el viajero, los que se encontraban más próximos no han podido menos que notar en la fisonomía del oyente de que se trata — y que, para decirlo de una vez, no es otro que el bizarro D. Gerónimo, nuestro amable conocido — cierta expresión de sorpresa, mezclada de impaciencia y de enojo....

— ¡ Tiene V. mala memoria, señor mío! — interrumpe de repente, con tono de firmeza y como no pudiendo contenerse ya más el jurisconsulto. La mía es más feliz, sin duda — agrega — y creo que no me engañará en esta ocasión, grata para mí, al darme oportunidad de conocer personalmente al chocarrero y torpe caricaturista de los hombres y las cosas de América...

Fácil será comprender el efecto producido por tales palabras...

La presencia de la señora dueña de casa ; la imperturbable sangre fría del que acaba de pronunciarlas ; la confusión y la actitud embarazada del interpelado, tienden sin embargo

á suavizar la escena que forzosamente habrá de seguirse.

El incidente se termina allí mismo; pero no cómicamente como ha empezado, sino con un duelo, un duelo en regla, entre el ilustre viajero europeo y el afamado jurisconsulto americano...

Un minuto más tarde, el hecho, por de más grave, constituye el tema de todas las conversaciones. Los hispano-americanos, á la vez que felicitan á D. Gerónimo, se le ofrecen todos de padrinos, pues recuerdan haber oído también, por su parte, hablar de la serie de articulejos humorísticos firmados por el viajero en cuestión; articulejos en los cuales se ha comentado de la manera más inverosímil y absurda todo lo que al Nuevo Mundo se refiere, y en los que la fantasía del articulista ha creado descripciones sabrosas para el paladar de los suyos; descripciones en las cuales campean lindezas de todo género, aliñadas con frases como estas: *gentes primitivas, países salvajes, costumbres ruines, negreros, traficantes en carne humana*, etc.

El lance queda concertado allí mismo pocos

momentos después. Tendrá lugar á la mañana siguiente en el bosque de Boulogne, y será á pistola.

D. Gerónimo está radiante de felicidad. Por más que no haya tomado un arma en su vida, tiene, sin embargo, completa confianza en su mano segura, y en su falta absoluta de cosa que se parezca al miedo.

Y ello es en efecto así. A las claras se vé que no ha de ser coraje lo que falte á nuestro simpático amigo, que en esos instantes se siente realmente posesionado del papel caballeresco que está llamado á desempeñar, y capaz no sólo de cruzarse un par de balas en defensa de la reputación de su patria, ofendida por un extranjero desleal, sino hasta de batirse á sable, á *florete*, á *cuchillo*, ¡á lo que quiera el cursí miserable! — agrega...

Diez copas de champagne con los amigos íntimos y... ¡ que venga después la luz del día !

Lo hallará listo y resuelto...



Entre alegrías y charla, música, cena y baile, las conversaciones comienzan de nuevo á girar sobre puntos variados.

Los temas principales vuelven poco á poco á boca de todos; se organiza el *whist* de los diplomáticos en el salon *lila*; y, mientras cada pareja da lugar á nuevos comentarios, jóvenes, ancianos, damas — solteronas algunas de ellas y las cuales, según la expresión de los mozalvetes, forman *sexo aparte* — se confunden y bullen, como abejas en su colmena; cruzando por los salones, aturdidos aun por la algazara y los acordes de la orquesta.

Unos bailan, otros cenan; quienes se complacen en observar, quienes en ser observados. D. Tadeo Sorralto prodiga *rosarios* y más *rosarios*, mientras su esposa se indigna en silencio ante la vista de tanto tipo moreno, busca á sus rubios predilectos y se rodea de ellos como de un círculo de satélites lumi-

nosos, en cuyo centro desea brillar con el carácter de astro de primera magnitud.

¡Y á fe que lo consigue D^a Dorotea, pues sus íntimos no la abandonan un segundo! Así que la ven la persiguen, la asedian, le piden ansiosamente su opinión sobre el baile del hacendado, repiten sus observaciones y toman nota de sus juicios, que son como fallos supremos...

A las cuatro de la mañana siguiente el baile continúa todavía, á pesar de que algunos invitados se han despedido ya. Otros lo hacen solo en esos momentos ó se retiran silenciosa y furtivamente.

Los carruajes comienzan á avanzar por la galería; los encargados del guarda-ropa, se multiplican para distribuir los gabanes y *tapados* que sin cesar se les van pidiendo, á cambio de las fichas con números recibidas; y, afuera, en la calle, los gritos de los lacayos que, separándose de sus colegas, abandonan el grupo en el cual han permanecido en curioso tropel, jaraneando y chacoteando á su sabor, despiertan á los cocheros que roncan encaramados sobre los pescantes, ó

encogidos en el fondo de los carruajes vacíos.

El rumor de los salones continúa poco á poco apagándose, y los primeros albores de la aurora empiezan ya á clarear, penetrando en ellos por entre las rendijas de las ventanas. Los concurrentes van desapareciendo de más en más... hasta que á las seis de la mañana las salas, desnudas y desiertas, presentan un aspecto mudo y silencioso.

Una atmósfera tibia y pesada, impregnada de perfume de flores y de esencias, unida al desorden y confusión de los muebles, y á mil restos de tules y girones de encajes, tarjetas de programas, cintas y emblemas de *cotillon*, desparramados por el suelo, es lo único que en ellas queda, como recuerdo, del baile de D. Cándido !...

EN EL BOSQUE DE BOULOGNE

(POR LA MAÑANA)

Los cuadros que el bosque de Boulogne ofrecía á sus concurrentes habituales, aquella mañana de otoño, eran hermosos, llenos de fresco colorido y de detalles variados.

Numerosos grupos de ginetes de ambos sexos cruzaban por sus avenidas, formando alegres y bulliciosas cabalgatas.

El aire frío y sutil que azotaba los rostros amoratados de las jóvenes, hacía flotar al viento las faldas de sus trajes de amazonas, salpicándolos, de trecho en trecho, con manchas de espuma, que la agitacion de la carrera hacía saltar del hocico de sus cabalgadu-

ras, cuyos hijares, comprimidos, gemían y humeaban.

Cerrados estaban todavía los kioscos y *chalets* y apenas si en uno que otro de ellos divisábase ya al mozo mañinal, preparado con una servilleta al brazo para ofrecer á las parejas que por un momento echaban pie á tierra, el reconfortante que había de calentar sus cuerpos, medio entumecidos por el aire penetrante de la mañana.

Transcurrieron algunos momentos. El cielo comenzó á oscurecerse repentinamente.

Negras nubes que avanzaban en silencio amenazaron convertirse en copiosa lluvia.

¡ Un chaparrón !

Los ginetes sorprendidos, apresuraron el paso para volver á la ciudad antes de que la tormenta se desencadenase. Y el bosque quedó desierto.

Pero el agua duró solo algunos instantes, durante los cuales cayó sobre el parque, empapando su verde césped y humedeciendo las flores, los árboles y las embarcaciones del lago.

El aluvión cesó, poco á poco, después ; el

cielo se despejó y el paisaje se aclaró como por encanto.

Una por una, como lágrimas, quedaron, entonces, destilando las gotas que la lluvia había dejado prendidas á las hojas de los árboles.

¡Hojas amarillentas, mecidas por la helada brisa del cierzo, que, á su vez iban cayendo de las ramas, secas como sarmientos de parra!...

De repente oyéronse pasos cerca de uno de los senderos que conducían á los alrededores del *Pré Catelan*, y cuatro hombres aparecieron, de pronto, allí, como salidos repentinamente de entre el ramaje descarnado. Todos ellos estaban vestidos de negro; sus paraguas chorreaban, y sus piés veíanse cubiertos por el lodo del camino.

Llegados á un punto dado, detuviéronse, examinaron escrupulosamente los alrededores y, satisfechos, al parecer, de su inspección, se aprestaron como para aguardar á alguien que aun faltase allí.

En esos momentos la atmósfera comenzó de nuevo á empañarse. El cielo se encapotó.

repentinamente y una densa niebla se extendió por todo el bosque.

Los árboles aparecieron entonces á la vista como sepultados bajo un frio y húmedo manto de bruma que, ensanchándose más y más, llegó á ocultar del todo los sitios más lejanos.

Casi al mismo tiempo, por el lado opuesto á aquel de donde habían salido los cuatro personajes de que se trata, surgieron otros cuatro, vestidos igualmente de negro, y llevando uno de ellos una gran caja envuelta en estuche de marroquí. Detuviéronse como los otros, saludáronse todos cortésmente entre sí, pero sin estrechase las manos, y comenzaron, en seguida á disponer gravemente los preliminares relativos al asunto que, sin duda, les había llevado allí...

El lector habrá adivinado ya quienes eran los protagonistas de esta escena: los llamados á figurar más tarde en ella en primer término: D. Gerónimo y el chasqueado viajero de la víspera, que con sus padrinos y sus médicos respectivos iban á entregar á su coraje mutuo y al azar de dos balas perdidas

la suerte de sus pellejos y la razón de su querella.

Estipuladas de antemano las condiciones del lance, y elegidos el sitio y las armas, sólo restaba á los padrinos cumplir con las reglas ordinarias del caso : medir la distancia, verificar el estado de las pistolas, presidir á las últimas formalidades y dar la señal de fuego.

D. Gerónimo y su adversario comenzaron por tomar sus posiciones respectivas á treinta pasos de distancia el uno del otro.

El abogado—cuyos padrinos eran dos caballeros sud-americanos residentes desde largo tiempo en Paris, y familiarizados con los deberes del delicado cargo que se les había rogado desempeñar—estaba entusiasmado, más que entusiasmado, casi ufano de verse en trance semejante.

Su coraje no podía ponerse en duda.

Había ido *al terreno* con la conciencia de que, al hacerlo, cumplía con un deber caballeresco ; y ¡nadie más caballero que el ilustre jurisconsulto ! Resuelto á no quedar en ridículo y á arriesgarlo todo por no dar la menor muestra de flaqueza ó de desconocimiento

de las leyes de la hidalguía, se habría dejado matar veinte veces antes que provocar ó autorizar en esos momentos cualquiera tentativa de reconciliación. — ¡ He de meterle una bala al impertinente ! — habia dicho con sincero desenfado la noche anterior delante de varios amigos ; y era seguro que haría en la ocasión todo lo posible por cumplir con tan legítimo propósito.

Firme, pues, en su puesto, ni siquiera había cuidado de abotonarse (como es de regla hacerlo) hasta la barba, á fin de no presentar blanco alguno al adversario.

Abierta, por el contrario, de par en par sobre el pecho su ancha levita, dejaba ver no solo el cuello de la camisa, sino también la cadena del reloj, cruzada á lo ancho sobre su *embonpoint* de vividor concienzudo. Sus padrinos hicieron presente este detalle.

El quiso rechazar la indicación ; pero aquellos insistieron, manifestando que lo correcto era cumplir estrictamente con las reglas establecidas.

El jurisconsulto se resignó.

En cuanto á su adversario, acostumbrado

á esta clase de lances y conocedor, por tanto, de sus leyes, había llenado rigurosamente las condiciones estrictas, todo lo cual le descubría ya á las claras como duelista *de raza*. Impávido, frío, su fisonomía y su actitud denotaban confianza absoluta; una especie de seguridad mal disimulada con respecto al éxito que habrían de procurarle su destreza en el manejo del arma escogida por él mismo y la falta total de práctica que dejaba traslucir su contrario.

Cuidando, pues, por su parte, de guardar las precauciones más usuales—como perfilar en absoluto el cuerpo y mantener la pistola paralela al rostro en el instante de prepararse á hacer fuego — el extranjero daba señales manifiestas de superioridad sobre su enemigo.

Sonaron las tres palmadas de estilo, á cuyo eco efectuaron los duelistas los giros y movimientos que tales señales indicaban; inclináronse á un tiempo las pistolas y... dos detonaciones secas rasgaron el aire...

Ambos adversarios quedaron en pie.

El duelo había terminado..

Pero no contaban, sin duda, los padrinos de los combatientes con la fogosidad de D. Gerónimo.

Al verse allí plantado, ileso, con la pistola aun humeante en la mano; al divisar en frente á su contrario, impasible también, ileso seguramente; satisfecho más que nunca, y como con aire de hombre que ha dado á otro una lección, no pudo contener su impaciencia y, lleno de coraje, dirigiéndose á los padrinos:

— Señores — les dijo — pido que el lance no se declare todavía terminado. Otra bala, señores; exijo otra bala aun, y en condiciones que hagan más serio este duelo. ¡Batirse así, sin recibir siquiera una raspadura! ¡Vamos! ¡Dirían después que ha sido una simple farsa!

El efecto producido por estas palabras fué deplorable. Los padrinos — como era de su deber — protestaron enérgicamente á una sola voz.

El adversario de D. Gerónimo, colocado en situación más que difícil, púsose pálido al oirlo; frunció el ceño lleno de asombro, y nada dijo, de pronto.

Pero el jurisconsulto no pensaba cejar un ápice. Quería cruzar á toda costa otra bala, so pena de considerar á su contrario como á un cobarde, si no consentía, por su parte, en intervenir en favor de la proposición formulada.

El caso era grave. La solución no admitía duda, sin embargo. Los padrinos se hallaban en su perfecto derecho para no autorizar que se llevase á cabo una acción contraria á las condiciones establecidas de antemano para el lance.

Por otra parte, no era posible permitir tampoco, que uno de los duelistas acusara de cobarde á un adversario que había cumplido estrictamente con su deber. ¿Qué decidir?

Iban los padrinos á deliberar por segunda vez, en presencia del incidente acaecido, cuando adelantándose el combatiente retado, y deteniéndoles con ademán enérgico:

— Permitid un momento — exclamó. El señor me solicita de nuevo y casi me juzga un cobarde; pues bien, uno mi voz á la suya: os suplico que os quedéis. Exijo, como él, *otra bala*; pero á menor distancia; avan-

zando hasta completar la de cinco pasos.

Esta indicación equivalía á proponer un mutuo asesinato. ¿ La hacía con sinceridad su autor ó pretendía únicamente intimidar con ella á su adversario ?

Los padrinos vacilaron.

Todos los ojos se volvieron, entonces, hacia D. Gerónimo.

D. Gerónimo había dado un salto...

— ¡ Aceptado ! — gritó en el acto — con júbilo...

Su enemigo se puso más pálido aun, como si le hubiera tomado de imprevisto la bizarra resolución del *rastaquouère*...

No había tiempo que perder.

Sin más deliberación, volviéronse á cargar las pistolas ; midióse la distancia de veinte pasos ; tomaron nuevamente sus posiciones los duelistas ; sonó la primera palmada ; dieron éstos media vuelta sobre sus talones, y avanzando el uno hacia el otro, con el arma en alto, llegaron al sitio fatal y... dos detonaciones simultáneas se oyeron por segunda vez...

El retado cayó al suelo...

El tiro que D. Gerónimo disparara, cerrando los ojos en el momento de oprimir el gatillo, había dado de lleno á su adversario, hiéndole gravemente en la pierna derecha, á la altura de la ingle !...

EN EL BOSQUE DE BOULOGNE

(POR LA TARDE)

AVANZABA el otoño. Las golondrinas habían huído á lejanas tierras en busca de calor y de luz; el viento frío de la estación, al arrancar las hojas de los árboles, cubría con ellas los senderos amarillentos del parque.

Pero si las aves dejaban ya de gorjear en las selvas, las orquestas aturdían, en cambio, con sus ecos alegres los salones más hermosos de París.

París es así; cuando su sol languidece y se torna pálido bajo el velo de nubes estivales, sus grandes palacios se iluminan, sus teatros abren sus puertas, y la población entera se

regocija. París bulle entonces y brilla luciente de claridad y de alegría.

Por dondequiera y á todas horas se ven carruajes lujosos; se celebran espectáculos variados, tales como exposiciones, carreras de caballos, concursos extraordinarios—verdaderos torneos de opulencia y de elegancia.

Los *viernes del Hipódromo* subsisten todavía, hasta que la aparición en el bosque de Boulogne del primer sombrero de felpa, que revela algún capricho de la moda adoptada, inaugura la nueva estación.

En la tarde del mismo día en que había tenido lugar el duelo de D. Gerónimo, el bosque se veía concurridísimo y ofrecía un golpe de vista sobre manera animado.

Los más hermosos tiros, los personajes más renombrados, las Amazonas más atrevidas, los jóvenes más elegantes parecían haberse dado cita allí.

En un lindo carruaje, esmeradamente puesto, arrastrado por soberbia pareja de alazanes dorados iban, entre otros, dos caballeros, á quienes no alcanzaba á eclipsar en suficien-

cia (al revés de lo que ordinariamente sucede) el arrogante cochero que les conducía.

Uno de ellos era nuestro verboso *attaché*. El otro debía de ser forzosamente extranjero, europeo... ¿inglés? ¿griego? ¿ruso? ¿italiano? ¡Dios lo sabía! De todo un poco, tal vez; porque se hallaba al corriente de cuanto á esas nacionalidades se refería, citando indistinta y constantemente palabras de sus respectivos vocabularios.

¿Era diplomático? Ello sin duda también, porque llamaba *colega* á su vecino; colega, salpicado á menudo con *mon cher*, *old fellow* y *mio caro*.

Miembros ambos de un club de extranjeros, habían hecho un buen día amistad, y mantenían, á la sazón, comercio mutuo de ideas, de gustos y de pareceres.

Reclinados con real abandono sobre el respaldo de los muelles cojines de la ligera y esbelta victoria — “la más *mona* de la colonia”, según la expresión de su elegante propietario — los jóvenes mundanos se entregaban al indescriptible placer de dejarse llevar negligentemente, pasando revista obli-

gada á los *conocidos* que por la línea opuesta, y en sentido contrario, iban desfilando.

Cruzadas las piernas sobre las rodillas, vestidos con un traje caprichoso y original debido á la última invención de Poole; sueltas al viento las solapas de sus gabanes de media estación; calzados con botines de brillantísimo charol; llevando en la mano una flexible caña con puño de plata oxidada, y un habano entre los labios, aspiraban voluptuosamente el aire fresco de la tarde, que acariciaba sus bigotes, furiosamente espeluznados á la *shah*, y, mientras charlaban y risoteaban, se revolvían en sus asientos, y saludaban aquí y acullá; observaban y se comunicaban sus impresiones, que variaban con los personajes que iban sucesivamente motivándolas al pasar...

— ¡Guarda, querido, que allí viene la novia, más *v'lan* que nunca! — observó de pronto en idioma híbrido el *attaché* — que era el que más había hablado, lo que le designaba á las claras, y á la vista del público como propietario del carruaje. *Regarde!* ¡cómo *flirtea!*

Y al decir estas palabras, inclinóse hacia el

sitio indicado; encogió un poco el pescuezo, se estiró el cuello de la camisa y sonrió— así como para dar más acentuado aspecto de estudio á su impertinente y relamida catadura, que revelaba el trabajo paciente de largas horas pasadas delante del espéjo.

Por la fila opuesta adelantábase, en efecto, haciendo estaciones obligadas por la lentitud de la marcha de los carruajes que lo precedían, un pequeño *vis-à-vis*, coquetamente aparejado con dos tordillos hermosísimos.

En los asientos de atrás, iban el hacendado y su esposa; en los de adelante María y su hermana.

¡Siempre lo mismo!... Saludos amables para los conocidos que les sonreían; una palabra, lanzada al cruzar, para los amigos más íntimos. Para sí mismos una reflexión *sotto voce*, ocasionada por el carruaje que acababa de pasar; reflexión breve, generalmente maliciosa, chistosa ó trivial—siempre alusiva. El traje, un episodio reciente de la vida de sociedad, una aventura, una anécdota cualquiera: el tema era, de todos modos, explò-

tado por los que mutuamente se observaban y se analizaban durante el silencioso desfile...

¡Cuánto compatriota en él! y, por lo mismo ¡cuánta tela que cortar!...

El joven *attaché* no perdía, por su parte, el tiempo! ¡Qué lengua, Santo Dios!... ¡Parecía que su propósito, al ir al bosque ese día, y buscar como acompañante á un extranjero, hubiera sido el de dejarle convencido de que, entre todos esos infelices compatriotas que por allí iban desfilando, no había uno solo que no fuera un personaje cómico, ó un pillo, ó un imbécil!...

Y en cuanto á las costumbres é instituciones sociales de su lejano país, y los de sus vecinos de Sud-América, ¿qué conjunto más grotesco de ridiculeces, ignorancias y necesidades?

¡Si ni siquiera existía por acá sentido común, ni criterio, ni civilización, ni nociones rudimentarias de buen gusto! Y por eso estas nuestras infelices gentes se iban al viejo mundo á *aprender*, no bastándoles toda una vida para desasnarse de lo de su patria!

— ¡Mirá á ese *mamarracho* que allí avanza!... agregaba el joven. Pues ese es un potentado de nuestras tierras.

— ¿Y aquella dama que sonrie á todos los que pasan?

— ¿Esa? ¡pues esa tiene dineros; y más que dineros, calabazas!

Y así, por éste tenor, iba poco á poco afeitando á su turno á cada cual: al millonario que conducía el *Four in hand* y de quien conocía alguna historia agria, en la cual entraba, como personaje protagonista, cualquiera de las cortesanas más renombradas. Salía á luz el cuento, y el comentario que le seguía. Continuaba después con el que venía más atrás, y del cual también conocía algún chascarrillo; ese era un jugador de nota, que se arruinaba por hacer frente en un *club* de moda á adversarios de mayor importancia, y, como le era preciso salvar el honor, el paladín en cuestión tiraba el oro á manos llenas, y obtenía por recompensa el insigne honor de ser palmeado en el hombro por el príncipe Kantáski y oirse llamar *mon cher* por hidalgos y nobles titulados de gran valía.

El *attaché*, como aquejado por algún mal de lengua, no se detenía un punto en su charla, y narraba mil historias, derrochando su maledicencia á borbotones.

Todos habían sido ya recorridos ; á todos había saludado ; para cada uno había tenido una reflexión malévola, y en el curso del desfile había alcanzado la imponderable satisfacción de dar á conocer un mundo de miserias interesantes y, al parecer, hasta entonces ignoradas por su compañero de paseo...

¡Imbécil! ¡Quien hubiera podido llegar hasta él para deslizarle al oído el apodo merecido por su torpe y miserable charlatanería!

¿No comprendía el murmurador que, mientras murmuraba y vilipendiaba, la inmunda saliva que creía arrojar sobre aquellos á quienes ponía en ridículo, caíale sobre el rostro, vuelta por el viento?

¿Cómo esperar que quien le escuchaba sonriendo con sarcástica malicia, le estimara y considerara por honrado y superior, si eran los deshonorados y escarnecidos los propios suyos, sus iguales, los de su patria, de su sangre y de sus hábitos?

¡ Pero ello es por desgracia siempre así !
¡ Parece condición fatal de nuestra raza esto de devorarnos entre nosotros mismos en el extranjero y denigrarnos mutuamente á los ojos de quienes están allí para juzgarnos y tomar nota de cuanto les declaramos !...

Volvió á aparecer el carruaje del hacendado.

— ¿ Sabes, querido — continuó el insoportable parlanchín — que ha llamado la atención que los periódicos de Paris *n'aient pas soufflé mot* sobre el baile de D. Cándido ?

— Así se ha observado — replicó el otro.

— ¡ Valiente chasco, á fe mía ! Parece como que el bueno del *parvenu* había soñado con la esperanza de conmovér á la prensa entera con su famosa fiesta.

— Pero, ¿ estás seguro de que ninguno de los diarios ha dado cuenta de ella ?

— Seguro, como que aquella que allí se acerca es Blanca L...

— Y, á propósito de nuestra Blanca: es fama que *ses affaires* andan mal.

— ¿ Quién es ahora el favorecido ?

— A juzgar por lo que afirman los más

impuestos, debe creerse que hay torneo caballeresco entre A y X, ambos fuertes en la lid.

Y aquí entraron los jóvenes en detalles íntimos sobre la vida pública de la elegante cortesana, detalles perfectamente conocidos por ellos.

A medida que hablaban, y á fuer de versados en los asuntos sobre que discurrían, saludaban á las Cloris que iban pasando, y gozaban con que el público todo pudiera dar fe de que eran hombres conocidos en la sociedad de la *haute noce* — como la llamaba el *Gil Blas*, en su crónica diaria. Una por una iban desfilando así, ante sus ojos : Fanny G... siempre fresca y graciosa; Jeanne H... acompañada de Laura Ch... cuyos carruajes rivalizaban con los de la casa de Rotschild y cuyo espléndido palacio de la avenida de X podría ambicionar un Nabab.

Ellos no las *trataban*; pero estaban ya en vías de ser presentados y, por otra parte, dados los merecimientos que poco á poco iba creándoles su género de vida, y previa la rara fortuna de que se les hubiera ya mirado

significativamente al pasar, el *momento psicológico* no podía hallarse distante.

Y pasando de la gente de vida ligera á la del gran mundo ¡cuánto nombre conocido que el extranjero se complacía, á su vez, en repetir al joven americano!

Desfilaban por allí en brillante sucesión: la condesa Potoka, la vizcondesa de Clerval, la baronesa Decazes, la princesa Poniatoska con su hija, la baronesa de Neuforge, la marquesa de Galliffet, la condesa de Saint-Roman, la de la Rochefoucauld, la marquesa Grouchy, M^{me} de Rojano, la princesa de Ruspoli, M^{me} Bischoffshein, la baronesa de Gunzbourg, miss Clery T., todas ellas de regreso ya de sus excursiones veraniegas.

La sola vista de las coronas ducales y condales, microscópicamente dibujadas sobre las portezuelas de los carruajes, parecía paralizar de emoción al *attaché*...

De la colonia americana iban nuevamente apareciendo, como en la procesión pintoresca de las figuras mecánicas del reloj de la Catedral de Estrasburgo, uno por uno los asistentes al baile del hacendado. De los menos

se hablaba bien, de los más se hablaba mal. Este era un vividor arruinado que gastaba íntegro su sueldo en darse corte, y para poder estar en todo — sin dejar traslucir su miseria — se servía á sí mismo en su casa; lustraba sus botas y se hacía la cama en su cuarto redondo de un quinto piso. Como le era preciso, sin embargo, *hacer buena figura* ante el público, se acepillaba, se esmeraba y se ingeniaba tanto que, mal que mal, concluía por aparecer, al fin, correcto y bien afeitado; arrastraba carruaje, comía en el club y vivía la vida de Paris.



Arrellenado con adorable desparpajo en su elegante victoria de color verde-botella, surgió de repente — como una aparición fantástica—llenando más espacio aun del que su robusto cuerpo necesitaba, el mimado de la suerte, el heroico paladín del día, más rejuvenecido, más alegre aun que de costumbre, ¡D. Gerónimo!...

Todos se inclinaron y sonriéronle al pasar: todos volvieron la cara con curiosidad, para mirarle y exclamar ¡ allí va !

El ilustre jurisconsulto produjo verdadera sensación. Todos querían verle : todos querían lanzarle palabras amables, de un carruaje al otro ; felicitarlo por su bizarro comportamiento en el lance de honor, cuyo resultado era ya generalmente conocido.

D. Gerónimo devolvía con entusiasmo sonrisas y manifestaciones, y se veía obligado á rechazar el sinnúmero de convites que de *impromptu* se le dirigían ; ya á *comer*, esa tarde, ya á *almorzar* al día siguiente. Cada uno deseaba oír de su propia boca la relación detallada de las peripecias del duelo, sobre el cual corrían versiones distintas ; pero todas conformes en un punto ; el coraje á toda prueba demostrado por el americano...

D. Gerónimo se perdió de vista, al fin, en el desfile, y continuaron apareciendo otros personajes.



— ¿Quiénes son aquellos que allá avanzan y que gastan-facha y habanos de Parígas?— preguntó el acompañante del *attaché*.

— Esos son recién llegados — contestó el interrogado — y, según parece, *comisionados*, que el gobierno de nuestro país envía para estudiar en Europa diversos ramos importantes.

— Y esos á quiénes saludan en estos momentos y que toman colocación en la opuesta fila, ¿de adónde vienen?

— También de por allá. Son igualmente comisionados.

— ¡Cómo...! ¿todos ellos? ¡Hombre, si van cinco en el *landeau*!

— ¡Pues los cinco! ¿y qué?

— Simplemente que yo tenía entendido que...

— ¿Que para comisionados, con uno sobra? ¡Pues valiente verdad! ¡Ve á decírsela á quienes los envían, y oirás lo que te repli-

can... ¡ Comisionados! ¡ pues si ese es el fuerte de nuestra tierra, hijo! comisionados llueven aunque las comisiones falten.

El país necesita *ilustrarse* y es fuerza que lo que por allá no se enseña vengan á aprenderse ellos por acá. Y, ya lo ves: agricultura, artes, ciencias, administración, ¡ todo se estudia fácilmente en Paris! Y por eso los comisionados no quieren abandonar la ciudad por un instante.

Y tienen razón. El bosque (en donde se pasean la mitad del día) abunda en árboles y en parques; ¿ qué mejor escuela, pues, para ilustrar sus ideas en puntos de ciencia agronómica? Los teatros, adonde constantemente se les ve (el Eden, sobre todo) poseen entre sus actrices, y especialmente entre sus bailarinas, bellezas esculturales de primer orden, y la *mise en scène* suele ser de un efecto artístico maravilloso.

¿ Adónde mayor campo, en consecuencia, para obtener conocimientos profundos en materia de estatuaría y de pintura?

Y, por fin, la vida misma de Paris, la existencia sola y la parte natural que habrá de

tomarse en las intrigas y caprichos del mundo que se agita en su centro cosmopolita, ¿acaso no bastan por sí para enseñar la más importante de las *ciencias*, la ciencia del vivir, el *savoir vivre*, tanpreciado y provechoso?

Por lo demás, las cuestiones de administración y de gobierno las aprenderán práctica y fácilmente los comisionados en sus relaciones, más ó menos íntimas, con los directores de los teatros y de los Clubs. Dicen que el sinnúmero de secciones que constituye el solo manejo de la grande Opera, es ya de por sí un modelo de engranaje administrativo, complicado y sabiamente constituido, digno, por tanto, de observarse é imitarse.

Y esto dicho, dejemos á los comisionados en paz...

El carruaje de la familia de Talagante apareció por cuarta vez en fila. Por cuarta vez dió materia á nuevas reflexiones.

— Y, al fin — preguntó el joven extranjero que, por lo visto, ejercía constantemente el oficio de preguntón — ¿cuándo se casan estos? Porque la cosa parece arreglada, ¿no es verdad?

— A lo menos así se asegura, replicó su vecino. Dicen, sin embargo, que el noble y opulento tío Kariatanski nada dará al sobrino para gastos de boda. Pero es de suponerse que el asunto haya quedado definitivamente arreglado, porque ya nadie abriga la menor duda sobre el consentimiento del hacendado.

— La dote es soberbia, al parecer...

— Tres millones de francos... ¡una guinda!

— ¿Y se quedarán los novios viviendo en Paris?

— Es de suponerlo también. Natural parece que el príncipe no acepte el trato sin esas condiciones... Es preciso que nos convenzamos *mon cher* de que, hoy por hoy, suele darse tal importancia á esto de un título, que no es natural suponer que aquel á quien se le viene á las manos, no haga cuanto humanamente pueda para apresarlo bien, una vez que le tenga asegurado.

— Pues á mi me parecía que lo del dinero es y ha sido siempre entre ustedes los americanos la cuestión más importante — replicó el extranjero.

— Sin duda, pero una vez que el dinero se posee y se posee en cantidad exorbitante, no basta ya el dinero. Se viene á estos mundos y se busca algo más : un título para una hija llega á pedir de boca... pues, aunque por allá nadie se euide de él... es sumamente *chic* poder exhibirlo aquí.

— ¿De modo que es caso terminado ?

— O que lo será antes de muchos días, si he de atenerme á mis informaciones sobre la materia — concluyó el *attaché*...

La victoria de los elegantes dió una vuelta más, llegó al extremo de la avenida de las Acacias, torció á la derecha por el sendero que conduce á la salida del bosque, y pasando, ligera como un celaje, por frente á la reja que abre la entrada á la espaciosa avenida del bosque de Boulogne, salvó en unos cuantos segundos su larga extensión. Volvió á torcer por un costado del Arco de Triunfo y, entrando de lleno por los Campos Eliseos, se perdió á lo lejos, en dirección á la plaza de la Concordia, entre una multitud de carruajes que en sentido contrario se cruzaban, rodando sobre el suave pavimento de madera, con

ese rumor sordo y continuado, que á la distancia se parece al mujido del mar cuando se le escucha desde el fondo de una bóveda subterránea!...

AL ALTAR

Dos meses han pasado.
La mañana de aquel día amanece hermosa.

En la casa de la novia todo es alegría y movimiento; puertas que se cierran, camareras que cruzan, peluqueros, costureras, floristas que entran y salen—contentas y con la sonrisa en los labios.

En los salones del piso principal del palacio, convertido en exposición de lencería, ó en vistoso escaparate de tienda de boulevard, se exhiben el *trousseau* y la *corbeille* de la novia, según la moda francesa.

Todos los visitantes que van llegando se ven obligados, así, á ir á depositar su grano de mirra en aquel vasto incensario, prepa-

rado *ad hoc* por la vanidad de los dueños de casa.

Los objetos más íntimos, las prendas de vestir más ocultas, los artificios de toilette más privados quedan expuestos allí, sin reserva, ante las miradas sutiles de los hombres, que van á juzgarlos no tanto por la suma de oro que su costo material represente, como por los motivos de observacion pícante, de alegre cuchicheo, de malicia retozona que la vista de la tal exposición les sugiera, por inevitable asociación de ideas...

Las señoras, por el contrario, admiran de buena fe la riqueza de los bordados, la calidad de los encajes, el primor de las sedas y batistas — de todo lo cual se ha remitido, por consejos del *fournisseur*, una lista completa á los diarios de Paris, para que sea pomposamente publicada en ellos.

Desde la víspera todo ha sido preparado. El feliz padre de la futura desposada se multiplica y afana, pues quiere que la ceremonia del matrimonio de su hija se señale por un aparato que llame la atención en la ciudad entera...

¡ Al fin, al fin, van á convertirse en palpable realidad sus ensueños, tantas veces acariciados!... ¡ La heredera de su nombre modesto, aunque honorable, va á trocarlo por el lustre de un blasón retumbante y por largo tiempo apetecido!... ¡ Feliz mortal áquel que en algún día, no lejano, ha de poder titularse antecesor de tantos vástagos flamantes, legítimamente refinados, por amalgama y fundición, en el crisol de una boda !

Y el buen padre, satisfecho, se frota las manos sonriendo de placer...

Sólo la madre está triste y, como á pesar suyo, suspira por momentos, mientras con mano temblorosa prende el velo de *alençon* sobre los cabellos de la niña.

¡ Nadie, sino ella, ha de concluir el atavío ! La última flor de azahar, el último alfiler han de ser colocados por su mano. ¡ Ay ! ¡ quién sabe si, también, por última vez le será permitida tal satisfacción !

Su hija partirá después de la ceremonia, lejos, muy lejos de Paris; de modo que los viejos abandonarán, á su vez, la capital poco más tarde, con el resto de su desmembrada

familia, para emprender, al fin, los tantas veces suspendidos viajes por otras regiones del continente.

El cuarto en que se alista á la joven hállase en desórden completo: trajes, flores, cintas, guantes, frascos destapados, pomos, broches. almohadillas, tules... ¡ un mundo de objetos desparramados sobre los muebles! Y, sin embargo, todo es útil, todo es necesario para terminar cumplidamente el tocado virginal.

¡ Las once suenan ya : se acerca la hora !...

Pronto, ¡ aquella blonda ! ¡ otro alfiler !... ¡ un tul !... ya está... Y ahora ¡ la corona !

Las camareras se precipitan sobre los objetos pedidos, casi arrebatándoselos, y se apresuran á presentarlos á su ama, que los va recibiendo y colocando según las necesidades del atavío que avanza.

¡ Qué bella está la novia ! ¡ Cuánto le sientan los azahares y el velo de blanquísimos encajes !... ¡ Cuán dulce es su mirada, donde se retratan la emoción y el temor ! ¡ Cómo cuadran á la frescura de su rostro las diáfnas blondas de su traje delicado !

¡ Las once otra vez !... El reloj de repetición

de la alcoba parece querer advertir que la hora fijada para la ceremonia pasa ya.

El carruaje se anuncia en el portal...

¡ Está lista !... ¡ A la iglesia !...

Y mientras los criados — que desde hace una hora aguardan en la antecámara, impacientes de curiosidad — se colocan en dos filas para ver pasar á la que pronto será desposada, traése el ramo nupcial, que la niña recibe con embarazo. Envuelto en rico pañuelo de encajes, revela el gusto delicado y la esmerada elección del novio.

Cruza, por fin, la sala, en donde recibe los cumplidos de indiferentes y amigos, y mientras los criados le sonríen sin atreverse á traducir en alta voz sus sentimientos, baja las gradas de la escalera y, acompañada siempre por su madre, seguida por dos pequeñuelos que alzan los amplios pliegues de su majestuosó traje de novia, llega hasta el carruaje ; toma colocación en él con los suyos y, á una señal, parten ligeros los caballos, azotados por la mano vigorosa del cochero de la casa...

ECOS DE LA PRENSA

SALÓN en el palacio de D. Cándido.
La escena tiene lugar á la mañana siguiente de la boda.

Se trata de saber qué idea tiene París de la ceremonia de la víspera.

Solo dos periódicos dan cuenta, en sus secciones más leídas, del matrimonio opulento.

La concurrencia ha sido, al parecer, numerosa. Las *toilettes* espléndidas, especialmente la de la novia que, minuciosamente descrita por el gacetillero francés, queda calificada en conjunto como *une petite merveille*.

La iglesia ha estado decorada fastuosamente. Por lo demás: muchas flores, muchas luces, excelente música. Asistencia brillante.

Ceremonia severa, pomposa.

Estos son, poco más ó menos, los términos empleados para dar cuenta de la boda del joven príncipe Kantaski con la bellísima criolla.

La hermana suspira. El hermano aplaude.

En ese mismo instante aparece en el salón, donde se hallan éstos reunidos, un compatriota, amigo íntimo de la casa. Trae un periódico en la mano.

— Y bien, ¿ han leído ustedes ? — pregunta.

— ¡ Admirable descripción ! — contesta enajenado el hacendado. Preciso será que yo recompense á ese cronista.

El recién llegado se turba.

— Perdone Vd — interrumpe — pero ese cronista... soy yo...

— Cómo... ¡ Usted !

— He creído de mi deber — como amigo y como compatriota—hacer á ustedes, esta pequeña manifestación, seguro de que no la tomarían á mal...

Un silencio, seguido de dos ó tres frases obligadas de agradecimiento de parte de los dueños de casa, acogen estas palabras...

El artículo no tiene ya, sin duda, el mismo

mérito para D. Cándido. ¡ Él, que lo ha creído espontáneo, original, nacido del entusiasmo y admiración de algún reporter francés, maravillado por la fiesta !...

Pero, en fin, aun es muy temprano; los periódicos de Paris son numerosos. Preciso es enviar por otros.

El visitante se despide.

D. Cándido le acompaña, renegando entre dientes, hasta la puerta; vuelve á su saloncito de recepción, toca el timbre y un criado aparece.

— Cómprame Vd. un numero de cada uno de los periódicos de la mañana — exclama — ¡ y que vengan pronto !

El criado vacila un instante, pero se retira después, haciendo una inclinación de cabeza.

Media hora más tarde, D. Cándido y sus hijos esparcen y despliegan sobre las mesas, unos trás de otros, una multitud enorme de diarios, de todos los tipos y de todas las opiniones.

— Veamos si estos *hablan* sobre el matrimonio — observa la joven Elena.

— El *Gil Blas* primero : sí, en efecto ; allí hay algo ; en la gacetilla.

Luciano conoce el estilo ; *L'ami Fritz*... Eso quiere decir : el príncipe Kantaski... Y entonces lee en alta voz lo siguiente :

L'ami Fritz déserta hier le monde de la haute noce, ses pompes et ses œuvres, pour devenir l'heureux époux d'une millionnaire. Depuis que les fiançailles ont été célébrées, l'ami Fritz n'a plus été ce pourri de chic que tout le monde connaissait ; il sent de loin le rastaquouère....

— ¡ Qué chuscos son estos parisienses !...

Y al decir estas palabras, dibújase en la cara de D. Cándido una sonrisa adolorida, semejante á esas expresiones heróicas de serenidad obligada que exhiben, por fuerza, los muchachos á quienes se pellizca cruelmente, jugueteando con ellos, con el propósito de explotar su amor propio infantil, bajo pretexto de poner á prueba su coraje....

Pero he aquí otro importante diario de la mañana : *L'Événement*. Es imposible que deje de traer algo... ¡ Sí ! sí... ¡ Un artículo de fondo ! Lleva por título : *Mariages riches*. ¡ Y tiene una columna entera ! y está firmado

con el seudónimo de uno de sus más distinguidos redactores !.. ¡ Á leerlo ! Debe de ser interesantísimo !

—Vamos á ver, Luciano ; tú que lees tan bien el francés, empieza, muchacho... —dice D. Cándido, frotándose las manos de placer.

Y Luciano lee en alta voz :

MATRIMONIOS DESLAYADOS

“ Un matrimonio curioso se ha celebrado ayer en Paris. — Cierta flamante príncipe polaco y una Pepa auténtica (1) de la América del Sur, han unido sus suertes con lazos indisolubles.

“ A este propósito haremos algunas refle-

(1) Pepa era el nombre de la heroína de cierta comedia representada dos años ha en Paris, en pleno Teatro Francés, y en la cual se caricaturaba el tipo de una joven sud-americana, junto con el de su padre; un hacendado de Tierras Calientes (¿Tierra del Fuego?) — personaje grotesco, que durante toda una temporada quedó encargado de dar á conocer á los Parisienses al tipo ridículo que ellos han imaginado como indispensable para retratar á todos nuestros viajeros de la América latina, sin distinción de clases.

xiones. Es deplorable que por medio de proceder semejante se fomente en Europa la invasión de esos extranjeros cubiertos de oro, á quienes Paris da hospitalidad con júbilo por el dinero que gastan ; però sin considerar que, con su fausto y sus *dollars* nos traen ellos su sangre bastarda y sus gustos grotescos.

“ Acostumbrados estamos, en efecto, á ver llegar todos los dias, del nuevo mundo, á una multitud de señoritas cubanas, chilenas, venezolanas, argentinas, bolivianas, que, al emigrar desde tan lejos, vienen con el propósito de comprarse aquí un marido de *titulo* y de *renombré*...

“ Su reputación de mujeres de fortuna las precede. Se las ve ricas ; de modo que no pasa mucho tiempo sin que se las considere, también, bellas, y en ocasiones suelen serlo en verdad. Sus papás dan fiestas brillantes en soberbios *hoteles*, amueblados por tapiceros de tres al cuarto, que se hacen pagar en un solo aposento el valor del mobiliario entero que proporcionan. Y como el *gogo* nada dice, su silencio, ó su manera de tomar la burla,

hacen que sus aduladores le clasifiquen entre los primeros personajes del siglo: sobre todo cuando en las tertulias, en las comidas ó en los bailes dados por él, las bandejas y el *buffet* se hallan suntuosamente servidos.

“ La muchedumbre se precipita entonces; los hambrientos comen por ocho días, y los elegantes que viven en una buhardilla, á fin de hacer economías para poder pagar una cuota á su sastre, se llenan los bolsillos de cigarros de marca superior.

“ Naturalmente esto se sabe. El rumor circula con rapidez; basta que el noble *rastarquouère* tenga el buen gusto ó la buena fortuna de ser el primero en presentar en sus salones á algún acróbata, algún prestidigitador, ó alguna artista de pacotilla para que el “ todo París ” entre en la aventura; se precipite á la mansión hospitalaria, se atropelle, pisándose los pies en el vestíbulo; y después de haber tomado por asalto el *buffet*, mariposee en torno de la joven casadera (*la demoiselle à marier*) á quien no queda, entonces, otra molestia que la de la elección.

“ No basta, á nuestro juicio, ver y conocer

el exterior de esas vidas fastuosas, donde brilla el oro por todas partes, al punto de fatigar la vista. Lo que sería preciso poner en claro es el interior de la vida misma, las costumbres, el pasado de esos *rastaquouères*.

“Enriquecidos por medio del agiotaje, ó por medio de un-manejo cualquiera, á cuyo éxito contribuyen generalmente las cuchilladas y los tiros de revolver, nadie se ocupa, sin embargo, en Paris, al recibir los billetes de banco que esas gentes desparraman, de averiguar si provienen ellos del comercio de negros ó del de blancos.

“ Las sandeces de semejantes extranjeros pasan por rasgos de ingenio, que cierta prensa diaria de nuestra capital aprecia, comenta y divulga, merced á un pago exorbitante *taxado* á tanto la línea.

“ *Et en avant la musique!* ” (1).

D. Cándido — que ha escuchado la lectura con el rubor de la ira y de la indignación re-

(1) Conservamos, original, un artículo semejante al que transcribimos, y en el cual hállanse textuales todos los conceptos que atribuimos al periódico de nuestra ficción, con excepción de los que contiene el primer párrafo.

tratado en el semblante —al oír estas últimas palabras no puede contenerse más, y arrebatando, con un movimiento brusco, el diario de manos de su hijo, le destroza furiosamente.

Sus amigos le ocultan á perpetuidad el artículo transcrito.

Por otra parte, él no debe de tener, tampoco, interés en demostrar que lo ha leído, pues jamás se le oye referirse en sus conversaciones á la prensa de Paris...

VIAJE

EL hogar de D. Cándido había quedado medio vacío. El dormitorio de María, como esos aposentos solitarios de los palacios deshabitados, frío, silencioso, desnudo: con sus paredes elevadas y el cuadro regular de sus puertas doradas, parecía un marco suntuoso despojado de la preciosa tela que le diera vida y valor, una jaula de oro sin el ruiseñor que le habitara, alegrándola con sus cantos.

¡ Ya no se veía en el interior ese sinnúmero de objetos delicados que le comunicaban alma y calor, convirtiendo la linda habitación en un mundo pequeño de luz y movimiento, de armonía y de perfumes !

Los padres de la niña, á pesar suyo, se sentían tristes y abatidos. Un inmenso vacío parecía haberse producido en su alrededor.

La hermana mayor encontrábase, también, como abandonada. Ya no había á su lado quien compartiera con ella sus alegrías. ¡Todo parecía tan mustio sin la presencia de María!

Paris estaba triste.

Avanzaba la estación de invierno y la nieve, que caía ya en gruesos copos, cubría con su manto de plata á la ciudad entera, envolviéndola como en una alba mortaja.

Se acercaba, pues, el momento de salir de Paris, y de realizar el proyectado viaje por el continente europeo.

El itinerario estaba de antemano fijado, y seguirle rigurosamente era el propósito de los viajeros, que determinaron, por fin, un día, la fecha de la partida.

Luciano no se reuniría á ellos. La Europa entera era para él... Paris.

Y por eso había rogado á sus padres que le eximieran de acompañarles. Reflexiones, promesas, quejas; nada había valido. El hijo mimado había triunfado; de modo que la fa-

milia partiría sola, dejándole á él feliz y dueño de su ansiada libertad.

Desde ese momento podría entregarse del todo á los placeres que el dinero, prodigado á manos llenas, habría de procurarle; enterrándole en ellos, hasta hacerle perderse de vista en el torbellino de la gran ciudad.

Mientras tanto, el hacendado y su esposa proponíanse aprovechar bien del tiempo. Entre sus proyectos más halagadores figuraba el de un viaje por España, con el objeto principal, y ya citado, de visitar el antiguo señorío de Palma-Carrillo, cuyos títulos extraviados, intentaban descubrir en alguno de los archivos más renombrados de los pueblos del Vasconçe.

Y esta idea, acariciada por mucho tiempo, obligábales á apresurar su excursión por el norte, con el fin de quedar en situación de dedicar á la patria de sus antepasados todo el tiempo de que habrían menester. Ello era por entonces punto tanto más importante, cuanto que la alianza con Kantaski hacía conveniente la exhibición — algo póstuma y no ya tan oportuna, sin duda, pero no por ello

menos interesante y enorgullecedora, — de los pergaminos empolvados.



Cannes, Niza, San Remo y todo el litoral que baña el Mediterráneo quedan recorridos por los viajeros en pocas semanas, durante las cuales, hallan, sin embargo, el tiempo suficiente para visitar un blindado en Villefranche, derretirse tres horas en el cabo de Antibes, comprar un álbum en Monaco; detenerse en Monte-Carlo para perder cinco veces en la *roulette* y escandalizarse ciento en el *Café de Paris*.

Al pasar por frente á Roquebrune, cruzando entre Monte-Carlo y Mentone, D. Cándido, D^a Emilia y Elena creen reconocer en una coqueta *victoria* descubierta — que, arrastrada por dos valientes alazanes, se desliza rápidamente, caracoleando por el camino de *la Corniche* — la figura rozagante del compatriota D. Gerónimo. ¡El es, en efecto; él en

persona con sus cachetes frescos y recién afeitados! Pero ¡oh escándalo!...

Apoyado en el respaldo va radioso, alegre, encosmeticado, limpio, hecho un girasol, en compañía de una rubia vivaracha y juguetona que, como él, respira el aire puro y salino de las brisas del mar.

El brazo derecho del afamado jurisconsulto enlaza el gentil talle de su linda vecina, con la cual parece sostener una conversación animada...

¡Pero el carruaje vuela, y pasa como un rayo, sin dar más tiempo á los conocidos (que desde el tren miran, sin saber qué decir ni qué pensar) que el necesario para cerciorarse de que sus ojos no les engañan...

— ¡Vejete indecente! — exclama D^a Emilia, con un gesto de indignación y de desprecio causados por el sibaritismo de su amigo.

— Cosas de Europa... — replica D. Cándido ruborizándose, pero sonriendo, á su pesar...

Y el tren, veloz como el viento, sigue en su carrera, devorando la distancia, hasta detenerse en Mentone.

Proveerse de corales allí; aburrirse en Bor-

dighera ; despeñarse en Ospedalette, y entrar, por fin, con una mañana de hermoso sol en Génova, muertos de cansancio, y renegando de la defectuosa organización de los ferrocarriles italianos, es sólo obra de tres días.

Génova, con Pisa, su *Campo Santo*, *Battisterio* é *inclinada torre*; Florencia, sus museos y su catedral; sus guías y sus avisos pomposos de fondas y mercaderes de mosaicos, ocupan, en seguida, breves días; hasta que, fatigados ya los turistas de ingleses y de malas comidas, madrugadas y aporreamientos, se resuelven á descansar un mes en la Ciudad Eterna.

¡Roma! la augusta Roma, con sus monumentos y sus ruinas grandiosas; su *Basilica* y sus *siete colinas*! ¡Cuánto dicen que hay allí que ver, cuánto que estudiar, cuánta nota que coger, cuánta impresión que describir!

El hacendado se multiplica y compra guías y más guías: escribe cartas y más cartas; paga propinas y más propinas; pregunta, observa... pero ni se admira ni filosofa.

Como la mayoría de los viajeros, ha preferido, sin embargo, visitar las ruinas romanas

en las primeras horas melancólicas de la noche, iluminadas ya por la luz de una luna creciente, que va á ocultarse y arroja, por tanto, sobre ellas sus rayos oblicuos, expirantes, y, por lo mismo, más pálidos y fantásticos...

¡ Cuánto atractivo no habría para cualquiera otro que no fuese D. Cándido en la taciturna soledad de esas tumbas, calladas, pero elocuentes; destrozadas, pero hermosas; con esa hermosura augusta que el sello de la vetustez imprime á los restos de la grandeza pasada!

En esa columna solitaria—que D. Cándido mira y examina con la indiferencia de la ignorancia — no ve sinó un trozo informe de granito, sin pensar siquiera por un instante en que ella fué en otro tiempo sostén de un templo maravilloso. Aquel mármol, que antes era un altar; aquel arco derruido, y más allá, á lo lejos, aquellos pórticos sombríos, enterados por los años que hicieron crecer sobre ellos musgos y jaramagos, no son para él restos de Palacios de la Ley, de la Grandeza y de la Idea, sino vulgares destrozos del

tiempo ; muros derrumbados, semejantes á los viejos paredones de los *corrales* de su tierra.

De modo que (al revés de lo que sucede con los viajeros superiores) D. Cándido no se entrega, siquiera durante un segundo, á la contemplación y al impresionalismo ; no se deja subyugar un momento por encantos que no conoce ni comprende.

Míralo todo con frialdad, y mientras permanece apoyado contra un muro derruido, junto á los restos de capiteles rotos, que en otro tiempo debieron ser tronos ó cátedras ; entretiénesese en examinar el material de que éstos están hechos, y en comparar la calidad de los ladrillos de su hacienda, con la que empleaban los romanos para fabricar los suyos. ¡ Y cuánto asunto no hay allí, sin embargo, para inspirarse en recuerdos hermosos, y para dejarlos rodar por las regiones purísimas de la meditación, la fantasía y el pensamiento !

¡ Nada le dicen á él esos escombros iluminados por la luz pálida de la luna, que á cualquiera otro observador figuraríansele vastos y despoblados cementerios, donde las

sombras de los Césares y los jueces vinieran á vagar, surgiendo de entre las ruinas ! ¡ Encenderíase de nuevo, para ellos, el fuego de la gloria, y entonces parecerían esas sombras aclararse y destacarse ante la vista, desde el fondo de los nichos sombríos, como si fueran imágenes transparentes ó fantasmas lumínicos !...

¡ Y el rumor lejano, sordo, interrumpido por los ecos misteriosos de la noche y la distancia, semejaría, á veces, clamor, nota inmensa, vaga, continuada como un calderón eterno !..

En medio de ese clamor, una voz única, sonora : la de aquel guía que á otro viajero va explicando la historia, sobresaldría, vibraría, é iría creciendo ; y, más apartados, con intervalos desiguales, los ladridos lejanos de los perros que vigilan y vagan, errando por las soledades de la árida campiña romana, repetiríanse y entremezclaríanse, simulando al oído voces y algazaras, griterías y desconciertos...

Entonces al viajero que meditase antojaríasele que del fondo surjian é iban cundien-

do, como murmullo amenazador, las voces de los ciudadanos enardecidos por el eco de la palabra del tribuno poderoso, los oleajes de entusiasmo de la transportada muchedumbre...

¡Y cuando silvase el viento por entre las ruinas, arrañando á los muros cavernosos del gigante Coliseo los ecos que allí repiten su mujido, multiplicándolo de bóveda en bóveda, de arcada en arcada, parecería, también, como si en el centro del vasto circo se fuese llenando la arena con los rumores de la multitud galvanizada, cuyas voces se mezclaran al rujido de las bestias feroces, y á los gemidos rabiosos de los gladiadores en combate !...

.

En ese momento un trozo de capitel de columna derruida, que se desprende con estrépito, cae y rueda á los pies de D. Cándido, sacándole súbitamente de la meditación *industrial* en que se encuentra — mientras examina la calidad de los ladrillos — para volverle, por decirlo así, á la realidad de la vida.

La luna, cual faro eléctrico gigantesco, co-

mienza ya á bajar tras de los pórticos, y, lentamente, se hunde y va muriendo, sepultada más y más entre los arcos descarnados...

El viento trae el eco de un reloj de campanario que, con su són pausado y regular, va dando las horas: ¡ una ! ¡ dos ! ¡ tres ! ¡ cuatro !... hasta ocho...

El aire frescó comienza á hacerse sentir; la ciudad enciende sus luces, que hormiguean chispeando como carbunclos brillantes, hacia el frente, dentro de la población; y el hacendado, tendiendo entonces una última mirada al paraje en donde durante largo rato ha permanecido bostezando y haciendo mentalmente sus confrontaciones mercantiles, alza el cuello del grueso y rico gabán que le protege contra la intemperie y, apartándose hacia el sendero, iluminado aun por la postrera claridad del astro que se oculta, salta á un carruaje que le aguarda, y se aleja rápidamente en dirección á la Ciudad Eterna.

— ¡ Y para ver *esto* lo hacen á uno emprender viaje tan penoso ! — exclama desdeñosamente D. Cándido, arrellenándose

en los blandos cojines del vehículo, y arrojando con fastidio el guía Bedecker sobre su asiento. — ¡ Oh explotación europea !...



Después de las ruinas hay que visitar los templos, los museos que irradian aun el genio de Miguel Angel, Rafael Sanzio, Leonardo de Vinci y el Ticiano.

La regia esplendidez de San Pedro no puede menos de arrancar al hacendado exclamaciones de asombro. La Capilla Sixtina, el Museo del Vaticano, el arco de Constantino, la Columna de Trajano, el Forum, las Catacumbas, dejan vagos recuerdos en su memoria.



La próxima primavera los encuentra listos para emprender viaje á Suiza. El verano lo pasan á orillas del Rhin y en el famoso Ba-

den-Baden, donde tienen ocasión de co-dearse con el Príncipe de Gales, el Gran Duque Soberano y otras Altezas ; todo con gran contentamiento de D. Cándido y de su hija mayor.

A la entrada del otoño se van á Sevilla, pasando después, de regreso, á Madrid.

En su carácter de millonario y de *comisionado* de su Gobierno, D. Cándido habíase procurado varias recomendaciones para personajes notables de la península. Uno de ellos, sobre todo, debería de acogerle con señaladas muestras de afecto. A lo menos así lo había prometido, ó anunciado, el amigo extranjero que allá en América diérale cierta valiosa carta de introducción, cuidadosamente conservada por el hacendado entre sus papeles de viaje.

Al llegar á Madrid su primera diligencia fué, pues, como se comprenderá, enviarla, junto con su tarjeta y dirección, á casa del potentado de quien tanto partido se proponía sacar. Era este el muy ilustre duque de Fuerrascal, uno de los títulos más sonoros y encumbrados de toda España.

Quince días después D. Cándido no había recibido, aun, respuesta alguna. ¡Ni siquiera una invitación á comer!...

¡Cosa extraña! ¡El billete es, sin embargo, para él!... ¿Se habrá olvidado el duque del amigo de América, y la duquesa de que Tagalante tiene esposa y una hija soltera?... ¡Infeliz! ¡Ignora el buen señor, en su candor de americano, que en España como en Francia; en Inglaterra como en Rusia, una carta de recomendación que viene del Nuevo Mundo no tiene, ante el noble titulado á quien va dirigida, mayor valor que el de un simple billete de suscripción á obra de beneficencia, billete que, no pudiendo contestarse con cheques de banco, se rompe y se arroja desdeñosamente á la canastilla de los papeles inútiles!

El hacendado se resigna, pues, á recibir — sólo un mes después de su llegada— dos ó tres fríos cumplidos de buena crianza, enviados por escrito, junto con una oferta vaga de servicios é introducciones, cuatro insolencias, á modo de piropos, sobre su país... y... ¡abur! ¡hasta nunca!

¡ Qué desengaño !...

Pero ¡ á lo hecho, pecho ! No hay más que consolarse viajando...

Y así como el fardo, que rueda extraviado de Flandes á Aragón, de Aragón á Flandes, el turista da con su maltratada persona de fonda en ferro-carril, de ferro-carril en fonda, de fonda en museo, de museo á teatro, de teatro á *monumento*, de monumento á paseo...

¡ Qué vida ! ¡ Qué agitación ! ¡ Cuánto hacen bien á la salud y al espíritu ese continuo errar y aquel nunca detenerse ! — Los nervios se electrizan — dice D. Cándido — la cabeza se aturde y el cerebro se enriquece con grande acopio de conocimientos y experiencia...

Y así, el hacendado, vuelve á visitar á Sevilla — visita que le da ocasión de asistir á una tarde de pago en la fábrica de tabacos, inmenso taller donde cinco mil mujeres trabajan y cantan al mismo tiempo, exhibiendo sus chales vistosos de espumilla, encarnados, azules, ó verdes, prendidos con saleroso garbo por broches de formas variadas.

En seguida pasan á Granada, donde emplean tres días, recorriendo el barrio de los gitanos, admirando el panorama grandioso de "La Vega" con su Sierra Nevada, su Darro y su Genil. Van á la Alhambra, pasan por el *Zacatín* y la *Cartuja*, y concluyen la vuelta por el sur con Córdoba, Loja y Albuñuelas, que les dan ocasión de visitar la Mezquita, el puente romano, y las ruinas de Azahara, Saiyid y Munyatu.

Conocida la Mezquita, la permanencia en Córdoba se hace innecesaria y el regreso á Madrid urgente. Puede darse ya por recorrida España en esa vuelta de quince días que, á juicio de los turistas, basta y sobra para *darse cuenta* de lo que en el país valga la pena de visitarse. En todo caso, no han de *contarles cuentos*, más tarde, sobre las grandezas y maravillas de esas privilegiadas regiones.

Y con esta convicción en el alma, satisfechos, alegres, los viajeros abandonan al día siguiente la ciudad, en dirección á Madrid, pasando por Toledo.

En Madrid se detienen sólo dos días y, violentos ya por encerrarse tranquilamente en

los archivos de Guipúzcoa, vuelan en dirección á las provincias vascongadas, sin que D. Cándido piense siquiera, en esta ocasión, en detenerse á recibir el saludo del ilustre duque de Fuerrascal...

EL MARQUESADO DE PALMA-CARRILLO

ATENIÉNDOSE á los datos obtenidos desde mucho tiempo atrás por tradición de familia, y muy especialmente á lo expresado á menudo en presencia de D. Cándido por una su tia abuela, muy santa y verídica señora, el apellido Talagante, retoñado del ilustre tronco de los *Palma-Carrillo*, debía tener su origen — como se ha dicho ya — en las provincias vascongadas, y, por datos aun más íntimos, en el señorío de Vizcaya.

Ni el archivo de Indias, ni el de Simancas, ni otros que conservan los documentos relativos á las Américas, habían arrojado hasta entonces luz sobre el punto. Preciso era, por tanto, trasladarse al sitio mismo

donde había debido mecerse la cuna de los ilustres antepasados de D. Cándido; escudriñar sus archivos, sus libros parroquiales; interrogar á los ancianos, descubrir los vestigios, los restos de las armas del blasón perdido bajo los escombros del tiempo; estudiar, obtener á toda costa algún dato cualquiera, que prometiese continuar la pista, en seguida.

Y entonces el ilustre viajero sud-americano trasladóse de un salto hasta el centro de Vizcaya, y de otro se hundió en el fondo de los valles de San Sebastián de Guipúzcoa. No encontrando allí nada, subió hacia Orduña, para volver á bajar á Fuenterrabia; pasó á Oñate; descendió á Tolosa, donde le dieron un dato vago que lo arrojó á Mondragón.

Allí, como en los lugares anteriores, nada encontró que sirviera á sus pesquisas, sino fué el topar con los antecedentes honrados y al parecer nada comunes de algún apellido que hasta entonces habían despreciado él y los suyos, en su propia provincia, por oscuro ó desconocido, hallazgo que arrancó á la fa-

milia entera un involuntario suspiro y un gesto de desconsuelo...

¡Qué afanes! El señor de Talagante, como buen vizcaino (que forzosamente lo había de ser) no se dió, sin embargo, por vencido, ni habría de darse por tal, hasta que el último pueblecillo no fuese escudriñado. ¡El marquesado de Palma-Carrillo tenía que resucitar, y por lograrlo el opulento heredero del título enterrado, no dejaría piedra sin recorrer, ni moneda sin gastar, ni rincón sin revolver en las pacíficas y silenciosas ruinas del noble señorío, único resto que queda aun en pie de sus antiguas y magníficas casas solariegas.

Y por eso, cuando, ya cansado y medioloco con tanto subir y bajar, preguntar y deducir, revolver y desarmar, anotar y resumir, volvió por quinta vez de Durango á Mondragón; de Guipúzcoa á Somorostro; de Guernica á San Adrián, las autoridades, el pueblo, y en especial los tinterillos, comenzaron, por fin, á comentar tanto trajín y á imponerse de la clase de enfermedad que al señor forano aquejaba:

Y entonces — quiénes de buena fe, quiénes

de puro bellacos ; unos por compasión, otros por verdadero interés ; muchos con esperanzas de especular — ofreciéronle su ayuda.

Convencido el agobiado viajero de que no le quedaba otro partido que aceptarla, y que lo mejor sería encomendar del todo el caso á las pesetas, se resolvió á aceptar la oferta de un cierto bachiller, de levita raída, y rostro tan enjuto y amarillento como los pergaminos entre los cuales vivía. Había sido el tal bachiller antiguo empleado de bibliotecas.

Paciente ratón de archivos y añejeces, á quien ni la humedad de las glaciales salas enladrilladas, ni el polvo de los estantes, ni lo enmarañado de los manuscritos arredraban un segundo, el bachiller trabajó tres semanas inútilmente.

El tiempo pasaba.

Cuando ya las esperanzas iban perdiéndose y como alejándose para siempre, una mañana de aquel mismo mes aparecióse de repente — sucio, maltraído, envuelto en una capa verdosa y grasienta ; cubierta la cabeza con un casquete de viejo cura de aldea, y embozado el cuello en una bufanda de color

que el tiempo y el uso no permitían ya definir y cuyo borde se asomaba por entre el ancho espacio que dejaban entre sí la barba inculta y desgredada y el revés de terciopelo “sangre de toro” de la capa—apareció, decimos, el obstinado buscador de abolengos, y mostrando á su cliente un cuaderno, especie de cartapacio, estropeado y voluminoso:

— ¡ Señor ! — exclamó — ¡ he hallado ya los orígenes de la familia de Vd.!...

Y, al acabar de decir estas palabras, sonrió el bachiller, dejando ver dos hileras de dientes amarillos y nada limpios, á la vez que, volviendo bruscamente la cabeza hacia un lado, arrojó—con un papirote del extremo de sus dedos flacos, lustrosos, éticos, teñidos por la nicotina y por el desaseo — una colilla diminuta de cigarro, devorado hasta la base...

La colilla fué á estrellarse sobre un mueble, contra el cual se deshizo al chocar, estallando en chispas y átomos de tabaco, que se esparcieron por la alfombra...

El hacendado no paró en ello la atención. Sólo pensaba en abalanzarse á sus papeles.

— ¡ Vamos á ver ! — exclamó con ani-

mación — ¡ traiga Vd. ! ¿ Está Vd. seguro ?

— ¡ Segurísimo ; véalo Vd. mismo. Aquí tiene Vd., en verdaderos pergaminos y debidamente autorizados por los sellos correspondientes, los títulos del expediente: MARQUESADO DE PALMA-CARRILLO “ *Orígenes y patentes de este blasón, mandado hacer por Su Magestad el Rey D. Carlos III, á quien Dios mantenga; siendo á la sazón Soberano del muy libre Reino de Nápoles, en el año de gracia de 17...* ”

— ¡ Traiga Vd., traiga Vd. ! — interrumpió D. Cándido, con los ojos encandilados por la curiosidad y el placer, y con la voz entrecortada por la impaciencia y por la emoción — ¡ Traiga Vd. !

Y, al mismo tiempo, alargó la mano para coger el manuscrito...

— Perdone Vd. — interrumpió el tintorero, retirando y ocultando casi del todo el cartapacio bajo las faldas de su capa — perdone Vd. ; pero tenemos que hablar antes.

— ¡ Qué hemos de hablar ! — repuso su interlocutor con impaciencia. ¿ No estamos ya arreglados en el negocio ? ¡ O se atreverá Vd., majadero, á tener desconfianza !...

Y al decir estas palabras, acompañadas de un gesto de indignación, duro como una amenaza, levantóse el altivo millonario y, clavando sobre el bachiller una mirada aplastadora, tendió nuevamente el brazo, alargando bruscamente la mano hacia el cartapacio...

Pero en España no se anonada la gente así, ni son los montaraces vizcainos los más á propósito para dejarse levantar siquiera la voz.

El hacendado no alcanza á terminar su frase. Picado el quisquilloso bachiller, se cuadra por delante, y plantándose en jarra primero, para mirarle de hito en hito después, echa la capa atrás, y, con diapasón altisonante y ademán más que insolente, se lanza en un rosario de improperios que agotan en un segundo el nutrido vocabulario de su lengua y de su tierra.

El causante del enojo no sabe qué replicar :

— ¡ Calma hombre ! ¡ Cálmesese Vd. ! — babcucea inútilmente.

— ¡ Qué me he de calmar ! ¡ si ! ¡ Si ha llegado Vd. á resoplarme en los hocicos ! ¡ y no soy yo (y sépalo el *tío!*) hombre de que se le

venga á las barbas ningún prójimo, aunque tuviera más señoríos y más pesetas que el arzobispo de Valencia! ¡Ea! ¡que de lo mismo somos hechos los dos!

A la bulla han acudido los empleados de la fonda y el hostelero en persona. La presencia de este último consigue calmar un tanto al bachiller.

Vuelto poco á poco á la razón, se obtiene de él la promesa formal de que no se acalorará por segunda vez en presencia de su interlocutor, y de que llevará á término el negocio, sin más discusiones ni dificultades.

Serénase, pues, á su vez, D. Cándido; pregunta el precio del trabajo; fijalo el tinterillo en diez mil reales—que el hacendado paga sin réplica, por miedo á otra cuestión, y á ruegos de su esposa é hija, que todas temerosas desde que se han impuesto del caso, se han deslizado hasta detrás de la puerta, donde se quedan en acecho.

El bachiller se retira, por fin; alegre y lijero, mientras va contando su rollo de billetes, murmurando y como burlándose entre dientes.

La familia se queda sola.

Un momento de silencio.

¡Qué ansiedad! ¡Los pergaminos están allí! ¡Allí los títulos tantas veces buscados del marquesado de Palma-Carrillo!

Y al empezar á estudiar lentamente las hojas, para no perder una letra de entre los enmarañados y casi ilegibles renglones roídos por el tiempo, el millonario, con voz conmovida por la ansiedad y la emoción, va diciendo lo siguiente:

“*Marqués de Palma-Carrillo* :

“De arriba y más antiguo, Alonso Talagante y Espino; tan honrado y probo, cuanto humilde y sosegado servidor de la Real Casa de Su Magestad.

“Por ser guipuzcoano y servir en la zapatería de su señor como hormero y guarda suelas, alcánzanle las patentes de noble; pues siendo nobles todos los guipuzcoanos, ennoblecidos quedan por ello los oficios que con el sudor de su rostro y trabajo de sus manos desempeñan, Zapateros, sastres, herreros, carpinteros, canteros, sombrereros, jornaleros y otros oficios más ó menos humildes

todos son de nobles siendo guipuzcoanos.

“ Pero, aunque limpia la sangre de Talagante de mezcla de mulato, y negro, y moro, y judío, el marquesado no hubo de existir hasta que Su Magestad fué servido otorgarle por causas de *arrepentimiento* y *desagravio*, y por impulsos de *Real Justicia*, que es prenda de los Reyes y virtud de los hidalgos.

“ La razón fué que, siendo el referido Talagante *guarda suelas y hormero de la Real Zapatería*, por despachos de Su Magestad, un día que Su Magestad fué servido llamarle á sus Reales Cámaras por hallarse **descontento** y asaz incomodado con los últimos zapatos entregados y calzados, el hormero (á quien el pun-donor de su oficio y su cuna de guipuzcoano eran partes á disculpar tamaña osadía) atrevióse, en la ocasión, á contradecir por señales (no osándolo de palabras) la Real opinión; en tal manera que, incomodado el Monarca y violentado por su genio vivo é irritable, alargó el brazo, y alzando su Real Mano, colérico, posóla sobre la faz del humillado hormero, con una Real cachetada...

“ Arrepentido, más tarde, Su Magestad desta

violencia, en prenda de Real Expiación, ordenó fuera dado á Talagante, *para si y su descendencia, llevar un titulo de origen; formulado en las mismas palabras del desmán.*

“Y de entonces en adelante, prévias las consideraciones y despachos que con esta foja se registran, quedó establecido el *Marquesado de Palma-Carrillo*, que se mandó instituir y reconocer: *Palma* por la palma de la Real Mano que Su Magestad alzó, y *Carrillo* por el sitio del rostro del humillado en donde posóse aquella mano...

“Todo lo cual consta por Real mandato, con sus firmas y sus cédulas correspondientes..

“Dado en, etc., etc...”

.....
Después de esta lectura, D. Cándido, D^a Emilia y Elena se quedan mudos.

No necesitan hablar para comprenderse.

Con demasiada claridad expresan sus rostros la resolución tomada *incontinenti* y sin necesidad de acuerdo: quemar el expediente y volverse á Paris.

Almuerzan, por tanto, á la ligera y cabiz-

bajos entre tres frailes y una docena de legos y sacristanes: dan, después, una vuelta por la ciudad, y, diez horas más tarde, ya de noche, sin atreverse aun á comentar su percanche, cubiertos de polvo, molidos por la fatiga y el hambre hacen su entrada en Burdeos, que les parece hermosísimo con su movimiento, sus carruajes, sus luces y su bulliosa animación.

¡ Dos días en Burdeos y de allí á Paris, para regresar en el verano entrante á América, y el suspirado viaje quedará del todo terminado!...

En Paris, Luciano no les aguarda en la estación...

TRES AÑOS DESPUES

TRES años han pasado.

Es de noche. La escena pasa en Paris, en el interior de una linda casa situada en los alrededores del barrio de la Plaine Monceau.

La alcoba es pequeña y está coquetamente amueblada, al estilo Luis XIII. Por todas partes vense mil emblecos dispersos en artístico desorden: sobre las mesas, cintas y guantes, encajes como espumas, alhajas que se dejaron sobre cofres de cristal colmados de toda clase de dijes de capricho femenino.

La atmósfera del dormitorio se siente tibia y perfumada: en la estufa chisporrotea el fuego, alimentado sin cesar por la mano de-

licada del dueño de la estancia, que vela aun á esas altas horas de la noche.

Hacia el fondo está su lecho, vacío aun : muelle, blando como un nido. Al frente, el tocador ; objeto de arte primoroso. Dos de sus cajones, entreabiertos, vense llenos de despojos de atavío mujeril : horquillas y alfileres, lazos, brochês, cofias...

El reloj de sobremesa acaba de dar las dos de la mañana. Sus campanadas, vibrantes, de timbres prolongados, resuenan en la estancia como notas temblonas de voz doliente, y van á morir poco á poco, repitiéndose con eco sordo en medio del silencio profundo de la noche...

El té, acabado de servir, humea en una taza diminuta de porcelana de la China, y un ramo de violetas estivales, abandonado junto á la luciente bandeja que forma parte del precioso chiche, exhala su aroma suave. ■

El único habitante del aposento que acabamos de describir, es una hermosa joven, que al parecer, debe de contar, á lo más, veinte años de edad.

Inquieta, preocupada, se la ve dirigir de

cuando en cuando su vista hacia la chimenea para consultar en el reloj la hora.

Levantándose, en seguida, del asiento adonde ha permanecido pensativa y triste, con la cabeza apoyada sobre el brazo, entreabre la puerta que comunica con el cuarto vecino, y mira hacia el interior, al través de una fila de galerías, dormitorios y gabinetes de vestir, como interrogando la calma de la soledad mortal que reina en ellos... ¡Nada! ¡El silencio queda sólo interrumpido allí por el crujido de la puerta misma, que gira al abrirse, y... allá, en el fondo, hacia la última habitación, por el *tic-tac* monótono y repetido de otro reloj cadencioso!...

Entonces la joven suspira y permanece durante varios minutos como embargada por melancólica meditación, hasta que, vuelta de nuevo á su tristeza desconsoladora, se dirige, con los ojos llenos de lágrimas, hacia el pequeño tocador contiguo, donde comienza á desenvolver los rollos de su peinado, sujeto en esos momentos sobre la cabeza, sin arte ni combinaciones de peluquero...

Con sus manos, cubiertas aun de anillos

que las hacen aparecer más bellas, desenreda las trenzas y, á medida que las desprende, van cayendo sobre la espalda, deshechas en sedosas madejas de negra y opulenta cabellera...

Ha comenzado la tarea lentamente, como si le costara trabajo despojarse de los restos de un atavío que la habría hecho aparecer tan bella ante los ojos del que así la abandona y no acude, siquiera en ese instante, á sorprenderla!

¡Pero ello es así: el mal esposo no llega aun; ni cuando llegue vendrá, seguramente, á depositar un beso sobre aquella frente pálida, marchita por el desvelo y por la inquietud!...

Concluída, por fin, la ingrata tarea, dirige-se la joven, de nuevo, á su dormitorio, y, abriendo un pupitre, saca de él una linda cartera de finísimo cuero de Rusia, que cruje al ser desplegada por su mano; toma una hoja de papel de entre varios pliegos, llenos ya de una letrita menuda y apretada, con líneas extendidas en dos direcciones, que se cruzan entre sí; recorre ligeramente con la vista los

últimos renglones trazados; coge una pluma y empieza á escribir á continuación de ellos...

Lo que escribe dice así:

“Y no es esto sólo, madre mía, lo que me inquieta y hace sufrir.

“Tres años deben de ser, sin duda, suficientes para determinar en el corazón de cualquier hombre vulgar esa frialdad que tanto mal nos hace á nosotras las mujeres, cuando tenemos la conciencia de no haberla provocado.

“No soy escéptica; jamás lo he sido... pero ¡qué quieres, madre! á todo extremo puede llegarse cuando nada, nada en la existencia ha venido á ponerse de por medio para evitar que se cumpla la ley de la fatalidad!

“La historia de estos mis dos últimos años (que podría resumirse en dos palabras: lágrimas y abandono, ó desengaños y humillaciones) sería, á falta de otras, una prueba evidente de ello.

“Y esa historia es breve, madre.

“Casada desde poca antes (¡Dios mío, si me parece que hiciera ya un siglo!) con un

hombre á quien mi corazón eligió entre tantos como se lo disputaban, me entregué ciegamente al amor de ese hombre, y confié en sus primeros juramentos de lealtad. ¡ Es tan cierto que el cariño se complace en acariciar á la esperanza !... Tú creíste en ellos también ¿ no es verdad ?... ¡ Si nos equivocamos, madre, habrás tu misma de juzgarlo por la narración que, con lágrimas en los ojos y amargura en el alma, he empezado á hacerte !...

“ ¡ Cuánto he vacilado antes de darte á conocer la verdad !

“ Ha llegado, sin embargo, un momento en el cual la intensidad del sufrir y las proporciones del abandono han sido tales, que he creído que no me sería posible soportar por más tiempo el peso de la ansiedad que me oprime y sofoca. Necesito un desahogo ; necesito depositar en un corazón amigo parte del pesar que me está matando, y escuchar de labios sinceros y leales las palabras de aliento y consuelo que aun han de darme fuerzas para seguir luchando...

“ No pido tu intervención, ¿ para qué ? ¡ se-

ría inútil! Da, pues, su verdadero significado á mis confidencias.

“ Cuando me trajiste á estas tierras lejanas era yo una niña inocente que creía en todo. Dejé las playas queridas, por las cuales suspiro hoy, sin penas y sin presentimientos tristes; con el espíritu ligero y preñado de ilusiones... ¡Viajar, conocer otros horizontes, otras costumbres, otros placeres!... ¡Qué entusiasmo, qué locura! ¡Oh mis primeras impresiones! ¡Y qué rápidas se fueron!...

“ Mi marido no se me reveló tal cual es hoy desde un principio. Aún en medio de mi resentimiento es dulce para mí poder hacerle esta justicia.

“ Los primeros meses fueron todo júbilo, todo encanto. El aturdimiento parecía ser la pasión dominante de Paul, pero yo no atribuía entonces importancia verdadera á este detalle. La sociedad de hombres le cautivaba ante todo... ¿Por qué? No lo supe hasta más tarde...

“ La sociedad verdadera, aquella con que yo había soñado, me seducía aun; pero solo en esperanzas, pues me la imaginaba del todo

distinta á la que mi noble esposo dábame, hasta esos momentos, ocasión de frecuentar. Una especie de faubourg Saint-Germain, especialísimo, se me aparecía desde lejos, con su núcleo lucido de damas arrogantes y hermosas, con su juventud brillante, con sus ilustraciones y lumbreras del talento.

“Yo me imaginaba unas reuniones sociales deliciosas, en que las mujeres serian divinidades de los hombres, y donde los hombres de más esclarecido ingenio habrían de inclinarse graciosamente delante de ellas, para rendir homenaje á sus hechizos y á sus caprichos adorables. Yo me había imaginado, también, galantes torneos de salón, en que mil ocurrencias chispeantes y delicadas provocarían aquellas respuestas, admirables por su oportunidad y gracia, que tanto me fascinaban en las novelas que leía, y en las cuales figuraban, como protagonistas, damas de pelo empolvado y gesto altivo é imponente. De modo que temblaba yo de miedo y de emoción al considerar que algún día debería encontrarme, forzosamente, por mi matrimonio, en contacto con ellas...

“¡Cuánto no tendría que estudiar y observar antes de llegar á colocarme á su altura ! ¡ Qué de rubores no habría de costarme mi noviciado ; qué de torpezas no habría de cometer durante él ; qué de lecciones recibidas á cada paso ! Y entonces, con solo imaginármelo, me sentía mil colores en el rostro...

“Y, en efecto, madre, empecé á estudiar... ¡ Era de verse cómo me esforzaba por no dar lugar al menor reproche futuro : componía mi actitud delante del espejo, mis maneras, el tono de mi voz, y hasta solía torcer el rumbo de ciertas opiniones propias, por amoldarme á las que, en la sociedad de que se trataba, parecían profesarse y ser de general agrado, á estar á lo expresado por mis novelistas predilectos.

“A veces, sin embargo, esta lucha conmigo misma tomaba proporciones de verdadero combate ; especialmente si se trataba de esta última y especial faz de mi educación forzada. No podía, en verdad, convencerme de que para agradar siempre habría de necesitar fingir constantemente. Pugnaban con mis principios y criterio racional ciertas condés-

cendencias de mujer para con los hombres que les formaban círculo, condescendencias en que el pudor mismo solía salir menoscabado, en prenda de algún cumplido obtenido á propósito. Herían mis sentimientos de hija amante y respetuosa ciertos epigramas, tributados con ligereza extrema á personas de más edad y merecimiento.

“ Mas, como todo eso era celebrado, yo concluía que quienes celebraban estarían en lo justo, y yo en lo falso.

“ Poco á poco fui descubriendo, sin embargo, madre, que á pesar de todos sus defectos, la sociedad imaginaria de las novelas del día era aun muy superior á la colectividad real de gentes—incomprensibles por sus hábitos, su traza, y sus ideas — de que Paul me iba rodeando más y más...

“ Las mujeres del faubourg Saint-Germain que yo creía conocer, ó se habían convertido en frívolas, coquetas y artificiosas, ó no eran las mismas mujeres altivas, hábiles, finas, de las pinturas de aquellos mis novelistas favoritos...

“ No quiero entrar á renovar mis dudas de

entonces. Mis cortos años y mis escasos conocimientos de la vida no me daban aun lugar á definir con certeza si tenían ó no razón aquellos amigos que me solían decir discretamente, antes de mi matrimonio, que la aureola de romanticismo novelesco que envolvía la historia de Paul, ocultaba también á mi vista los antecedentes de un pasado miserable...

“En muchas ocasiones quise hacer recriminaciones á mi marido por la excesiva indiferencia con que toleraba los que yo consideraba verdaderos lazos tendidos á mi virtud. A fuer de esposa honrada, hube de darle el alerta previsor, que cualquiera otro habría escuchado con emoción.

“Siempre ligero, aturdido, el que tenía obligación de velar por su honra y por la mía, recibía con chanzas de mal gusto mis palabras: esto cuando no despertaban ellas en su alma sentimientos inexplicables de cólera mal disimulada, que le hacían presentarse á mis ojos revestido de un carácter que nunca había observado en él y que me le descubrían como hombre capaz de injusticias y hasta de violencias...

“ ¡ Sí, madre, he aquí la realidad de los ensueños acariciados por mi imaginación de soltera : existencia triste, agitada, angustiada y llena de dudas ; sociedad incomprensible, **estrafalaria**, formada por hombres sin conciencia ni delicadeza, livianos hasta la impertinencia, egoistas hasta la crueldad, positivistas, incrédulos, triviales; y por mujeres sin corazón, sin delicadeza, sin religión, sin sentimientos, sin ternura y sin amor. Mujeres cuyo único objeto en la vida es vivir para embellecerse y que, por tanto, hacen de la belleza un oficio, del coquetismo un arma terrible.

“Entonces, asustada, con el alma llena de angustias y de sospechas me he preguntado toda temblorosa : ¿ Adónde estoy ? ¡ En qué lazo habré venido á caer, Dios mio !

“ Paul no se cuidó ya (transcurrido apenas el primer año de matrimonio, durante el cual viajamos casi constantemente) de ocultar que mis temores y timideces; mis dudas y desencantos, le contrariaban y hacían en su ánimo un efecto del todo contrario al que yo pretendía producir.

“ — ¡ Gazmoñerías de provinciana ! — llegó

á decirme una vez en un arranque de fastidio — ¡ preocupaciones de advenediza !...

“ ¡ Advenediza, provinciana !.. ¿ Y quién era él para atreverse á llamarme así ? ¿ El príncipe Kantaski ?... ”

.
Y al llegar á este punto, María, interrumpe por un momento su carta y, mirando maquinalmente hacia el reloj, como sorprendida por lo avanzado de la hora, exclama para sí misma con acento dolorido :

¡ Las tres, y aún no ha llegado !

Y entonces, con mano febril, vuelve á tomar la pluma y continúa escribiendo, escribiendo sin interrupción ya, con ansia, llenando carillas y más carillas de papel...

¡ Cuántas quejas en esas líneas disparejas y precipitadas ! ¡ Cuánta hiel vaciada en sus conceptos amargos que, como la resina sobre el fuego, encienden más y más el ardor de la frase, entrecortada por lágrimas, que caen como gotas candentes sobre el papel devorado !

María cuenta sus penas, y las altas horas de la noche se deslizan sin ser sentidas por ella.

Cuenta á su madre que esa noche, como de costumbre, su marido, dado por completo á la vida de Club y á la sociedad de costumbres ligeras y aturcidas, prolonga su ausencia hasta el amanecer, dejando el hogar vacío y á la esposa abandonada, mientras ella, inquieta, le aguarda inútilmente.

A pesar de que sus aposentos están separados, sabe la hora en que él vuelve todas las noches; le siente entrar y, aunque él jamás va á saludarla, le suele bastar cerciorarse de que está ya bajo el mismo techo para dormirse tranquila.

Esa noche tarda más que de ordinario.

Y sin recordar lo que ya ha escrito, María vuelve á repetirlo.

¡A cuántos bailes, á cuántas fiestas de misterioso carácter no ha asistido! Aturcida, en un principio; rendida de cansancio, agitada, triste después; durante más de dos años, noche tras noche, ha vuelto á su hogar al despuntar la aurora.

Entonces se ha arrojado inerte sobre un canapé, y en sus mejillas ardientes, encendidas por largas horas de fiebre y por la atmós-

fera malsana de salones atestados de gentes extrañas, ha solido recibir, al separarse de su esposo, un beso, frío, automático, siempre igual!

Las mujeres de su círculo parecen, todavía querer mantenerla—compasiva ó desdeñosamente—á cierta distancia, tratarla con cierta reserva. Sin embargo, ella se siente superior en tal sociedad; lo que no impide que en ocasiones se la haya mirado con desprecio, mientras á sus oídos se hacía llegar, disimulada, pero no por eso menos amarga, la palabra *rastaquouère* con que, sin duda alguna, se la apodaba misteriosamente!

El mundo en que hasta entonces se ha visto obligada á vivir la asusta. Y no puede ser de otra manera: las mujeres la burlan ó la desprecian; los hombres no la comprenden y, si la halagan, es siempre con propósitos ruines. La atmósfera que respira no es la suya: no hay en ella el ambiente dulcísimo que en medio de sus antiguas relaciones — las relaciones de sus padres, sus amigos de otro tiempo, esos que hablaban su propia lengua—respiraba con fruición, porque

había en él algo como perfume de cariño...

¡ Cuántas horas de soledad mortal para ella ! ¡ Cuántas lágrimas amargas ! ¡ Cuántas escenas provocadas por los hechos más insignificantes ! ¡ Cuántas exigencias estrafalarias ! ¡ Cuántas contrariedades de todo género !

María vive, sin embargo, resignada. Como el esclavo que tiende sumisamente el cuello hacia la cadena que le aprisiona, así inclina ella su marchita frente ante la voluntad despótica del tirano que le deparó el destino...

Se ha hecho fatalista y está dispuesta á que su estrella se cumpla. Si escribe á su madre es sólo para desahogarse en un pecho amigo y fiel.

Pero lo que sí deberá deducirse de la novela de su vida, es que matrimonios como el que ella ha hecho, son injertos imposibles, ó propios para dar frutos amargos...

.

Las primeras luces de la aurora comienzan á penetrar por entre los balcones de la alcoba. El reloj da las cinco de la mañana, y María, aturdida, con los ojos enrojecidos por el llanto y el insomnio; sintiendo el espíritu fatigado

por la tensión extrema de sus facultades, se levanta de su asiento con paso vacilante. Desabrochándose, en seguida, la bata de terciopelo que la cubre toda entera ; con el pelo en desorden y el rostro amarillento y sombrío, se arroja pesadamente sobre un canapé, y se duerme al fin, con un sueño agitado, inquieto ; sueño que no es reposo ; sopor que es un cansancio !...

PEREGRINACIÓN

DON Cándido, que por esa época se hallaba de regreso en América con el resto de su familia (incluso Luciano), experimentó impresión dolorosísima al recorrer angustiosamente los tristes renglones trazados por la mano calenturienta de María.

Sus sentimientos paternos, como despertándose de súbito de un sueño prolongado y aniquilador, subleváronse terribles ante la noticia del martirio de su hija ausente; de modo que, abandonándolo todo, sin vacilar por un instante en su resolución, tomó el primer vapor de la carrera y se dirigió, solo, á Francia. ¡En esos momentos cuán caro no pagaba el insensato sus ambiciones estrafala-

rias, su incompreñsible ceguedad, su inexperiencia y su absurda buena fe !...

Pero el pago no se hacia con oro; con ese mismo oro que le habia servido en otro tiempo para la satisfacci3n de sus caprichos m3s fant3sticos y para comprar con 3l la eterna desventura de su hija, sino que se llevaba 3 cabo con l3grimas amargas, con afanes intensos, con la ansiedad y angustia de una madre atribulada, con el sacrificio de una v3ctima inocente, con el torcedor terrible de la conciencia de un padre, afligido por remordimientos crueles y por tormentos hasta entonces desconocidos.

La llegada de D. C3ndido 3 Paris fu3, pues, trist3sima. Al entrar por segunda vez 3 la gran ciudad, no pudo menos que experimentar una sensaci3n dolorosa, causada por el recuerdo de su primer viaje, y por la comparaci3n de dos fechas que, señalando acontecimientos trascendentales de su vida, marcaban tambi3n en su esp3ritu circunstancias y situaciones diametralmente diversas. Las unas todo luz : las otras todo sombra...

En efecto : al trasladarse el viajero, entrada

ya la noche, de la estación del ferro-carril al mismo hotel adonde cuatro años antes había llegado tan aparatosamente, rodeado de su esposa y de sus tres hijos, feliz, con el alma preñada de ilusiones y de esperanzas; al ir recorriendo durante el trayecto en su memoria, una por una, las impresiones pasadas, que la nueva vista de calles, plazas, monumentos y tipos de París hacía renacer en su alma, aunque con efecto absolutamente distinto; al considerar cuánto habían cambiado para él las cosas en el espacio de tiempo, relativamente breve, transcurrido entre su primero y su segundo viaje, D. Cándido dejó rodar una lágrima silenciosa, que se perdió en el fondo oscuro del humilde *fiacre* de alquiler que le conducía á su destino...

Y entretanto, desde afuera, llegaba el mismo bullicioso y alegre rumor, el mismo vocerío y desconcierto con que en otra época se manifestara, para él y los suyos, la aproximación de las hermosas avenidas y opulentos boulevares del barrio central que tanto habían admirado después.

Suelen, á veces, las pasadas emociones ré-

nacer así en el alma, súbitas, inconcientes, rápidas, fugaces como lampos de luz. Y nada hay que contribuya tanto á evocarlas como la vista ó sensación de aquellos objetos, personas ó circunstancias, que, por un motivo cualquiera, lleven envuelto en sí el recuerdo de los hechos que las hayan motivado. Un perfume, un color, un sonido, una voz, un acorde musical, bastan en muchos casos para producir el fenómeno psicológico interno, con su consecuencia física material, que es la sonrisa ó el suspiro, la queja ó la lágrima, por medio de las cuales se manifiesta exteriormente, según sea la calidad del sentimiento que lo inspire.

Llegado á su hospedaje, comenzó D. Cándido, desde ese mismo instante, á dar los pasos necesarios para ver á María y llevar, lo más pronto posible, á cabo el objeto de su visita.

¡ Cuánta dificultad !... ¡ cuánto trámite !
¡ cuánta diligencia ! ¡ Qué de sinsabores no tuvo que devorar en silencio. ¡ Qué de vejámenes humillantes que soportar, por amor á su hija !

¡ Vagando de tribunal en tribunal, mendigando empeños, inútilmente—por creer que, mediante ellos, facilitaría los trámites á que se veía obligado, para instaurar diligencias, recabar y certificar piezas de proceso ; para la exhibición oportuna de testigos (estos últimos casi siempre parciales é inclinados á dar razón á la parte contraria) — D. Cándido emprendió una verdadera y penosa peregrinación por aquella gran Capital que había sido objeto de sus generosas prodigalidades, y que, en los momentos de su desgracia, se manifestaba, sin embargo, tan ingrata!...

Los procesos verbales inacabables ; la dificultosísima exposición de pruebas ; los resortes tocados para evitar el escándalo—todo lo cuál, estando D. Cándido de por medio, convertíase para él en motivo de dádivas cuantiosas de dinero, y para los explotadores en ocasión de vergonzoso lucro, llevado á cabo por medio de manejos hábiles y astutas combinaciones—concluyeron por fatigarlo, extenuarlo y hacerlo entregarse, en ocasiones, á desalientos mortales.

¡ Más de un mes debió luchar el padre

atribulado contra pillos de la peor especie y, muy especialmente, contra los tropiezos sin fin que pérfida y deliberadamente poniale, á cada paso, su noble yerno.

Kantaski, altivo, furibundo, convertido de súbito en terrible cancerbero de su esposa, puso, desde luego, el grito en el cielo; protestó, amenazó, llegando hasta las vías de hecho, cuando se trató de impedir por la fuerza la entrada de su suegro en el domicilio conyugal; recurrió á abogados; quiso hacer valer derechos conceptuados por él como indiscutibles — juzgando, sin duda, que el mantener durante el mayor tiempo posible á su víctima bajo la férula marital habria de significar para él fuente perpétua de recursos en dinero; barrera constante contra el descrédito y la miseria.

Pero llegó un día en que todo fué inútil. Puesta la víctima de parte de su libertador, patentes las causas determinativas del divorcio, establecido el delito de infidelidad, de abandono, de maltrato, con pruebas irrecusables; después de seis meses de lucha constante, el fallo del tribunal hubo de inclinarse

ante la fuerza de la ley, y el acto civil de regularizarse en debida forma, de modo que el hacendado pudo embarcarse poco después, y volverse á su tierra con los despojos vivientes de su pobre hija, sacrificada en aras de sus ambiciones vulgares....

Un mes más tarde D. Cándido y María pisaban de nuevo las playas de la América latina, y caían, por fin, en los brazos de quienes les habían aguardado día tras día con angustia en el alma...

UN ÚLTIMO ARTÍCULO DE DIARIO

DURANTE dos años consecutivos nadie tuvo en América noticias del príncipe Kantaski, hasta que en la mañana del 7 de Octubre de 1886... uno de los diarios traídos por el último vapor, apareció con el siguiente artículo de sensación (1):

“Uno de esos *rastaquouères* que París cuenta por centenares, y la mayor parte de los cuales, á pesar de su posición indefinida en la sociedad, hallan los medios de brillar fuera de ella, llevando vida fastuosa de grandes

(1) Un joven extranjero, el príncipe Melissano, mereció después de su trágica muerte, líneas semejantes á las que transcribimos, y que darán una idea de los sentimientos que á París inspiran los de su condición. Véase *Le Gil Blas*, Octubre 7 de 1886.

señores, y arrojando el oro á puñados bajo el rastrillo de los *croupiers* de club; siendo de todas las fiestas, inaugurando las modas y lanzando á la horizontal en voga, el príncipe Kantaski, acaba de morir de una manera trágica: el desgraciado se ha levantado la tapa de los sesos en uno de los salones del Círculo de ***.

“ No es este momento oportuno para hacer el proceso del suicida y rehusarle las patentes de naturalización que se había conquistado en la vida de Paris. Pero, fuerza será ver en su muerte algo más que la simple partida de un prójimo que desaparece de la escena de este mundo.

“ Constituye Kantaski, de por sí, una fisonomía especialísima, que valdría la pena de estudiar con detenimiento y provecho.

“ El *rastaquouerismo* va tomando lugar considerable entre nosotros. En los salones, en el club, en el teatro, sobre el *turf*, el antiguo buen gusto parisiense comienza á ceder su sitio al lujo insolente y primitivo de ciertos extranjeros á quienes Paris acostumbra ya recoger sin reservas.

“Kantaski pertenecía á lo que se ha dado en llamar la sociedad *interlope*. Se le veía en todas las *premières* y en todas las partidas del *demi-monde*.

“Contando apenas treinta y tres años de edad, su extraña filosofía en los momentos de pérdida en el juego, había hecho que se le considerase al principio en los clubs como á uno de los reyes del *baccarat*. Los que le trataban aseguraban—y con este motivo nos será forzoso inmiscuirnos en el origen, sobremanera nebuloso, de este extranjero — que después de su matrimonio con una opulenta sud-americana, había perdido más de un millón, sin pestañear. Lo que parece indudable es que Kantaski fué un *tireur à cinq éffrené*.

“¿Cuáles eran sus antecedentes privados? ¡Nadie los conocía! La maledicencia de algunos solía decir cosas comprometedoras para el joven príncipe, entre otras, por ejemplo, la de ser falso su título, y la de haber recibido alguna vez en pleno rostro y de mano femenina una media docena de latigazos, con motivo de confidencias forzosas hechas en el

“Hace unos quince días, más ó menos, produjose en la vida del extranjero un hecho decisivo que precipitó su resolución de poner fin á su existencia.

“Como le había acontecido en tantas ocasiones, hallóse, por la centésima vez, en el caso de tener que hacer frente á la cancelación de sumas de dinero, con la imposibilidad absoluta de pagar.

“Kantaski no vaciló: falsificó una letra y la entregó como legitima; Se trataba en esta ocasión de la miseria de diez mil francos!...

“Amenazado el joven por un proceso infamante se decidió, por fin, á tomar una resolución extrema.

“Sin darse siquiera el tiempo de meditar su resolución, ó tentar un último recurso para salir de la situación desesperada en que había ido envolviéndose — sin reparar en sus consecuencias — el jugador que en los clubs había removido millones y hecho posturas hasta de tres y cuatro mil *luis* por noche, prefirió matarse en uno de ellos, estimando, sin duda, que al quitarse la vida allí, moría en el campo del honor!”



Así se expresaba el artículo necrológico sensacional del diario llegado á Sud-América por el último correo europeo...

Otro periódico de fecha posterior, al referirse á los funerales del infortunado estafador, concluía la noticia así :

“ En la iglesia, quince personas á lo más : el vice-presidente del Club y uno que otro socio.

“ Una misa menor después de la oración por los suicidas.

“ Algunos cirios alrededor del catafalco ; ni un ramillete de flores ¡ ni una corona siquiera sobre el ataúd !..

“ Familia, ninguna tampoco : dos compatriotas, solamente, para despedir el duelo...

“ En las naves del templo ¡ soledad, soledad completa ! ¡ Afuera, el ruido de la lluvia que caía á torrentes sobre Paris !..

“ ¡ Tales han sido las exequias del caballero

de industria que acaba de desaparecer para siempre... ”

.

Felizmente para María, sus padres lograron ocultarle de pronto estas noticias. Vuelta ella, como se ha visto, al seno del hogar paterno, recuperada al cariño de los suyos, vivía por entonces en su patria, circunscrita á un grupo de relaciones íntimas y llevando en el alma luto perpétuo por la pérdida de sus queridas ilusiones de niña y de una felicidad muerta antes de nacer ; pérdida harto más dolorosa, por cierto, que lo que le habría sido conocer de repente la noticia del trágico fin de su esposo de un día, el noble príncipe Kantaski, y la lectura del artículo necrológico inspirado por ella al diario parisiense...

EXPIACIÓN

Doña Emilia lloró aun durante muchos años la desgracia de su hija, á cuyos cuidados consagró por entero su existencia, con tierna solicitud maternal.

Fué este el único desengaño verdadero que cosechó aquella buena señora. El secreto relativo al *Asilo de Indigentes* de D. Cándido no llegó jamás á serle conocido, por fortuna para su tranquilidad doméstica. Su naturaleza sensible, su alma pura de toda mancha, su espíritu, estrecho para la comprensión de las miserias é intrigas de la vida, no hubieran soportado, sin duda, tamaño golpe. D^a Emilia continuó, pues, durante todo el resto de sus años creyendo en

la absoluta lealtad conyugal: proclamando en alta voz — y ante quienesquiera que la oyesen—que la verdadera satisfacción que en la vida le quedaba era el haber adquirido confianza inalterable en la solidez del afecto de su esposo, ya que no había sido capaz de deshacerse al calor de la llama parisiense, esa inmensa hoguera de pasiones, donde, según su modo de ver, se fundían hasta las más aceradas voluntades y se convertían en dura escoria los corazones más resistentes.



Elena, casada poco después con un excelente y honrado jóven, hijo de su propio país, tuvo una suerte del todo contraria á la de su hermana. Acariciada por los suyos, amada hasta la idolatría, por su esposo brillando en primer término en medio de la sociedad que la rodeaba y distinguía, la triste experiencia obtenida con la dura lección experimentada por María, no hizo sino contri-

buir á afianzarla más en el cariño que había comenzado á profesar á las cosas de su tierra; comprendiendo, aunque tarde, que los viajes, la ausencia accidental, deben tener, para los espíritus superiores, como consecuencia forzosa é inmediata el aprender á querer más aun el suelo en que se ha nacido, disimulando los defectos inevitables que en él se observen y contribuyendo, por medio de todas las fuerzas de que pueda disponerse, á corregirlos poco á poco, con tino y con interés indulgente.



Luciano, obligado por largo tiempo á llevar vida de anacoreta, metido entre cuatro paredes, víctima de dolencias fatales, inútil para la sociedad y para el hogar, expió cruelmente, durante años enteros, sus desenfrenos y locuras de neurótico. Preso de terribles nostalgias, pasóse la vida soñando con sus recuerdos, hallándolo todo malo, todo inso-

portable en su propia tierra ; declarando imposible la vida en ella, asegurando no hallar allí recursos ni medios de subsistencia moral — según su manera de comprenderlos. Con la memoria de los sentidos siempre palpitante ; con el alma llena todavía de ansias y desenfrenados apetitos, solo esperó recobrar un tanto la salud del cuerpo para comenzar de nuevo á dedicar su vida entera al placer, á la disipación, al juego : á cuanto tendiese, en fin, á recordarle los jardines encantados de su lejano paraíso terrenal.

¡ Paris ! ¡ Paris ! — solía decirse entre suspiros. ¡ Oh, mi adorado Paris, ¿ cuándo volveré á verte !...

Pero D. Cándido se mantuvo firme en esta materia, oponiéndose con resolución, con verdadera energía á un nuevo viaje de su hijo. París, su cielo de otro tiempo, habíase trocado, para él, en un infierno de horrores. Tomando las cosas por un extremo contrario, contrajo odio, odio profundo, odio mortal, á todo aquello que había adorado antes con idolatría.



Allá, en el silencio de su alcoba, había hecho D. Cándido el balance de su vida, y había encontrado que en los cinco años transcurridos desde su primera salida de América, había cosechado más amarguras y desengaños que en todo el resto de su existencia pasada... Vejaciones, burlas, robo, humillación, menoscabo considerable de su fortuna, por un lado : por el otro, vanidades, satisfechas durante un segundo — disipadas, en seguida, como el humo en el espacio, como la espuma en el mar ; adulación, embriagadora pero venenosa ; oropel, brillante pero falso, volátil como el éter. Y, por último, un adarme más, tal vez, de experiencia sobre el mundo y sus cosas ; pero ¿ conquistada cómo ? ¡ á costa del más tremendo de los sacrificios !

Sin embargo, ese sacrificio, por lo mismo que era cruel y completo, purificaba en cierto modo al culpable de la falta ; aunque destinándole, durante el resto de sus días, á que

se cumplierse ampliamente en él aquel axioma que dice que la última mitad de la existencia del hombre no es, en general, más que una larga y dolorosa expiación de las culpas cometidas en la primera...

Recorriendo, cierto día, D. Cándido, las páginas de un libro antiguo y estropeado que encontró entre los que formaban su escasa biblioteca, dió por casualidad con dicha máxima, y, al leerla y meditarla, sintió como si un peso enorme se hubiera desprendido de su alma.

¡ Las palabras del sabio que la había escrito, se trocaban para él en dulce lenitivo, y atenúan suavemente las torturas de su afligida conciencia!...



ÍNDICE

	Páginas
EL POR QUÉ DE ESTE LIBRO Y SU PROPÓSITO.....	v
Ilusiones, esperanzas y proyectos	11
Desembarque en Burdeos.....	25
¡ Paris !	37
Emociones	53
Modernísimas costumbres.....	65
Desengaños prematuros. Don Tadeo Sorralto.....	77
Por el ojo de una cerradura.....	93
Novios en el horizonte.....	103
Un príncipe polaco.....	119
Costureras y peluqueros.....	125
En la Gran Opera.....	141
Lo que pueden mentir un tabique y un ojo de cerradura.....	149
“ Homme galant ” y “ galant-homme ”.....	161
Un baile y sus revelaciones.....	179
En el Bosque de Boulogne (por la mañana)	213
En el Bosque de Boulogne (por la tarde).....	225
Al altar.....	245

	Páginas
Ecós de la Prensa.....	251
Viaje	261
El marquesado de Palma-Carrillo.....	279
Tres años después.....	291
Peregrinación	309
Un último artículo de diario.....	317
Expiación	325

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Páginas de mi Diario de Campaña (recuerdos íntimos de la guerra del Pacífico). 1 vol. 1886.

De Castilla á Andalucía (viaje por España). 1 vol. 1886.

Huincahual (narración araucana). 1 vol. 1888.

Don Manuel Dorrego (ensayo histórico). 1 vol. 1889.

Cuestión filológica. 1 folleto de 90 páginas. 1890.

TERMINADO DE IMPRIMIR

PARA DON FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

EL 17 DE OCTUBRE DE 1890

